

MARTÍN



novela
zamacuco

Esta novela se desarrolla en el Quito y la Esmeraldas de 1998. Los personajes, atrapados en la cárcel de sus propias pasiones, luchan pero son incapaces de triunfar, de vencerse a sí mismos. Débiles ante las tentaciones del mundo y de la carne, sufren, se angustian y sucumben.

El Ingeniero Carlos Aníbal Pinto tiene conciencia de la existencia de fuerzas desconocidas que impulsan al hombre hacia estadios más avanzados de civilización y le dotan de nuevas capacidades intelectuales y físicas. Se pregunta, entonces, ¿de qué manera se pueden conquistar los altos destinos morales, compatibles con estas realidades?

Pero los hombres no controlan el fascinante viaje de la evolución; los dioses les han embarcado en el tren, sin revelarles el rumbo ni los eventuales destinos; no conocen al maquinista, ni la velocidad a la que avanzan. Ante esto, Aníbal Pinto se revela, cree que no es justo e intenta forjar su propio destino.

¿Y Martín? Es tan solo un mono en pleno proceso de cambio, incapaz de retroceder, condenado a convertirse irremediabilmente en hombre.

MARTÍN

Novela

Zamacuco

AGRADECIMIENTO

Terminé de escribir y corregir esta novela en setiembre de 1998. Antes de enviarla a la imprenta solicité a mis hijos y a varios amigos que lean la primera versión e hicieran comentarios. Debo agradecer las sugerencias, las correcciones de errores y los aportes inestimables de Fernando Jaramillo, María Antonieta Jaramillo, Mónica Jaramillo, Susana Andrade, Paola Dávila, Lucía Yépez de Ramia, Laura Espín Mosquera, Galo Espín Mosquera, Byron Chiliquinga, Vicente Solano, Teresa Carbonell, Carlos Navas y Paul Suding.

Comentarios:

Mucho apreciaré enviar cualquier comentario, crítica o sugerencia, con respecto a esta novela, al *e-mail* zamacuco_literatura@yahoo.com o al Whats-Up: 098 728 5559, en Cumbayá, ECUADOR.

CONTENIDO

La historia de Martín	06	Roberto	75
Romualdo	08	Malú	78
En la montaña	12	Nada de monos en esta casa	81
Los primeros auxilios	18	El milagro	85
Las cartas	20	Rumbo a la sierra	89
El significado de los sueños	26	Roberto y Martín	93
Blanquita Quiñónez	28	Y el mono habló	95
El execrable asesinato	33	Frente a los sabios	98
Viviana Espinoza Chalá	35	El secuestro	101
Los pergaminos	38	Los tormentos de Martín	103
Alexandra	43	John Wayne	105
El penal	49	La búsqueda del padre	108
Los mangos	52	La casa de los sueños	110
La tortuga de acuario	56	El mono sabio	114
Las primeras gracias	58	El juicio	119
La sagrada familia	61	El retorno	123
Romualdo	67	Los extraños	127
La terrible decisión	71		

"Dicen que una enorme tortuga sostiene, sobre su caparazón de nácar, todo el universo. Las estrellas, soles y planetas están grabados de manera indeleble en la prodigiosa memoria del quelonio. A veces uno de los huevos, celosamente ocultos en el polvo cósmico, revienta y emerge con ímpetu inaudito una constelación distinta".

Texto transcrito de "Los pergaminos"

La historia de Martín

Los monos son famosos en la literatura. Yo no sé si usted ha leído *La pata del mono*, un fantástico cuento escrito por W.W. Jacobs. ¿Y quién no ha oído hablar de Tarzán, el hombre mono, o de King Kong, el gigante peludo? ¿No es, al fin y al cabo, el animal más parecido a usted o a mí? En todo caso, esto es un asunto de gustos.

Por ejemplo, mi madre los detesta.

- Los odio —me dijo, mientras caminábamos por el zoológico de Washington—. Son asquerosos. A mí me parece que tienen una fijación absurda por el sexo. Vámonos por este otro sendero. Al fondo hay una hermosa jaula, llena de pájaros. Las aves están libres y vuelan entre las flores, pero a veces pelean, se picotean entre ellas con furia. A pesar de estar bañadas en sangre, o con los ojos destrozados, no se detienen. Igual ocurría con los finos gallos de pelea que tenía uno de los peones, en la hacienda.

Mi padre es más tranquilo, pero su reacción es parecida:

- A mí, cholito —me advirtió—, ni me gustan ni me disgustan esos tales monos... Pero aquí, donde yo vivo, no me entrará uno... ¡Basta con la caterva de perros que cuida tu mamá!

¿Y qué decir de mi hijo, hombre ya, hecho y derecho, casado y de recto criterio? Cuando supo que yo escribía esta novela se acercó a mí, con el ceño fruncido y dijo, sin dorarme la píldora, que no estaba de acuerdo:

- Nadie, con la cabeza en su correcto lugar, se habría sentado a inventar una historia tan disparatada como la de este Martín: plagada de episodios inverosímiles, ligera en cuanto a contenido o mensaje moral, no sujeta siquiera a los cánones rigurosamente preconizados por los críticos, desguarnecida del encanto de las clásicas figuras literarias que adornan primorosamente las obras de los escritores inmortales.

Desde luego, a mi mujer, de temperamento pragmático, tampoco le hacía gracia, que yo pierda infameamente el tiempo en estas cosas:

- Se pudiera decir, que el presente embuste ha sido escrito por un gran vago, con la esperanza de que otro, tan desocupado como él mismo, se tienda a la sombra de cualquier mango a dormir, mientras hojea con desgano las páginas de su peregrina creación.

Pero, claro, yo —como cualquier artesano, enamorado de su obra— logré apoderarme del manuscrito, salvarlo de la pira donde lo iban a quemar sin contemplaciones y... lo he publicado... para usted. Sí, para su consideración. No sé si con esto he obrado bien o mal. Solo puedo afirmar que me he salido con la mía.

Hay algo más.

Mi madre disfruta de la lectura, pero odia que le revelen el final. Si uno le cuenta el desenlace de un libro que tiene en sus manos se pone furiosa y lo arroja lejos. Esa es su venganza. Ahora mi pequeño desquite será contarle el final de esta fábula... ¡Ella me va a matar!

EXTRAÑO 1 — Me da la sensación de que esta novela ha sido inspirada en las revistas de Tarzán... pero no entiendo qué tiene que ver la madre del autor en todo esto.

EXTRAÑO 2 — ¿No has leído otros trabajos de Zamacuco? Acostumbra mezclar sus historias, sus ficciones, con experiencias de su vida. Como tú ves, ya nos empezó a contar detalles de su vida familiar... Yo no sé si esto es correcto, digo, de acuerdo con la preceptiva literaria o..., con las reglas que debe seguir una novela, para que sea considerada como tal.

Para que usted sepa a qué atenerse, me parece justo aclarar, en este momento, de qué se trata la obra. Así, en el evento de que la temática no fuere de su agrado, le dejo de una vez en libertad y no le quito su precioso tiempo.

Aquí se narra la historia de Martín, un pobre mono mal herido, al que un ingeniero forestal rescata de

los brazos de la muerte. Roberto, hijo mayor del ingeniero, obsesionado con el tema de la evolución, logra acelerar su proceso de desarrollo natural y le enseña a hablar. El prodigio se riega por el barrio y un montubio sin escrúpulos roba al animal, para explotar sus dotes. Lo pasea por pueblos y caseríos. Utiliza para el efecto una destartalada carpa de circo.

Roberto, que desea encontrar a su perdido padre, viaja a Esmeraldas y allí se entera que Martín es tratado cruelmente. Por un azar de la fortuna da con el mono y lo libera, pero éste ya no quiere regresar con los de su especie, le gusta lo que hace y retorna sumiso a la ciudad de los hombres ¿a su jaula?

El desenlace que doy a la aventura es, por otro lado, bastante previsible. En efecto, una vez que usted evoluciona: no hay marcha atrás. Esto, desafortunadamente es una ley de la que no ha logrado escapar ni el más astuto de los seres que habita, hoy por hoy, este vasto universo. He aquí el problema en que pueden estar metiéndose algunos de nuestros semejantes, que anhelan transformarse, sin más trámite, en ángeles o dioses.

¡Que esta obra les sirva de escarmiento!

Romualdo

Al norte, en la provincia de Esmeraldas, la montaña se extiende en su plena exuberancia. Desde el aire se puede contemplar la piel: laxa, tibia, húmeda, olorosa, tupida. Una vez en la tierra, cuando se la ve por vez primera y se penetra en ella, cautivado quizá por el serpentear de algún arroyuelo cristalino, se tiene la exultante sensación de explorar el cuerpo de una muchacha verde...

Se necesita no poco valor para caminar en ese infierno. ¿Quién se atreve?

Un peón negro, marcha solitario, con su machete que gira y silba grácil, mientras corta la maleza. La tierra es agreste y algunos esqueléticos cebúes muerden los hierbajos, que se obstinan en pervivir en este umbrío ambiente. Desde sus peñascos inexpugnables, los chivos miran con ojos asombrados el paso difícil del caminante, que parece extraviado o borracho y avanza en círculos resbalándose a causa del lodo rojizo y pegajoso. Abajo, en la lejanía casi borrosa, el agua azul del mar deja curiosos mensajes sobre la arena sepia y los cocoteros proyectan sus extenuadas sombras negras sobre la fina lencería de encajes que la espuma teje y desteje.

Uno que otro almendro comparte el espacio, entre helechos, arbustos y enredaderas de flores blancas, que cierran el acceso. Los habitantes vegetales, curiosos por saber quién rompe su milenaria quietud, se mueven rítmicamente, en una danza excitante.

El día ha expirado. Sobre las ramas de los árboles de esta algaida primaria, los loros extienden sus alas con pereza, mientras chacotean despreocupados. La luz lechosa, ligeramente barnizada de sangre, herencia de un sol lejano, que se ha ocultado ya entre gruesas capas de nubes rastreras, se apaga irremediablemente.

El caminante se detiene. Está exhausto. Su respiración es entrecortada. Su corazón parece que va a estallar de un momento a otro. Desde la loma donde él está, puede mirar el campamento de la «Explotación Maderera La Ceiba».

Las tiendas de lona verde, donde duermen los peones, emergen plácidamente recostadas sobre el suelo arenoso. Apenas son visibles debido a la tenue oscuridad de la tarde que va convirtiéndose en noche. Son tiendas de campaña. Son rústicas carpas mimetizadas, confundidas con la vegetación. Allí permanecen inmóviles tanto las tiendas como los mosquiteros, cual barcas fantasmagóricas encalladas.

Una que otra luz, escapa desde los agujeros de las telas viejas y mal cosidas. Ante esta sugestiva invitación acuden en desorden las bandadas de mariposas transparentes, para chocar contra las lámparas de gasolina, igual que flores impelidas por el viento.

- ¿Y cuál de esa' carpa' será la del capatá'..?
- ¡La del fondo! ¿Y tú, ere' recién contratao?
- ¡Silencio, dejen dormí!

Así llegó Domingo Romualdo Estupiñán, por vez primera, al sitio elegido por él para consumir su venganza.

.....
Han pasado los días, las semanas, los meses. Romualdo está cada vez más huraño y nervioso. ¿Se habrá auto-encarcelado en vano en esta maldita celda vegetal? El momento de su acariciada venganza no llega, jamás va a presentarse. Pero no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. El negro no lo sabía, pero estaba muy cerca el día que reservó el destino, para probar su determinación.

Un viernes común y corriente como los demás, se sintió extraño, exaltado como nunca. ¿Lo presentía? A mediodía, cuando golpearon con una gruesa varilla e hicieron sonar el aro metálico que anuncia la hora de la comida, no se acercó. El hambre lo había abandonado. Prefirió echarse en una de las hamacas y fumar un cigarrillo, mientras sus pupilas se quedaban clavadas en la copa del árbol, donde retozaban los monos.

Tampoco acudió al llamado de las seis de la tarde. Se sentía febril y con ganas de vomitar. Con nadie quería hablar. Permanecía sentado sobre uno de los troncos que se apilaban en desorden, entre hojarasca y serrín.

- ¡E'cuchen! Mañana sábado vendrá el señó ingeniero —comentó uno de los capataces—. Será mejó limpia bien e'te campamento. Ya saben u'tede' lo jodío que él e'...

En ese momento se le estremece la piel a Romualdo, como si ésta tuviera voluntad propia y siente una rara sensación en el bajo vientre. La sangre le rezuma en los labios y en la nariz. ¡Sabe que ha llegado su momento!

Algunas horas más tarde, se cierra la noche y las lámparas se apagan.

Una de las tiendas aparece visiblemente aislada del resto. Solo en ésta brilla la luz mortecina, con fulgores amarillo rojizos. La carpa de lona está enclavada en lo alto de una roca pelada.

Hasta allá llegan, cual sombras furtivas, los monos de mirar inquisitivo. Deben ser cinco o seis en total. De uno en uno, descienden de los árboles. Conforme se aproximan a la luz, es posible distinguir las púas negras y erizadas de sus pelos y los largos ganchos flexibles de sus rabos. Lentamente y en silencio, escudriñan la selva con sus ojos redondos y vivaces, temerosos de que alguien pueda verlos. Levantan la flexible puerta y penetran precipitadamente, como vulgares malandrines.

Dentro, recostado en la hamaca, Romualdo Estupiñán, un mozo negro con cara de sapo los mira sin recelo. Está totalmente borracho y bebe. Sigue bebiendo aguardiente puro. De tanto en tanto abre su enorme boca, de cuyos labios chorrean hilos viscosos, a manera de baba. Toma un trago de *guanchaca* y sonríe de manera estúpida. Desde su inflado vientre verdinegro emanan entonces húmedos y rítmicos eructos, que él acompaña rasgando la guitarra y entornando sus ojos saltones. Al parecer, Romualdo no

se ha percatado de la intromisión de los simios o finge no verlos. Desde luego, esto desconcierta a los animales. Los pone furiosos.

- ¡Ya, deeeja de cantarr y escúchanosss! ¡Hicc, hicc! —Ordena el mono que parece tener más autoridad, con una voz chillona y gangosa— ¡Sabemooosss que la vennganza te carcommme las enntrañas! ¡Perooo, no lo puedess matarr!
- ¡Sí, sí, escúchanosss! ¡Hicc, hicc! —Repite mecánicamente un mono viejo y desdentado, mientras se rasca la calva y puntiaguda cabeza.
- ¡Maaañana llega el hooombre! ¡Tú nooo lo matesss! Nossotros lo prottgeremosss, por algún tieempo más... Essspera, paciennntemmente... ¡La paciennncia es de sssabios!
- ¡No, tú nooo lo podrás asessinarrr! ¡Hicc! —Chilla el mono viejo, mientras da saltitos nerviosos en el suelo.
- ¡Essscucha, con attención! Dejaremoss un hermano chicooo... indeffensso... El ingennniero tieene que cuidarlo. Él lo eduucará. Le enseñará... Eso, tú no lo pueedes hacer, porque toodos sabemos que erness... un ignorante. Ni siquiera entraste al colegio... ¡Tú, no te acerquesss! Queremosss que el hombree piensse que lo caaapturó. ¡Hicc, hicc!
- Eress un ignoorante, Romualdo —comenta, compasivo, un mono que se había subido a uno de los palitroques que sirven para templar la

carpa—. Eso no es culpaaa tuya, pero igual, sigues siendo negro e ignoorante. ¡Hicc! La peor combinación possible: negro, pobre e ignoooo-rante. ¡Hicc, hicc! Por foortuna, nos tieenes a nosssotros, que sommmos tus amigoss... ¡Mííírammmme! ¿Qué poodrías hacer, sinnn noosssotrosss?

- ¡No lo maaatará! ¡Aunnnque él quiera, no lo maaatará! —Recalca el mono de mayor jerarquía, dirigiéndose a los demás monos e inicia la retirada—¡Vámoonos, muchachoss! ¡Hicc, hicc!

Tal como entraron, en silencio, los monos se alejan...

Vencido por el sueño, Romualdo deja caer la guitarra y se queda dormido, mientras la luz de la lámpara vacila y casi desaparece, engullida por la oscuridad tremenda de la noche cerrada.

.....

La difusa luz en el horizonte magnífico de la montaña enciende nuevamente la vida vegetal, en una mañana tibia y pegajosa. Los golpes sin compás de una varilla, que se precipitan frenéticos sobre un aro que cuelga de una viga, despiertan a los peones.

Los negros soñolientos se acercan a los tarros mohosos, para mojarse las manos y las caras, ante los ojos inquietos de los monos, que los examinan desde sus trincheras floridas. Luego, como en un rito mecánico, caminan los afrodescendientes con los pies descalzos hacia el cobertizo cubierto de hojas grandes

de plátano y se sientan por turnos, a devorar los *bolones* de verde con café negro.

Los capataces organizan las cuadrillas para el desbroce del terreno y el corte de los árboles.

Domingo Romualdo Estupiñán avanza solo, sin escuchar las voces del jefe, va renqueando, con el machete en alto, siguiendo la ruta de la vaguada.

- E'te negro de'graciao se largó otra ve' por onde le dio la rial gana. ¡Ven acá, condena Romualdo!—le grita el capataz. —¡Ven acá con lo' otro', no sea' necio!
- ¡Déjalo que se largue! —Le recomienda otro de los mandamases. — E'e Romualdo é un negro rebelde y mal nació, pero maneja el machete como ningún otro. Ya va' a vé como se come tooa la maleza, él sólito.

Con nadie se lleva Romualdo. Persevera siempre, apartado del resto. Reservado...

- Ese Romualdo conversa con lo' mono' —comentaba cierta noche alguno de los peones, a la luz de la lámpara de gasolina— Por eso é que no habla con nosotros'...
- No é eso... compadre... no é eso... ¡Ese Romualdo habla solo, con él mi'mo, como si e'tuviera loco. ¿Le han vi'to la cara que tiene? Cara e rana, cara e sapo tiene. El chupe lo tiene así...

El negro Romualdo roza los matorrales con golpes limpios y ágiles. A su paso bamboleante, la tierra

emerge desnuda y desvalida. Los charcos de agua quedan pelados, impúdicamente expuestos a la luz.

En uno de estos pecinales, el hervidero de renacuajos detiene por instantes su eléctrico movimiento, como si pretendiera iniciar una improvisada e inusual danza, en sincronía mordaz con el ritmo incitante del machete.

- ¡Hey, Romuaaaldo, croac, croac...! ¡Ven con nosotras!, ¡Somos chéveres! —Le invita una rana, con visible coquetería, mientras las otras no pueden contener su risa provocativa.
- Míranos, croac, croac... desnuditas en el agua... —insiste otra rana, abriendo desmesuradamente su bocota.

Los pies, metidos en el agua, lívido de ira, Romualdo descarga planazos con su machete y exhausto, se aleja maldiciendo.

- ¡Lo voá mata! ¡Por Diosito, que lo voá mata!

El rostro del negro se crispa y los ojos enrojecidos por la borrachera parecen saltársele de las órbitas. Está fuera de sí. El odio le consume y los celos le destrozan el alma.

En la montaña

El ingeniero Carlos Aníbal Pinto se levanta a las seis y media de la mañana. Se despereza durante un rato. Mira con asco a la negra que yace desnuda a su lado. Le propina una nalgada, que retumba en la cerrada habitación del hotel como si alguien hubiera aplastado con el pie un grillo rezagado. Le ordena que se levante, que se vista y que se vaya.

Se acerca a la ventana. El relente, preñado aún de los suspiros nocturnos, impregnado de potencia, caricias y sensualidad, aún conserva viva la fuerza necesaria para empañar los vidrios, venciendo sin esfuerzo a los oblicuos e impotentes rayos de un sol, lánguido y agotado.

Afuera, el ambiente está húmedo, deliciosamente cálido, aún no sofocante. Las nubes pesadas y sucias, casi rozan los techos de las casuchas, apiñadas en desorden. Uno de los cerros, donde vive la gente más pobre de Esmeraldas, se ve desde la ventana, nítidamente en toda su miserable extensión.

¡Oh, la loca e irresponsable algarabía de la vegetación exuberante: árboles de apretado follaje, de hojas brillantes que destilan agua desde las resbalosas superficies y cobijan indiferentes, por el envés, a miríadas de insectos; mugrientas ramas retorcidas, dedos, tentáculos envueltos en enmarañadas redes de bejucos; algunas palmeras grandes de gráciles penachos, que asoman curiosas sus cabezas, por entre verdes cortinajes y los matapalos, de troncos múltiples y emergentes raíces, inmóviles y expectantes.

De trecho en trecho el prorrumpir de los claros, donde se levantan las humildes guaridas de los negros, quiebra el paisaje. A través de la tierra roja y pegajosa chorrea el agua en interminables cordones interconectados caprichosamente. Cae fina y lánguida la persistente llovizna, que estuvo picoteando los vidrios durante toda la noche.

La negra se levanta de un salto y, borracha de sueño, se calza las sandalias, se echa encima la ropa, con desgano, y sale sin chistar una palabra, igual que lo hubiera hecho un perro apaleado, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

El ingeniero Pinto canta despreocupadamente, bajo la regadera de agua cálida, mientras las burbujas de jabón resbalan por su cuerpo blanco, velludo, quizá excesivamente largo y huesudo. Cierra los ojos, porque desea disfrutar plácidamente la sensual caricia del agua, pero al hacerlo, su imaginación exacerbada le juega una mala pasada. Siente que un negro feroz se le acerca: Le ve avanzar decidido, blandiendo un machete manchado de sangre. Le oye gritar: "¡Machete boliao!" y le llega a la memoria el recuerdo de Alberto Morcú, que avanza por la pampa como un energúmeno salido de la novela de Nelson Estupiñán Bass: paf, paf, paf, parte un cráneo, paf, paf, paf, destripa a un soldado, paf, paf, paf, destroza la espalda de un serrano. «*¿Para qué lee uno esas terroríficas historias?*» Una descarga eléctrica se difunde instantáneamente a lo largo de su médula espinal. Abre los ojos horrorizado y abandona el baño, con el corazón saliéndosele por la boca.

¡Maldición, maldición, maldición! ¡Esta ciudad de mierda me está matando!

Se sienta al borde de la cama, pero no halla sosiego. Se precipita a la ventana: nadie le sigue, nadie está apostado afuera, esperando para asesinarle.

— ¡Negra estúpida! —Balbucea con ira, al mirar los dos billetes que la mujer dejó olvidados sobre el velador, en su ofuscada fuga. «*Sí mi mujer supiera lo de esta negra...*» —Sonríe, sin sentir la emoción placentera de la risa. Por el contrario, sus carnosos labios se separan en una triste mueca de despecho, que permite ver en toda su potencia unos blancos y firmes dientes de chacal.

Ella se llama Blanquita Quiñónez. Yo no sé por qué razón pusieron nombre tan peculiar a una muchacha negra, más negrita que el carbón de su padre carbonero. Humor negro, burla cruel la de los Alcívar, «padrinos devotos», que bautizaron a la niña, le enseñaron el catecismo y las buenas costumbres. Pero también «amos posesivos y expoliadores», que la retuvieron y la criaron como cosa->propia, sin educación, casi desnuda y desnutrida, en calidad de mísera vaquera, allá en su gran hacienda ganadera, donde el cebú, aún hoy, campea libre.

Carlos Aníbal Pinto se ajusta las botas, amarra con fuerza el cinturón de cuero, acaricia la cache de su revólver Smith & Wesson, se mira al espejo, ladea ligeramente hacia la derecha el sombrero de paja toquilla y baja al bulevar.

En «La tortuga de Acuario» vuelve a ver a Blanquita. La chica limpia las mesas con un mantel raído y, al entrar el ingeniero, se acerca presurosa a tomar la orden.

- Dos huevos tibios, un jugo de naranjilla, café negro y tostadas.
- Sí señó, enseguida. ¿No quíé pataconcito'?
- ¡Estoy hasta acá de patacones! —Se agarró la bragueta, en un ademán indecente.

El restaurante da directamente a la calle. Ningún obstáculo impide la vista a lo largo y ancho de la vía, sucia, salpicada de charcos y, a esas horas, casi desierta. Mira llegar al chofer de la compañía, en el jeep destartado.

Un frenazo brusco y el vehículo se desliza como si el piso fuera de jabón. En las latas retorcidas, a ambos lados, justo en el centro de las puertas, en letras rojas, sobre fondo blanco se lee, sin dificultad: Explotación Maderera La Ceiba.

**EXPLOTACIÓN
MADERERA**



El conductor es un hombre viejo, de color, con el pelo blanco y ensortijado. El hombre permanece un rato indeciso, luego ajusta algunas tuercas, pasa la frañela roja por el parabrisas y finalmente entra, sumiso y sonriente: temeroso de que su jefe se hubiera levantado con el pie izquierdo.

- Bueno' día', señó ingeniero. Ya toy aquí, a su' ordene'. La cosa é que... todo e'tá en perfecta' condicione'. Cuando u'té lo mande, saldremo' d'inmediato!».
- ¿Ya tanqueaste? —Le pregunta su jefe, a boca de jarro, sin siquiera mirarle el rostro. «*Qué estúpidos son estos negros* —piensa el ingeniero— ¡Hay que estar en todo! ¡No tienen una pizca de iniciativa!

El hombre queda tieso, como si le hubiera fulminado un rayo. Palidece, enmudece por un instante y balbucea:

- E'te... perdone, señó ingeniero... la cosa é que aún nué yenao el tanque e'gasolina... pero...

Se enreda en explicaciones incomprensibles. Tose, vuelve a enmudecer y dice, casi en un susurro:

- La cosa é que la e'tación de servicio no queda en la ruta... de'de mi casa ha'ta aquí... pero, quizá... bueno, sugiero, solo é una idea, si u'té lo permite... la cosa é que en el camino a la finca no' deténgamo' para abatecerno' de combu'tible... ju'to hay una bomba e gasolina...má' arriba el cruce...

Pronuncia luego un tropel de justificaciones mal hilvanadas, que concluyen en apresuradas y torpes disculpas.

Carlos Aníbal Pinto ni siquiera le mira. Saborea tranquilo su jugo de naranjilla. Firma el vale que le extiende la negra. Se levanta y de cuatro zancadas cruza la calle.

— ¿Qué esperas? —Le grita al chofer, que se ha convertido en una verdadera estatua de piedra—. ¿Te vas a quedar allí toda la mañana? ¡Muévete!

Avanzan directamente hacia la finca. A los dos lados del camino, cientos de verdes y cansados brazos emergen lánguidos desde los platanales, de hojas inmensas y desgarradas, sembrados en ordenadas e interminables hileras. Más adelante, a medida que penetran en la montaña, corpulentos cedros introducidos por la compañía aparecen a la distancia, como fantasmas que buscan esconderse entre la neblina.

De pronto los dos intrusos entran plenamente en el exuberante mundo vegetal. Cambia el paisaje, se cierra y los atrapa: la montaña los recibe lujuriosa en su seno, los lame y los engulle.

Los cedros se han perdido. Hasta el cielo ha cambiada de tonalidad. Estamos en el reino de las ceibas, de flores rojas y brillantes, ahora marchitas para siempre. Las ramas de los árboles: retorcidos dedos de brujas, tejen incomprensibles telas que el viento destrama y destroza.

Una guanta se cruza y enfrenta, desorientada por momentos, el avance lento del vehículo. Un certero tiro en la mitad de la frente la catapulta metro y medio, en mortal cabriola. El ingeniero Pinto guarda, con movimientos felinos, su Smith & Wesson y ladea aún más el borde de su sombrero, como lo hubiera hecho John Wayne, en uno de sus famosos *westerns*.

El cuerpo inerte del animal es arrojado cual fardo inútil, en la parte trasera del vehículo.

— ¡Tremenda puntería, señó ingeniero! —dice el chofer, que se ha puesto blanco del susto. Pronuncia las palabras casi en susurro y se santigua, sin mirar siquiera la cara del jefe—. ¡Tremenda puntería!

— Hoy comeremos buena carne en el campamento.

La leche mana desde las tetas inflamadas y deja pequeños charcos sobre la moqueta de caucho.

— La cosa é... creo... que... la animalita ha e'tao con cría... señó ingeniero...

«También manaba la leche, tibia y blanca de los senos de Alexandra, luego de la trágica muerte de Danielito, nuestro hijo», piensa sin poder evitarlo, Carlos Aníbal Pinto y se esfuerza por concentrar su atención en el paisaje.

Ahora brotan mágicamente los ficus, de hojas pequeñas y lanceoladas. Nerviosas lenguas verdes limpian a intervalos el barro del jeep, que avanza con dificultad, a través del estrecho sendero pantanoso. El manto sutil de los cañaduzales se extiende plácido a la derecha y cubre púdico toda la sabana.

«Allí deben estar, por cientos, las culebras —El ingeniero se queda con los ojos como vacíos, sin mirar el húmedo paisaje—. Alexandra corre y detrás de ella se arrastra una culebra de ochenta y cinco centímetros. Yo corto unos troncos y tengo en mis manos el machete. De dos trancazos me interpongo entre ella y el reptil. La cabeza del ofidio vuela por los aires y el

cuerpo queda a oscuras, sin vida. Se mueve desesperadamente sin rumbo cierto y fatiga el aire que se ha tornado inexplicablemente helado».

Los mangos de copas redondas, apretadas y policromas muestran sus frutos ya maduros, en una algarabía de luz y color.

«A mi Alexandra le gustan los mangos. Es la única fruta que a ella verdaderamente le agrada.»

Los monos brincan de uno a otro árbol, en pequeños grupos. Se suspenden de las ramas, como acróbatas expertos. Sus largas, flexibles y fuertes colas les permiten realizar las hazañas más increíbles. Chillan asustados y huyen del monstruo metálico que invade su reino. A pesar de su loca carrera lanzan palos y frutos con acertada puntería.

El jeep alcanza finalmente un enorme claro en la mitad de la selva. Es tal el contraste brusco de la penumbra hacia la luz, que los ojos del blanquito no resisten y las lágrimas brotan espontáneas.

Varios peones limpian con sus machetes todo lo que encuentran a su paso. Unos espléndidos papayos de hojas grandes, primorosamente lobuladas, se curvan suavemente ante la invitación del acero. Los frutos, aún verdes y hasta las inocentes flores revientan bajo los pies descalzos de los hombres que avanzan.

En este grupo hay un muchacho, de torvo mirar. Avanza aparte, renqueando, con el machete en alto; sigue la ruta de la vaguada por la cual baja, en torrente, el agua cristalina. Tiene los pies desnudos metidos en el agua. Casi no da la cara, pero su rostro

tenso, de renacuajo mal parido, denota que el odio y los celos le atribulan.

— ¡Ven acá, Romualdo! —le grita el ingeniero.

El mozo se acerca con la cabeza baja, los ojos inyectados en sangre, fijos en el suelo. El machete listo, para lanzar el golpe...

— ¡Por allí andan diciendo que tú me quieres matar! Aquí estoy. ¿No me ves? ¡Hazlo ahora, que tienes la oportunidad! ¿Qué esperas? ¡Te tiemblan las piernas, pendejo! ¿No sabes que todavía no ha nacido el hombre que me pueda poner la mano encima? ¡Mírame de frente! ¡Nuevamente borracho! Ya te he dicho que no es correcto. Yo no permito que la gente beba en el trabajo. Negro imbécil, ya casi no puedes pararte. ¿Y por qué razón me quieres matar? ¿Qué te he quitado o qué te he hecho? ¿O acaso algún hijo de puta te ha pagado para que me mates? Eres un estúpido. ¿Quién te manda avanzar por la quebradilla? Yo no quiero limpiar todo el desfiladero. ¿Me entiendes? He ordenado que todos sigan en línea recta. ¡Únete al grupo!

El mozalbete no contesta palabra. Solo va, lento, desafiante, el abultado vientre al aire, arqueadas sus piernas de rana. Arrastra con dificultad los pies, en cuyos dedos abiertos parecería que le han crecido membranas. Así se aleja, mientras hiende el aire con el machete.

El sonido sordo de las motosierras y de los tractores, que imita el revolotear de gigantescos abejorros, re-

sulta fantástico y extraño. Los árboles enormes son cortados en un santiamén, como si estuvieran hechos de mantequilla. Los vencidos troncos ruedan en dirección al río y crecen, en desorden, los burujos de ramas y hojas.

De pronto, los hombres que portan los machetes se detienen.

- Señor ingeniero —grita uno de ellos—, aquí hay un mono. Parece que e'tá herido...
- ¡Pásenle el papayo! —ordena el ingeniero Pinto y al instante se arrepiente.
- ¡Esperen!

Las botas del ingeniero dejan huellas profundas en el barro rojizo.

En un mango, que yace tumbado en el lodo, apenas agarrado de una de las ramas, con sus pequeñas y débiles manos y desde luego con el rabo, un mono tierno, casi ya hundido en la urdimbre de la muerte, yace inmutable y ajeno a todo lo que le rodea.

La pata izquierda, quizá debería decir la mano zurda inferior, permanece colgada y tiembla en dolorosos espasmos.

Y junto al mono, los frutos grandes y brillantes, pero verdes...

El ingeniero Pinto saca su Smith & Wesson. Apunta. Los hombres del machete se retiran... «La *madera del mango es olorosa y bella* —piensa en ese preciso instante—. *La madera del mango... ¡Oh... esas manos!*

Son tan diminutas y rosadas, como las de mi propio hijo, aún tibias, pegadas al seno de Alexandra».

Se ve a sí mismo, en la universidad. Tiene que responder el enorme cuestionario que el profesor le presenta. Vacila. Le tiembla la muñeca y no puede disparar. «*Monos, primates, macacos... Un orangután: nueve meses de gestación... "Me gustan los mangos verdes"* —le dice Alexandra, su compañera, desde el pupitre de la izquierda y sonrío coquetamente...».

Ahora ve: junto al mono, los frutos grandes y brillantes, pero aún verdes...

- Llévalo al jeep, —le dice a uno de los hombres y guarda su revólver.

El mono chilla, mientras es conducido, aupado, alzado en vilo por uno de los negros. Su pobre pata destrozada pende flácida; se bambolea inconexa e independiente. Lo sueltan junto a la guanta muerta y se prende a las tetillas del cuadrúpedo en desesperada búsqueda de la madre ausente...

Y mientras el jeep parte, se pueden ver, a la distancia, los frutos grandes y brillantes, pero verdes...

Los primeros auxilios

Bajan de la montaña con los dos animales. El uno muerto y el otro agonizante. Las llantas labradas del jeep muerden con rabia el lodo rojizo y dejan charcos profundos a lo largo del tortuoso sendero.

- Directo al muelle —ordena al chofer.
- La cosa é que...
- ¡Al muelle, maldición!

Carlos Aníbal Pinto ama a su familia. La quiere de veras. Y claro, en realidad, se siente mal con toda esta situación. No sabe por qué sacó a la negra de «La Pepa de Oro» y por qué continúa con ella. Tal vez tan solo fue el deseo de probarse a sí mismo que sí podía hacerlo. Quizá no pudo resistir ante el demonio de la concupiscencia, que le mordió con apremio las entrañas. O acaso un ángel compasivo, furtivamente colocó en sus bolsillos tintineantes monedas de misericordia, en el preciso instante en que la vio, desde la casa grande, amarrada al almendro, hecha un Cristo, por su culpa.

«Algunas cosas avanzan a buen ritmo, quizá hasta ocurren con demasiada rapidez, pero otras se detienen, no avanzan. Uno se queda parado, estupefacto y nada puede hacer, como si el destino nos hubiera amarrado para siempre al tronco de un almendro. ¡Qué estupidez, qué decepción!». Carlos Aníbal Pinto se dirige a su habitación, con el mono casi exánime entre los brazos.

«Y este mono infeliz que está casi boqueando. —Sube precipitadamente, a brincos por los crujientes escalones de guayacán—. ¡Demonios, debí dejar que se muriera allí mismo, en plena montaña!».

Entre un montón de periódicos acomoda al animalucho, que se queda allí como si fuera un inerte muñeco de trapo. Los pelos del pobre, del color de la cascara del mamey, han perdido su brillo.

El calor es insoportable y el ambiente apesta a perro muerto. *«Necesito, de manera urgente, cambiar de hotel. Aquí ni siquiera funciona el aire acondicionado».* Entra a la ducha. Allí se queda quieto un buen rato, mientras recibe las gotas de agua fresca directamente en la cara y el pecho.

Al salir encuentra a Blanquita, con el mono en los brazos. Le pasea con amor maternal y le amamanta con un biberón.

- ¿De dónde has sacado esa mamadera? —Le pregunta. La negra se turba y nada dice. Ella lo ama tanto... y él es tan extraño... tan incomprendible... tan tierno a veces... y a veces tan hostil con ella. ¿Cómo decirle que el chupón, la colcha, las pequeñas chambras, los escarpines que guarda con celo los compró... en un impulso, en un arrebató de locura, en un momento estúpido preñado de ilusión y fantasía...?
- ¿No me oyes? Te he preguntado ¿de dónde has sacado ese chupón?
- Pensé que e'taba... soñé que teníamo' un... be-beshito.

Aníbal Pinto agacha la cabeza y se sienta al filo de la cama. Se agarra la cabeza con las dos manos y se queda en silencio. «*Lo que me faltaba... la negra se hace las ilusiones de tener un hijo, conmigo...*»

- ¿Lo va a yevar a Quito, o lo dejará aquí, en E'meralda?
- ¿Te gusta?
- Pobre, tiene mala su patita. Mírelo... qué glotoncito é.
- ¿Dónde le vas a tener?
- ¡Si lo lleva a Quito... se le muere!
- Y si le dejo aquí, también.
- ¿Y pa' qué toy yo? Yo sé mucho e mono'. En la hacienda teníamo' alguno' mono'. Una vé', cuando yo era pequeña, e'cuchamo' lo' grito e lo' mono' y salimo' tóoo, asu'tao', muy asu'tao', porque pensábame' que ello' vían vi'to algún tigriyo. Lo' mono' corrían, como si vieran topao al diablo. Creo que eran la' nueve e la mañana. Como yo tenía curiosiá me fui, sin decí na a naiden. Yo vivía, en la casa grande, porque era como la sirvienta y limpiaba tóooa la' cosa'. Cuando me acerqué al río púe ver dende lejo que una mona yevaba un niño, abrazá contra su pecho. Era un cri'tiano. Le juro que lo vi con mi' propio' ojo'. La mona huía, porque lo' demá' mono' le querían quitá al niño. De'pué dijeron que era un feto lo que vía encontrao ese animal... Que la niña Franci'ca vía abortao... que le vían

dato una yerba... Pero no era feto. ¡No, qué va ser feto! Ese niñito taba vivito y coleando.

Carlos Aníbal Pinto la mira y no dice palabra.

- ¿No me cree? Le juro, por Diosito, que le toy diciendo la verdá. ¿Cuándo le mentió? Por yevarse ese feto, lo' mono' abandonaron do' monito', recién nació'. A eso' animalito' lo' encontraron a la cinco e la tarde, lo' pione' que regresaban de la faena. Taban como muerto', porque le' vía dao insolación. Le' frotaron a lo' do' con manteca' e chancho, porque decían que eso é gueno y le' dieron, el aceite. Sí señó... ¡Aceite Do' Corona', Ale', del mejó!

La negra se ríe de buena gana y continúa:

- Eso' do' mono sí que vivieron. Mi apa le' enseñó a que le sigan como perro'. Solo hablar le faltaba... Ha'ta dormían con nosotros, en la mi'mísima cama... —De súbito la negra se pone triste y abraza con ternura al monito y lo acaricia—. ¿Y ya le conté lo de lo' gayinazo? Eso fue de'pué, como a lo' cuatro día. Dende la casa ocservamo' la mancha e lo' gayinazo' negreando en el cielo. Taban revolotea que revolotea. Cuando fuimo' al río vimo' como lo' picotiaban. Gran banquete que se daban. Pero ni tando muerta la mona soltó al niño.
- ¡Ya cállate, déjame en paz! —Le grita, entonces Carlos Aníbal.

Y es que el cuento de la negra le trae bruscamente el recuerdo de su Alexandra. La mira nuevamente, en la

penumbra de la habitación, con los senos al aire, hinchados, duros e impúdicos... y su hijo muerto, en brazos, como dormido. Los ojos fijos en él, como si por algún misterioso milagro pudiera tornar a la vida, en cualquier momento... A su lado, en desorden, los mangos y en el piso cascaras y pepas.

- ¡Si sabes cómo curar a ese mono raquítico, quédate con él!
- No é un mono cualquiera ni e'tá raquítico —dice la negra, feliz por el encargo que le hace el ingeniero—. Él tiene un nombre muy bonito. Se yama Maltín. Sí señó. ¡Maltín Pinto Quiñone, pa selví a u'té!

Blanquita toma la mano del mono y busca, con zalamería que el hombre la estreche y ríe alegre. Carlos Aníbal Pinto le corta de un tajo la euforia:

- Cuando salga para Quito no podré cargar en el avión un animal en ese estado.
- ¿Uté se va? ¿Cuándo e' que se va? ¿Y no me prometió que se quedaría conmigo... pa siempre?

No hay respuestas. El hombre se levanta, se arregla la ropa y sale, como de costumbre, a buscar un buen bar, para beber unas cuantas cervezas heladas y matar de esa manera la monotonía de esa ciudad que asfixia y deprime.

Así fue como la negra, por su propia iniciativa y voluntad, atendió al mono herido, con hierbas, ungüentos, sobadas y... aspirinas.

Las cartas

El ingeniero Pinto es un hombre abrumado, angustiado, desilusionado de sí mismo. Está harto de la doble vida que lleva. Se siente manchado, impuro, indigno. Anhela verse libre de la negra zafia con la cual cohabita la mayor parte del año. Detesta el olor agrio y dulzón que emana de su cuerpo sudoroso. No soporta sus modales, la forma como ella se expresa, lo abigarrado de sus vestidos baratos, lo rústico de sus uñas, lo ridículo de su pelo ensortijado. ¡Ha llegado, al hastío! Detesta escuchar sus historias inverosímiles de monos, gallinazos y culebras. Desearía no haberla conocido. Quisiera que el tiempo retornara. Anhela recuperar su libertad y reconquistar la vida digna de un hombre íntegro.

«Si un objeto mecánico se daña o funciona de forma diferente a la esperada, ¿de quién es la culpa? ¿Del propio objeto o del que lo diseñó y lo construyó? Es evidente que el único responsable de estas fallas es el ingeniero que concibió y armó tal mecanismo. Igual cosa debe estar ocurriendo conmigo. Algún defecto interno me impide irremediablemente avanzar por la senda de la perfección, de la permanente superación y me arrastra hacia el vicio... ¿Pero si no es mi culpa... sino del que me crió... por qué se conturba mi alma?»

Pide consejo y apoyo moral a sus amigos. Les ruega que tengan compasión de él y le rescaten de ese maldito infierno en el que vive.

Casi todas las noches, antes de acostarse, prepara cartas para enviarlas a sus compañeros de oficina y a su Alexandra, a la cual idolatra, por su ternura, por su fidelidad, por su abnegación de madre y de esposa. También envía, con frecuencia, notas a su hijo, como si mediante este mecanismo de comunicación imperfecta, consiguiera fundirse con él, aferrarse a él, mantenerse en él, unido, tal como lo haría el marino una vez encontrado el seguro puerto de salvación, luego de la borrasca.

.....

Yo siempre creí que el hombre es un eslabón de la enorme cadena que constituye la humanidad entera - escribe a uno de sus íntimos amigos. - Sostengo aún que el nacer y el morir forman parte de un proceso continuo de perfección, de avance, de evolución. Cada eslabón retorna una y mil veces, para ser pulido, para ser modelado, para ser purificado, para ser liberado de la escoria. Por eso, siempre busqué el camino del bien, el sendero de la perfección. Estudié y leí todo tipo de libros, con el afán de cultivar mi intelecto. Evité las malas compañías y las malas influencias y conservé solamente a los amigos como tú, que compartían conmigo idénticos ideales y aspiraciones. Pero el destino

o quizá el demonio me ha jugado una mala pasada. Me ha tendido una celada de la que no logro escapar. Cada vez me hundo más y más en el fango. Ya no soy, amigo mío, el que fui. En lugar de avanzar retrocedo. En lugar de evolucionar involuciono. Me encuentro en mí fase retrógrada y me tengo lástima. A veces pienso que la negra, es el propio satanás y me ha hechizado con su pestilente carne...

Quizá por eso no logro dejarla de una vez por todas. En mi loco desvarío me digo a mí mismo que la materia también puede moldear al espíritu. Que el espíritu tiene que aprender algo por la vía de los sentidos. Que es necesario que conozca la oscuridad para anhelar y buscar la luz.

.....

Con argumentos simples, que solamente pueden ser elaborados por su estrecho cerebro, trata de convencerme que no hay maldad ni pecado en nuestra relación. -Le cuenta a otro-. Según ella, mientras Alejandra permanezca igno-

rante de todo lo que ocurre, nadie saldrá herido. La negra está convencida que hay que sacarle el jugo a la vida, como si fuera una naranja que crece libremente en la montaña. Si ya no hay jugo habrá que tirar la cáscara y tomar otra. ¿Moral? ¿Es esta una conducta moral?

Esa palabra no existe para ella. Lo peor es que he llegado a contagiarme de todo este ambiente amoral y sin reglas. Me he tornado cínico, egoísta y cruel. He llegado a matar por placer a los indefensos animales que se cruzan por mi camino. Me convierto a ratos en un valentón de esos que se ven en las películas del oeste: rápidos para desenfundar la pistola y alternos para provocar a los demás. Hay veces que ya no me conozco.

.....
Disculpame que nuevamente vuelva a molestarte. - Ruega a uno de sus compañeros-. Pido anticipadamente que me perdones por abusar de tu confianza, pero ya mi situación se ha tornado insostenible. He pasado más de tres años en los campamentos, discutiendo con negros estúpidos, desafiándolos, imponiendo

mi voluntad a su vagancia. Esto es demasiado. A ningún hombre casado se le debería desterrar tanto tiempo en esta jungla. Apenas sí visito cada dos o tres meses a mi familia. Mi hijo crece casi sin conocerme. Nada sé de él y me preocupa. Hasta he llegado a pensar que los problemas que a él le afligen se originan en esta separación y en los conflictos y dificultades familiares que de ella se derivan. Si tú tienes la oportunidad de hablar con el Gerente, con el ingeniero Ochoa, sugiérele que me transfiera a Quito. Yo sé que él aprecia mucho tu consejo.

.....
Me parece una gran coincidencia - escribe a su Alexandra -, que tú también hayas soñado con la colcha de pájaros y flores. A propósito, ¿qué pasó?. No la he vuelto a ver desde hace algunos años. ¿Recuerdas el día que salimos a comprarla?. Caminábamos tú y yo, muy juntos, por la Guayaquil, ¿o fue por la Esmeraldas?. Ya estábamos cansados, pero nos deteníamos a mirar las vitrinas y nos besábamos furtivamente, como si aún fuéramos enamorados.

Entonces vimos la colcha y los dos gritamos al mismo tiempo, emocionados, por haber encontrado exactamente lo que buscábamos. Éramos tan felices... bastaba tan poco para hacerte reír, para complacerte... Aún te amo. Alexandra. Aún me gustas, como el primer día que te ví. Me siento otro cuando voy a Quito y te abrazo y abrazo a mi hijo, pero es tan corto el tiempo. Se me rompe el corazón cuando tengo que dejarles nuevamente. Siento como si fuera a desmayarme, como si desfalleciera. Me parece que camino cuesta arriba; me duelen las piernas y me fatigo. ¡Te extraño tanto! Desearía poder estar a tu lado, huir de esta asfixiante ciudad y no regresar jamás. Ninguna noticia me das sobre Roberto. ¿Cómo está? ¿Tiene apetito? ¿Aún va a media noche a nuestro dormitorio a refugiarse en tus brazos, gritando, temblando de miedo, como una hoja que es sacudida por el viento? ¿Continúa aún orinando en la cama? Esto me preocuparía tremendamente, porque él ya no es un niño. ¿Ha cumplido los dieciséis años, los diecisiete ..? ¿En qué año nació?

.....

Hijo mío - escribe a Roberto -. Me place que te apasionen los temas sobre la vida y su génesis. Me gustó el mito de la tortuga que sostiene el universo. Me parece poético. Si hallas más datos sobre este tópico, cuéntamelos. Yo también creo, como tú, que la evolución es un proceso que aún no ha terminado. Es verdad que durante la pasada estación el tren se detuvo. Subieron unos cuantos monos y al bajar, en la estación siguiente descubrieron que se habían transformado en hombres. Pero ese tren no se ha detenido. A mí también me gustaría saber que hay en la próxima parada.

¿Habrá de transformarse el hombre en un semidiós, en un ángel, en el "superhombre de Nietzsche", en el "barquero" de Hesse? No lo sé, hijo mío. En todo caso, deberíamos ser consultados por el maquinista. No veo por qué razón o con qué derecho, se nos hace avanzar a marchas forzadas, sin decirnos hacia dónde vamos...

Yo también te quiero, hijo mío. Yo también te quiero, y te envío un abrazo. P.D. Igual que Napoleón, rompo el sobre que estaba ya pegado, porque me había olvidado de enviarte mi bendición.

.....
La explotación de la madera, que él personalmente supervisa, enfrenta problemas. Instigados por un grupo de ecologistas, el sindicato ha declarado una huelga indefinida. Dicen, los trabajadores, que no pueden ni deben ser cómplices de las ¡barbaridades! que comete la empresa, que ésta destruye la selva primaria, corta y elimina los árboles propios de la región para luego introducir especies distintas, que cambian radicalmente el *hábitat*, y afectan la vida de los animales, especialmente la de los monos, cuyas variedades, de raro valor genético, están en peligro de extinción.

«¿Saben estos rústicos obreros el verdadero significado de las palabras que "otros" ponen en sus labios? ¿Conocen qué es "selva primaria", "hábitat", "extinción"? Seguro que nada de esto les importa, al menos por ahora. Solo quieren que les indemnicen con fuertes sumas de dinero, para ir luego a echarse en la playa, a vivir de las rentas.»

Los dirigentes sindicales piden que la maderera "La Ceiba" suspenda definitivamente sus actividades en Esmeraldas y que se resarza a los trabajadores, con el equivalente a un año de salarios, más las corres-

pondientes vacaciones. Los trabajadores permanecen sentados durante más de tres semanas, en las aceras, frente a la puerta de las oficinas, en Las Palmas.

Cada vez que llega el ingeniero Pinto comienza el griterío, las silbatinas y el desfile de pancartas. El que más bulla mete, de entre todos, es el negro Romualdo, que al parecer, ha tomado esta pelea, como un asunto personal. Lo peor de todo es el baile provocativo e indecente de una tal Viviana Espinoza Chala, Esta negra, guapa, semidesnuda, contratada por el sindicato, mueve sus nalgas y sus senos al son de la marimba y congrega gran cantidad de curiosos, a tal punto que paraliza el tránsito vehicular cada vez que aparece.

Mientras tanto, los troncos se acumulan de manera ordenada en el muelle, a la espera de los papeles, para proceder al embarque. Pero los permisos jamás llegan. La dársena, igual que una perra parida, permanece recostada y perezosa, mientras un grupo de viejos yates, de cascos carcomidos por la sal, se mecen rítmicamente, al caer de la tarde.

La situación es desesperante y Carlos Aníbal Pinto no sabe qué hacer. Hay momentos en que está a punto de sacar su Smith & Wesson para acabar con esta estupidez.

¿Por qué no viene un abogado, desde Quito, como él ha sugerido tantas veces? Debería estar aquí alguien que sepa manejar estos conflictos.

Finalmente, al pasar por el muelle... llega lo que él esperaba, lo que ha pedido de favor a sus amigos más íntimos. Le entregaron un lacónico fax del gerente general de la compañía. Lo leyó una y mil veces. Repasó tantas veces el texto que se lo aprendió de memoria.

Se esforzaba en indagar, a través de las palabras, el significado real del papel. Quería desentrañar en esos signos, las implicaciones que tendría para él y su familia este violento retorno a la capital.

¿Se trataba, por fin, de un traslado definitivo... o, de una manera velada, le daban a entender que ya no necesitaban de sus servicios? ¡No! ¡Esto no podía ser! Seguramente los dirigentes de la empresa habían comprendido su difícil situación y le extendían la mano.

Las aciagas dudas le perturbaban y le mantenían en suspenso. ¿Se habrían enterado de su vergonzosa relación con la negra? Él jamás mencionó el tema a persona alguna, en la empresa. Bueno, sí lo hizo, pero solo a un amigo, que no tiene vínculos con la maderera. Era muy reservado y sabía que no se puede confiar en nadie.

Por otro lado, esta era una cuestión netamente privada y nada tenía que ver con la empresa. Sin embargo... ¿qué quería decir "tomadas las diligencias del caso"? ¿Sus superiores se referían solamente a la plantación y a la madera acumulada en el puerto, o le sugerían que arregle de una vez por todas sus asuntos turbios? ¿Por qué razón nada se mencionaba sobre la huelga de los trabajadores?



QUITO, 28 DE OCTUBRE DE 19... TCY-085/9...

PARA: ING. CARLOS ANÍBAL PINTO
DE: ING. HERNANDO OCHOA PALACIOS
ASUNTO: SUSPENSIÓN DE CORTE.

AGRADECERÉ SUSPENDA EL CORTE EN «LA CARACOLA». PROBLEMAS EN EL MINISTERIO DE AGRICULTURA IMPIDEN TRAMITAR PERMISO DE EXPORTACIÓN. TOMADAS LAS DILIGENCIAS DEL CASO RETORNE DE INMEDIATO A QUITO.

F) OCHOA

El significado de los sueños

Lorenzo Agapito Quiñónez Pincay es un negro enorme, corpulento. Sus gruesas piernas templan los pantalones. Sus brazos musculosos, cubiertos de cicatrices, brotan como aspas de molino desde la camiseta de algodón, sucia y sudada. Su oficio de carbonero, la permanente batalla contra los árboles, el contacto directo con la montaña le han dotado de una vitalidad y una fuerza increíbles.

El nombre de la mujer es María Candelaria, pero él la llama Candela, «su negra Candela». Y tiene razón, porque la doña pasa todo el tiempo, frente al fogón asando pescado con verde o mirando arrobada las rojas y fascinantes llamas, de las que brotan mágicas estrellas. Mira las chispas y éstas se convierten en personas y le dicen lo que va a pasar. Ella ausculta el futuro, sin siquiera saber por qué puede hacerlo.

.....
Candela sueña que unos monos llegan desde Washington para pedirle la mano de su hija. ¿De dónde ha sacado eso la negra? De la televisión. ¿De dónde más? Ella se asusta y despierta. En medio de la noche está desvelada y levanta en vilo a Lorenzo, su conviviente.

— Yo sé que me porté como una e'túpida en el pedio e mano. E'to lo recono'co. Apena' yegamo' a la casa e lo' mono' yo no me púe contené. No podía yo mi'ma comprendé, qué e' lo que me pasaba. E'tábamo' perdiendo a nue'tra Blanquita

y nada podíame' hacé. Se la yebaban lo' mono', si señó... y nada podíamo' hacé.

— ¿De qué me e'tá uté hablando así, como si tuviera loca? Déjeme dolmí que mañana yo tengo que trabaja.

Le revela al hombre de toda su vida lo que vio durante esa larga y extraña pesadilla. Le transmite lo que sintió. Le dice que era como si alguien la hubiera amarrado al tronco de un almendro y desde allí pudiera contemplar el vertiginoso pasar del tiempo... sin poder hacer nada.

— Yo mi'ma pensaba: E' la ley de la vía. Nue'tra hija tiene el derecho de elegí. Somo' uno' egoí'ta'. Ese mono e' un güen mozo y la quiere. Eyo' serán felice'...

El negro la escucha fascinado. Trata de sobreponerse al sueño que le domina; busca entender el significado de la absurda historia que le cuenta su Candela, pero no lo consigue.

Lo curioso es que él también puede ver, oír y sentir lo mismo que ella ve, escucha y siente. Era igual que si las palabras se hubieran materializado.

Allí está él, en la sala de una casa de gente blanca, de gente rubia, alta, que no conoce. Permanece sentado en una butaca, sin decir palabra. Mil pensamientos diversos bullen en su cerebro.

Sale y camina con Candelaria por las avenidas de una ciudad enorme, fría, extraña:

- ¿Y tú Lorenzo, qué haces aquí, en Washington? —le dice un hombre, acercándose con mucha familiaridad, como si fuera su más íntimo amigo—. Mira, entremos al zoológico.
- ¿É e'to Wasinton? Mire, Candela, é una calle amplia, gandijjima... y limpia. Mire lo' arbole' y el sol. Aquí tienen un sol blanquito, que no calienta... ¿Qué hacemos aquí, Candela. E'to parece un enorme parque.

Lorenzo y María Candelaria se sientan frente a la jaula de los monos, con una funda de maní y se distraen dándoles de comer.

- Lo' odio —dice la mujer en ese instante—. Son a'queroso'. Oxerve esa mona. Véala como abre su' pata'. Recibe a uno y otro mono y ta invitando a un tercero. Levántese, vámono' po e'te otro lao. Al fondo veo una linda jaula yena e loro'.

Lorenzo se siente como mareado; sabe que nada de lo que vive y palpa es cierto. Está consciente que solo son imágenes fugaces las que desfilan en el interior de su cabeza. Se da cuenta que ha caído en una pesadilla absurda, pero no le es posible escapar.

Lorenzo y Candela están en un círculo, sentados sobre unas gradas de piedra. Va a empezar la ceremonia del pedido de mano.

- Hicc, hicc! ¿Desssea un whiskkky? —le pregunta la mona que estuvo hace un instante, en la mitad de la jaula y se revolcaba con cuatro al mismo tiempo.

- Sí, gracia'.
- ¡Hicc, hicc! ¿Agua?
- Sí, pero en un vasso apalte.

Blanquita permanece al otro lado de la circunferencia. En cuclillas, sobre las gradas de piedra, juega con los anillos. Éstos ruedan por el suelo. Se agacha y busca los aros, entre la hierba crecida.

Lorenzo está molesto y carraspea. Tiene el ceño fruncido y se rasca la cabeza y se palmotea las piernas, como quien quiere levantarse y salir corriendo de un momento a otro.

- Cambie, Lorenzo, qué pensarán e'to' gentile' mono' —Le susurra Candela en sus oídos.

Un mono joven se levanta y pronuncia un discurso. El típico discurso de los pedidos de mano. Entonces Lorenzo recuerda que él jamás pidió la mano de Candela. Solamente le dijo que salga de su casa y se fuera a vivir con él y ella aceptó.

Pero... quizá si no la hubiera sacado, ¿habría ido a la casa de sus padres y habría pronunciado las mismas palabras?

- ¡Hable, Lorenzo! —Le dice Candela, en secreto— U'té é el padre y debe' dirigir alguna' palabra'.

¿Cómo puede hablar, en esos momentos? Solo maldiciones pudieran salir de su boca en ese instante. Además, ¿de qué habría hablado? ¿De los monos? Si tuviera su machete pegado a la cintura...

Después se recuestan sobre la hierba y forman un estrecho círculo. Lorenzo da la vuelta, alrededor de los animales borrachos. Las hembras excitadas le sirven provocativos mangos verdes...

Blanquita Quiñónez

Cuando Pizarro llegó a la Bahía de Mateus, hoy conocida como la Bahía de Esmeraldas, allá por el año de 1526 o 1527, encontró cultivos de cacao.

A la hacienda donde nació y creció Blanquita Quiñónez, le habían bautizado sus antiguos dueños con el nombre de «La Pepa de Oro», porque el cacao era, en los buenos tiempos, tan codiciado como el precioso metal. Pero desafortunadamente el cacao fue perdiendo importancia a causa del mal manejo, las plagas y la caída de los precios. Cuando nació la negra Blanquita ya no era buen negocio sembrar cacao. Tampoco era buen negocio dedicarse a la agricultura o a la ganadería sin canales de riego ni buenas rutas para sacar del monte los productos y venderlos.

Blanquita Quiñónez nació virgen. Era virgen, casta y pura cuando el ingeniero Pinto visitó por primera vez la hacienda de los Alcívar, por cuenta de la compañía, para anexarla a la gran planicie y convertirla en bosque de explotación maderera.

— ¿Cómo te llamas, muchacha? —Le dijo sonriendo y la miró directamente a los ojos, coqueto, como si supiera de antemano que ella sería «su negrita consentida».

La muchacha le plantó la mirada y también sonrió:

— Blanquita Quiñóne —dijo. —Pa' lo que quiera u'té mandá.

« ¿Por qué razón le habrán puesto nombre tan peculiar a una muchacha más negrita que el carbón? »

Él no sabía que el padre de la chica era carbonero y que manejaba el machete como los dioses. De esto se enteró más tarde, cuando las cosas ya habían pasado y nada se podía hacer.

— Claro que le vendemos la hacienda —dijo Pascual Alcívar—. Como sabe, «La Pepa de Oro» vale más, pero usted nos ha caído en gracia y le vamos a aceptar la oferta. No solo eso mi querido ingeniero. Esta noche será usted nuestro huésped de honor y tendré el gusto de entregarle personalmente su «comisión». En realidad, ya no es lo mismo de antes. ¡La agricultura está pallo abajo en este país! ¡Ya andábamos hartos de esta huevada!

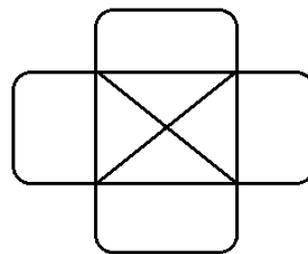
Humor negro, burla cruel la de los Alcívar. Esa era su costumbre. Insólito, increíble, desproporcionado fue el «estipendio» que cerró el negocio. ¿Cuál fue esa famosa «gratificación»? Una virgen de ébano, como en los más oscuros tiempos de la esclavitud.

Esa fue una noche de confusión, de entrega y de presentimientos. Derecho se fue la muchacha a la zahúrda, levantada con tablas de monte. La luz del reflector de la casa grande iluminaba el sendero y se filtraba por entre las hojas y las ramas de las granadillas, porfiadamente ensortijadas y agarradas en mil y una vueltas a los recios troncos de los pechiches.

Los loros poblaban las ramas de los árboles y su chacoteo se extendía por toda la hacienda.

Una densa nube de luciérnagas, de luz misteriosa y fosforescente revoloteó a su paso. Las lascivas luces practicaron en desorden una curiosa y temprana danza nupcial. Los pies desnudos de la virgen se arqueaban flexibles para adaptarse a las sobresalidas raíces de los pambiles.

Miró el signo y se detuvo. Estaba nítidamente dibujado, con carbón, en la puerta de la barraca donde ella dormía. Por un instante tuvo miedo, después sonrió. Era la «firma del diablo».



Cuántas veces intentó, inútilmente en la escuela, cuando todavía era una niña, hacer el cuadrado, la cruz inclinada y los arcos, sin levantar la mano. Solo el propio demonio, o el negro Romualdo, sabían cómo hacerlo.

Se decía, por ese entonces, que el maligno se enamoraba de las más bonitas, elegía entre ellas a sus esposas y sellaba las puertas de sus casas, con su propia rúbrica.

— Algún muchacho majadero habrá venío po aquí. Le salió muy bien su dibujo... Pero ni piensen que yo... Blanca Quiñone', tengo miéo de e'ta' pendejá'.

Abrió sin maña la puerta y entró. Encendió la lámpara de kerosene construida en hojalata y aseguró el

toldo a los cuatro costados del colchón, más por costumbre que por necesidad.

Los grillos de largas antenas entonaban incansables ritmos. A lo mejor anunciaban la tormenta o invitaban a las hembras: mientras los machos cantaban, las hembras se acicalaban. El aire húmedo y sofocante penetraba con pereza a través de las sucias cortinas.

Al despojarse de su blusa, llena de flores chillonas y de pájaros que revolotean y de parejas de loros que juntan amorosamente sus picos, emergieron sus elásticos y turgentes senos. Libres al fin de la opresión odiosa.

Qué lindos fueron esos breves y fugaces días de la escuela. La maestra les habló de los monos y de los loros. Estaba escrito en el libro y tenía que ser la verdad:

— El loro, queridos niños, elige su pareja para toda la vida —dijo la maestra y alargó las cejas hacia arriba, porque esto era una cosa de mucha importancia—. Es un ave fiel. Ambos, macho y hembra alimentan a sus polluelos, les protegen, les quieren, les limpian, les enseñan a volar y a ser fieles como ellos mismos. Estas aves demuestran un enorme afecto el uno por el otro.

De pronto, sin que nadie sepa por qué *razón*, la lluvia se precipitó. La algarabía de palomas de vidrio golpeó agresivamente el techo de zinc. Ella no se inmutó... permaneció acostada, con los ojos abiertos, fijos en la pálida penumbra, que se resbalaba lenta y

viscosa por las cuatro paredes como una melcocha caliente.

Uno esperaría que la lluvia refresque el ambiente, pero en esta ocasión no fue así. Se diría que lanzaban agua hirviendo desde los mismos cielos. El aire se tornó sofocante y vaporoso, quizá por esto, se juntaron los grillos, en desorden, en las esquinas de la ventana. A medida que aumentaba el calor, los grillos, unos negros, otros parduscos, como si estuvieran nerviosos, incrementaron la frecuencia de sus chirridos ensordecedores.

Las balsas, de enormes hojas caducas y de flores largas y estrechas, perdieron el color. Blanquita miró los árboles, a través del toldo y del sucio entramado de la malla barata que guarnecía la ventana: le fascinaron las sombras cimbreadas que éstas proyectaban y le pareció que llegaban hasta su misma cama, con ramos de flores olorosas, los jóvenes desnudos que jugaban a la orilla del río.

« ¡Son lo' hijo' y lo' amigo' de Don Pa'cual Alcívar...! »

Pero no, no son ellos... es un hombre desconocido, alto y delgado, de recia y esbelta figura, que viene en un caballo de fuego, como un huracán. El más hermoso entre todos los hombres, con su sombrero de paja que le cubre la frente y sus botas de cuero relucientes. El hombre acorta las riendas al verla y el animal se detiene en seco. Sonríe él y ella sonríe y los ojos de los dos no pueden dejar de mirarse. Se inclina hacia ella, con gracia, y le obsequia rosas rojas...

.....

La lluvia, incitada por el viento, dio rienda suelta a sus desenfrenos. A pesar del estruendo del agua se escuchaba el croac, de las ranas y la algarabía de los grillos.

El «padrino», el mismo que la bautizó de niña y le enseñó el catecismo y las buenas costumbres, entró sin aspavientos al pobre y estrecho cobertizo.

— Blanquita, hija le dijo, casi con dulzura. — El señor ingeniero, que vino hoy por la mañana a comprar la hacienda, debe estar que se muere del miedo, con semejante lluvia. Él es hombre de ciudad y no está acostumbrado, como nosotros, a semejantes tempestades. Anda, preciosa y acompañaale

Se fue sin vacilar, como si lo deseara con vehemencia, desde el fondo mismo de su corazón o como si hubiera quedado hechizada con la sonrisa del desconocido que llegó por la mañana, a todo galope y detuvo el caballo para preguntar.

— ¿Cómo te llamas, muchacha?

Llegó hasta la puerta del hombre, empapada por el chubasco. Dejó a un lado la oxidada lámpara de hojalata y, sin decir palabra, se acostó junto a él.

Y así fue como la virgen, fácilmente vencida, hipotecó para siempre - sin rubor y en aras de una ilusión - el raro tesoro de su frágil inocencia.

.....

Allí habría terminado todo. Pero la cosa no fue así. En medio de la lluvia podía distinguirse una sombra maligna, oculta entre los árboles. Dos ojos, enrojecidos por la rabia y el alcohol, echaban chispas a causa de los celos y el rencor. Ojos asombrados e incrédulos que lo miraron todo. Vieron primero, la rechoncha figura de Don Alcívar, cuando se dirigía hacia la mísera casa donde el diablo había estampado su firma. Lo vieron subir, casi a gatas, los escalones de maderas podridas. Y, al poco rato, vieron lo que jamás debieron ver: el cuerpo semidesnudo de una ninfa, cubierto apenas por la transparente y vaporosa bata, que *avanzaba* como un ángel del cielo, hacia la casa grande y, detrás de ella, cual sombra maldita... la desgarrada figura de Don Alcívar.

¿De quién eran esos ojos malévolos? ¿Acaso del negro Romualdo, que andaba renqueando, de día y de noche, igual que perro baboso, detrás de Blanquita? Pudiera ser, porque los desprecios de la muchacha le habían desquiciado.

.....

Si me preguntan quién fue el chismoso y de qué manera se enteraron de este asunto la Candela y Lorenzo Quiñónez, juro que no sé. Quizá fuera el negro Romualdo quien fue con el cuento, pero eso nunca se aclaró.

El caso es que a la madrugada, al tiempo que los gallos anunciaban el nuevo día, todos pudieron ver de qué manera perseguía con un leño el padre a la hija,

encendidos los ojos en sangre, gritándola, maldiciéndola.

Nadie pudo impedir que el negro arrastre por entre los frondosos y rastreros bosquetes de los yucales a la mu-chacha, como si fuera un fardo colmado, no de carbón, sino de alaridos. Tampoco pudo fuerza alguna evitar que la amarre con un fuerte alambre, contra el tronco de un robusto almendro, que había crecido por allí, solitario, separado del resto de la vegetación. Zahareño ante la mirada incrédula de los peones que gritaban, se zafó el cinturón de cuero y la azotó con zafiedad inaudita.

- ¡Barajo! ¿Quién fue el de'graciao? —Le gritaba, sin obtener respuesta— ¡Le digo y le repito que u'té mi'ma me lo delate'... pa' partile l'alma... quién fue el de'graciao! ¿Fue su padrino, fue su propio padrino, fue...? ¿O fue el engominao que yegó ayer, pa nue'tra mi'mísima perdición? ¡Dígamelo, dígamelo, dígamelo!

En un arrebató incontenible desenvainó el afilado machete —que brilló y silbó en el aire— y blandiéndolo con rabia y despecho lo descargó con la intención de abrirle el cráneo en dos.

¿Qué fuerza misteriosa doblegó en una fracción de segundos su certero pulso? ¿Acaso su inmenso y brutal amor de padre? ¿Acaso la misma voz misericordiosa y arcana de Él, que habló hace milenios en el oído de Abraham y salvó de la muerte al hijo idolatrado?

El machete peinó los ensortijados pelos de la negra y se hundió en el tronco del almendro y allí está aún, justo en la horcadura, como mudo testimonio de la furia salvaje de Lorenzo Quiñónez.

La moza permaneció allí, quieta, sin moverse ni decir palabra, durante toda la mañana y gran parte de la tarde, hasta que llegó, por fin, su madre y, compadecida de su lastimero estado, la liberó.

- Vaya con él, mija... u'té ya no pué hace na. Vayase ante' que regrese su apá.
- Pero ma...
- La' chi'pa' del calbón jamá mienten, mija... ese é su de'tino. Pobrejita mija, pobrejita... y que Dio' me la bendiga...

Fiel, como los loros, Blanquita esperó a su hombre, al otro lado del río. Subió a la grupa, a horcajadas, y se marchó con él, al trotecito del caballo bayo.

Fue la eclosión de la lujuria y la irresponsabilidad. Él se la llevó sin siquiera reflexionar en las consecuencias. ¿Hacerse cargo de ella? Jamás se le cruzó esa absurda idea por la mente. Se la llevó apremiado por el deseo, ilusionado en el goce fugaz que le proporcionarían, una vez más... una vez más... una vez más... esos firmes y elásticos muslos.

El execrable asesinato

Las afrentas se lavan con sangre en los tupidos montes de Esmeraldas. ¿Para qué gastar dinero en jueces y en tinterillos sinvergüenzas que nada resuelven? Esas son leguleyadas de blancos. Allí, en la mitad de la nada, las cosas se zanja como lo hacen los hombres de verdad: a filo de machete...

— ¡Se lo pío una ve' ma', por la' güeña', Candela! Quiero que me lo cuente' tóoo. Quiero conoce tóoo.

Ahora Lorenzo ansia saber quién fue el culpable. Demanda a María Candela que le diga quién fue el miserable que se aprovechó de su Blanquita, pero la mujer no puede torcer el destino trazado de antemano y se resiste.

— Encienda el carbón, negra. Mire la' chi'pa' y dígame lo que ve!

Forma con sus manos una pelota de trapo y la unta con kerosene. Apila sobre ella los carbones, como si construyera una casa. Con un fósforo enciende el fuego. Las lenguas brillantes lamen las paredes de caña y proyectan figuras fantasmagóricas que escapan veloces, como almas en pena.

Sale el hombre y regresa con un cabo grueso y amarra a la mujer. La deja inmóvil, sentada sobre la vieja silla. A pesar de su inútil resistencia, la levanta en vilo y la pone frente al brasero.

— ¿Qué ve Candela?

Toma por la fuerza la cabeza de la mujer, que se obstina en no mirar y la fija, en dirección al fuego.

— ¿Qué ve' Candela? ¡Dígame! ¿Ute ve a nue'tra Blanquita?

— ¡No, Lorenzo! Veo al patrón. Van a mata a don Alciva.

— ¿Quiéne' son?

— No lo sé. Solamente veo la montaña. Lo' arbole' enorme' y lo' mono' enloqueció, como si vieran vi'to sangre. Un negro, Lorenzo, un malvao negro lo ta haciendo peacito'... con su machete. ¡Oh, no Dio' mío! ¡É su machete, Lorenzo! ¡É su machete!

— Entonce... fue él. ¡Fue él, Candela!

— No, Lorenzo, no lo haga'...

.....
Exactamente a los tres días, de haberse firmado las escrituras de compraventa de la hacienda, desapareció don Pascual Alcívar Maridueña, padrino propio de la negra Blanquita. En vano le buscaron los amigos, los familiares y la policía. Se lo tragó la tierra.

El crimen hubiera quedado oculto para siempre, pero dicen que el pez por su propia boca muere... y tienen razón los que así afirman. A los ocho o nueve meses de los horribles acontecimientos llegó, borracho y valentón, el negro Lorenzo Quiñónez, a la casa grande de la hacienda, con un saco de carbón. No estaban los parientes del desaparecido y la cocinera hizo pasar al negro para que acomode el bulto, junto a la

enorme cocina de hierro forjado, traída desde Italia hace más de cien años.

— Carbón del güeno le traigo, doña —dijo con burla el negro.

La cocinera le sirvió café, para que se le pase la borra-
chera y el hombre aceptó. Quizá porque se le estaba
pudriendo el secreto en el alma o por alardear de ma-
tón frente a la dama, o de padre digno, según otras
versiones, o quién sabe por qué razón, le contó, en
confidencia, toda la historia.

— E'perándole tuve tóooa la noche. Cuando lo vi
yegar, me metí en el cacaotal y ayí lo atrapé... co-
mo a cangrejo.

Con un certero garrotazo en la cabeza doblégó al vie-
jo. Solo, sin ayuda alguna, lo arrastró cerca de ocho
kilómetros, bosque adentro, donde él quemaba la le-
ña para convertirla en carbón. Lo tumbó entre los
truncos. El hombre —según el mismo lo contó—esta-
ba aún vivo, aunque semiconsciente. Respiraba con
dificultad y apenas si abría los ojos. De un tajo seco,
con el machete, le cercenó el cuello. Finalmente cu-
brió el cuerpo con otros leños y hojas verdes.

— Tre' día lo velé. Fue una quema limpia, güena,
sin yuvia. Carbón de primera... ¡Oiga! Nunca me
lo viera imaginao... El patrón taba completo.
Negro, negro, la cabeza a un lao, pero taba en-
terito, tieso como si tuviera vivo. Ayí mi'mo tu-
ve que hacelo peacito' pa que no me lo reco-
no'can.

Enterada de la espantosa historia, la mujer fue con el
cuento donde los Alcívar y estos hicieron encerrar al
asesino. A pesar de la ausencia de pruebas le cayó al
negro una sentencia de dieciséis años.

A raíz de estos acontecimientos el ingeniero Pinto
compró un hermoso revolver Smith & Wesson, con
cacha de madera, por lo que pudiera suceder. Pero
esa no era la única arma que él adquirió. En su casa,
en un gabinete de chanul, primorosamente lacado al
natural, guardaba, entre otras maravillas, una cara-
bina de dos cañones, una pistola Beretta, de fabrica-
ción italiana y un sable.

Alexandra tenía terror y jamás se acercaba siquiera a
este arsenal; pero Roberto, no obstante su corta
edad, era feliz cuando su padre le explicaba y ejerci-
taba en el funcionamiento de estos peligrosos
artilugios.

Viviana Espinoza Chalá

He contado ya que Lorenzo debía purgar una sentencia en el panóptico, pero no he relatado aún cómo cayó preso. La verdad sea dicha, la culpable de su encierro fue una tal Viviana Espinoza Chalá.

.....
En uno de los cabarets baratos: antro de corrupción y enfermedades, pasan horas de horas los marineros y los estibadores, mientras miran embobados a las mujeres semidesnudas.

También suele concurrir, de vez en cuando, Carlos Aníbal Pinto, para pasar un rato; tomar una buena cerveza helada, escuchar la cadenciosa música de la marimba y mirar a las bailarinas. Al ritmo de la marimba, sobre un escenario rústico, construido con caña guadua bailan las negras. Poco a poco se van despojando de la ropa hasta quedar totalmente en cueros.

El «Rincón Cuba Caliente» está localizado casi a la orilla del mar. Las olas van y vienen, porfiadamente, como si buscaran, también ellas, entremezclarse con el humo de los cigarrillos y flotar en el aire.

Cuando no suena la marimba, sale una música fétida y palúdica desde un destartado tocadiscos RCA Víctor y las mujeres desfilan en trajes de lentejuelas delante de los ávidos ojos de los marineros borrachos.

Un viernes por la tarde, mientras el ingeniero Pinto se hallaba al fondo del Rincón Cuba Caliente, vio llegar a Lorenzo Quiñonez acompañado de otro negro, al que no conocía. No se movió de su asiento el ingeniero. ¿Para qué hacerlo? Mejor pasar desapercibido, tranquilo, sin ser molestado, en la tibia penumbra...

Frente a una frágil mesa, cubierta con una colcha roja, en la que destacan curiosos dibujos de pájaros y flores, se sentaron Lorenzo y Romualdo.

Una botella de aguardiente y dos copas, completan el cuadro.

- ¿Sabe una cosa, tío? Lo' pájaro tan vivito'. Mire, tío Lorenzo. Mire. ¿No le parece que e'to' pájaro' tan peleando? Mire como se picotean y se picotean. Parecen pájaro' asesino'.
- Déjese de habla pendejé sobrino y mire a la mo-rocha... toíta encuerá la de'graciá...
- Mire, tío. Mire como se yeban al pájaro grande. Lo garraron e'to' cuatro de'graciao y le tan encerrando en una jaula.
- U'té, sobrino Romualdo ha sío cabeza e pájaro pa bebé. No aguanta na. Ya ta viendo visione'.

Entonces se acerca una puta vieja y fea. Más vieja que Matusalem, más fea que las arañas de monte y más mala que la Caín. Lacrada la cara, pintados los labios de rojo intenso, rojas las garras y embusteros sus ojos cargados de hollín. Llegá meneando sus tetas flácidas, al aire. Su cuerpo, que pretende ser elástico y cimbreado, en lugar de lujuria causa náuseas.

- Soy Viviana E'pinoza Chalá, la reina de e'te lugá. ¿Y tú, negro? ¡Me parece' lindo! ¿Me invita' un trago? —Pregunta la mujer, mientras se sienta a la mesa y sonríe mostrando sus escasos dientes amarillos.
- Con gu'to, preciosa —le contesta Lorenzo y le sirve una copa de aguardiente.
- Yo no bebo eso, primó. Tú me tiene' que invita coñá. Coñá francé, del fino. Eso é lo que yo bebo.
- ¿Y si yo te invito un coñá, qué é lo que tú me va invitá?
- Te invito a mi cama, lindo... si tú quiere...
- Pásenme un coñá... pa la señorita...

La mujer bebe de un sorbo la copa.

- ¿Y, entonces, lindo, viene' conmigo?

Lorenzo sale con la muchacha y Romualdo permanece allí, sentado frente a la mesa, un tanto adormilado, mientras los pájaros de la colcha se despedazan.

Todo lo ha visto y todo lo ha escuchado el ingeniero Pinto. Una densa calma chicha, que suele anteceder a las más sangrientas broncas, se percibe en el ambiente. Carlos Aníbal Pinto lo presiente. Sabe que se va a armar la grande, pero no interviene...

El negro Romualdo duerme la mona. Los gritos, la trifulca lo despiertan.

- ¿Qué e'tá pasando aquí? —pregunta el dueño del lupanar.

- Que e'te degaciao se pega do' palo' conmigo y no me quié paga.
- ¿Y no te di tu coñá? ¿No te di tu coñá, como tú me lo pedi'te?

Entre cuatro negros fornidos sacan a empellones a Lorenzo y afuera le dejan hecho un cristo. Le patean, mientras éste se arrastra por el lodo, igual que una jaiba herida. Se alejan, creyéndole muerto o inconciente. Se levanta de pronto Lorenzo y dando un salto formidable, golpea en la nuca al primero de sus feroces atacantes, lanzándolo al suelo como si fuera un fardo inútil. De una patada en la espalda elimina al segundo, que vomita sangre. El tercero y el cuarto corren hacia el “Rincón Cuba Caliente”, pero no alcanzan a llegar a la puerta, porque Romualdo los recibe con los puños cerrados y les rompe las jetas.

Fue una pelea limpia. No se utilizaron picos de botella, ni arma alguna. Lorenzo y Romualdo no mataron a persona alguna. A nadie hirieron de gravedad. Solamente dejaron fuera de combate a los cuatro jetones abusivos.

.....

Es una madrugada apacible. Deben ser las tres de la mañana. Lorenzo y Romualdo han estado bebiendo desde las ocho de la noche. Así, borrachos como están, se embarcan en la canoa, en dirección al estuario.

El ambiente permanece oscuro y húmedo, pero los hombres nada sienten, abotagados a causa del aguardiente de caña. Medio adormilados se dejan llevar por la corriente. Con los ojos entrecerrados contem-

plan la salida del sol y la miríada de cristales multi-colores, fragmentados, mágicos, que flotan sobre el agua. Finalmente acercan la canoa a la orilla y la amarran contra unos hierbajos.

- ¿Sabe una cosa, tío? —Dice Romualdo, parándose firme, mirando de frente a Lorenzo, con una decisión inusual en sus esquivos y traicioneros ojos.
- ¿Hmm?
- ¿U'té, tío, adivina polqué yo le invité anoche, al «Rincón Cuba Caliente»? ¿Y u'té conoce, de onde yo saqué la plata pa invítale? Yo la robé. Chinié a uno de eso' turi'ta' pa pódele convida. ¿Y uté quié que yo le diga polqué? Se trata de Blanquita... de su hija...
- ¿Y qué e' la cosa que yo debo de sabé? ¡Hable! "
- Que a mi na me importa ya. Lo pasao, ta pasao. Y si uté me apoya, si me da su consentimiento, yo mato al de'graciao que me la de'gració, y luego, me la yevo conmigo.
- ¿Qué cosa e' esa que u'té ta diciendo? U'té no necesita mata a naiden. Ya cayó el de'graciao que me la de'gració... ¿Uté ta mirando e'te machete? ¿No lo ve, grande y filúo? Yo mi'mito le viré el pe'cuerdo... y cómo un chorrito salía la sangre...
- Así mi'mo dicen, tío y yo le creo. Así mi'mo ha de ser... Pero uté se equivocó de cri'tiano...

En ese momento se escucha el ruido de gente, que da voces y casi de inmediato, el sonido de vehículos, que llegaban veloces.

- Rápido, tío, suba a la canoa. E' la policía que lo anda bu'cando.

Cuando ve a los rurales trata de huir, pero allí mismo le disparan y le hieren superficialmente en la pierna.

- Quieto, cucaracha! ¡No te muevas, o te mueres aquí mismo! —Le grita uno de los policías, mientras le apunta a la cara con una pistola.
- ¿Y el otro? ¿Dónde está el otro? Eran dos negros.
- No sé, mi cabo... Se debe haber zambullido en el agua...
- Míralo, por allí va nadando como un sapo. Jamás he visto un hombre que nade de esa manera. ¿Le disparo?
- Pégale un pepo en el culo, para que aprenda lo que es bueno.

El rural levanta su arma y apunta. Junta las dos manos y cierra el ojo izquierdo. A pesar de hallarse bajo el agua parece ser un blanco certero. ¿Cómo puede un hombre "negro" ser un "blanco" certero? Los disparos suenan secos y el eco los devuelve deformados. El hombre-rana se hunde, con gracia, en su natural elemento.

- ¿Ya vi'te, lindo? ¡Yo si tengo quien me defienda! ¿Comproba'te que naiden pué reíse de Viviana E'pinoza Chala? —le grita la pelandusca, desde un taxi, mientras saca la cabeza por la ventana

y le muestra el dedo del corazón, levantado hacia el cielo.

Esa noche durmió encerrado en una celda especial, en Esmeraldas. A pesar de la fiebre y de la infección de los primeros días, nadie se preocupó por la pierna. Tuvo que curarse sola, porque como decía el Director:

— Aquí no tenemos presupuesto, para curar a la-
gartijas mal nacidas como tú.

Lo del juicio jamás llegó a enterarse. Ningún abogado vino a verle, para que él explicara sus razones, o para que por lo menos dijera cómo fue que mató al sujeto. Solo supo que había un juicio contra él cuando a los dos años de estar preso llegó el secretario del juzgado para hacerle firmar unos papeles. Eso fue todo.

Los pergaminos

Herido de muerte llegué yo, el autor de este libro, al Hospital Metropolitano. De urgencia me tuvieron que operar. Días confusos los de la sala de cuidados intensivos. Aún la vergüenza se pierde cuando uno ni siquiera es capaz de controlar los esfínteres.

EXTRAÑO 1 — ¿Tuvo algún accidente?

EXTRAÑO 2 — Le asaltaron. Le metieron dos tiros, calibre 19. Se salvó de milagro

EXTRAÑO 3 — Ya no hay seguridad en el país.

EXTRAÑO 1 — (Al extraño 3). ¿Y tú, cómo así opinas? Has permanecido todo el tiempo en silencio...

EXTRAÑO 3 — He querido disfrutar, más que participar.

Al abrir los ojos, miré el dibujo de Martín, que algunos compañeros de la oficina habían pegado en la pared de la habitación que ocupé durante esos fatídicos días, inmobilizado por el dolor.

Los amigos querían reanimarme. Sabían o intuían que era necesario fortalecer primero mi espíritu para fortalecer mi cuerpo. Al mostrarme estos dibujos me transmitían un mensaje simple. ¡Tu novela ha quedado inconclusa! ¡Debes terminarla! ¡Fija tu mente en algo útil

y no pienses más en el ominoso ataque, porque eso te está destruyendo!

.....

En Cumbayá, en el terreno cubierto de hierba finamente cortada, salpicado de flores, pencas y grandes hojas de camacho, pasé los días dedicado a la única pasión de mi vida: la literatura. Era un placer leer o escribir, mientras el tibio viento me traía, de manera gratuita, el cántico melodioso de los pájaros.

Releía los capítulos que había escrito antes del tiroteo. Corregía el texto, lo completaba, examinaba las palabras minuciosamente, a la sombra de uno de los aguacatales, que se elevan perezosos hacia el cielo y arrastran con lujuria sus retorcidos brazos cargados de flores y de frutos. Disfrutaba sin malicia de esta sencilla ocupación, que aún me era permitida a pesar de todos mis achaques y limitaciones. Los tiros me habían volado una de las vértebras lumbares y la cabeza del fémur.

Las dos mujeres que cuidaban de mí habían traído una alfombra, que la tendieron en el suelo, para que yo me recueste al aire libre.

Muy cerca, en una fogata —probablemente encendida por Miguel, el jardinero— se consumían lentamente las hojas secas de los árboles, amontonadas con esmero. Una columna interminable de humo, a imitación de las bayaderas de Bombay, se mecía en el aire.

Un ruido extraño enturbió, de pronto, la quietud del instante. Las hojas y ramas del aguacatal se movieron violentamente, como si algún animal ¿una rata, una raposa, un chugo? hubiera saltado, asustado quizá por mi inoportuna presencia. Alcé los ojos y traté de averiguar de qué se trataba, pero nada pude distinguir, debido a lo espeso del follaje.

Torné mis ojos al texto y me sumí nuevamente en la lectura. A los pocos segundos, me pareció ver una sombra, que brincando por entre las hierbas, se escondía detrás de unos lirios de agua, o cartuchos como aquí les llaman. Dejé el texto, sobre una piedra, me incorporé con dificultad, para averiguar de qué se trataba todo ese alboroto y no pude dar crédito a lo que veía.

Una veintena de monos había invadido mi propiedad. Saltaban los simios libremente por las ramas artríticas de los chirimoyos, por entre las hojas de las acacias, rodeando los robustos troncos de los aguacatales y del Jacarandá, que sacudido por los intrusos, lanzaba al aire sus flores azules o lilas o moradas, como una lluvia perfumada. Arrancaban las mandarinas, las limas, los taxos y hasta los duraznos verdes; los mordisqueaban apenas y luego arrojaban la fruta por el suelo, irritados por su áspero gusto.

EXTRAÑO 1 — ¿Qué cuentos son estos? ¿No será que a Zamacuco le pasó lo mismo que

al tal Romualdo? ¿Con qué pillita habrá estado saliendo?

EXTRAÑO 2 — *Creo que él también ve visiones, como el tal Romualdo.*

EXTRAÑO 3 — *¡Ojo! Aquí, hay que tener cuidado. ¿No es esta una parábola? ¿Son realmente monos los que invaden la propiedad del autor?*

Grande fue mi asombro, cuando me percaté que uno de los monos hurtaba el texto que yo estaba escribiendo y el resto de macacos se apresuraban a cubrirlo, a proteger al ladrón, para que yo no pueda recuperar mi obra. Pronto avivaron las llamas de la pira y se aprestaban ya a quemar mi novela, o al menos los pocos capítulos que con tanto esfuerzo y pasión había armado.

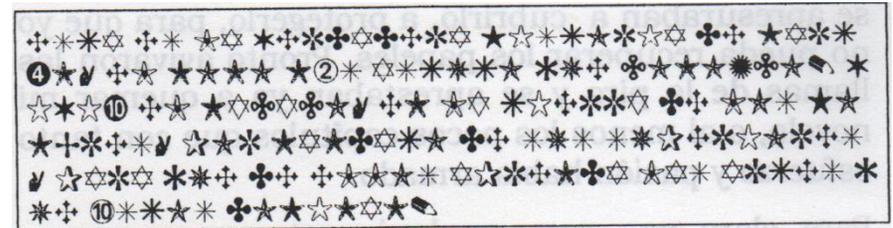
Pero, claro, yo —como cualquier artesano, enamorado de su creación— luché por apoderarme del escrito, por salvarlo de las llamas donde lo iban a quemar, sin contemplaciones. Empero, todo fue inútil. Más ágiles, los intrusos, se salieron con la suya y lo redujeron a cenizas. En realidad no se trataba de un daño irreparable, porque el texto, en su versión original, lo conservaba en la computadora y podía obtener las copias que quisiera. No obstante, debo confesar que el hecho en sí me molestó.

Indignado, con justicia, de la rastrera conducta de estos ariscos animales, pedí a una de las mujeres que

tome una vara y los eche de mi propiedad, sin contemplaciones.

Mientras saltaban por las tapias, huyendo de los certeros golpes, dejaron caer unos pergaminos amarillentos, plagados de signos indescifrables. Eran tres cuadernos plegados, cosidos y encuadernados. Todos ellos estaban hechos con la piel de algún animal, quizá utilizaron para este propósito el pellejo de algún chivo, de algún cordero o de algún un mono... No lo he podido averiguar.

Copio, a continuación, unas pocas filas, de uno de los pergaminos, por si acaso, alguno de los lectores, avezado y curtido en las artes criptográficas, pudiera descifrar o desentrañar su significado.



EXTRAÑO 1 — *Esto sí que me parece el colmo. Se burla de nosotros.*

EXTRAÑO 2 — *A mí, por el contrario, me parece lógico, o al menos interesante*

EXTRAÑO 3 — *¿Lógico? ¿Interesante? Bello, diría yo, por lo ingenioso, por lo primitivo. La fuerza de esos signos, me ha llamado la atención. Perdonen el comentario, pero no he podido evitarlo.*

Cuando esta peste se retiró, chillando como un pelotón de demonios, me puse a reflexionar sobre el insólito hecho. ¿Micos en Cumbayá? Este es un valle tranquilo, acunado en la mitad de los Andes y no existen, jamás existieron monos, ni domesticados ni en estado salvaje. Por el contrario, en la costa y en la región amazónica abundan, a tal punto que se los puede mirar arracimados en las ramas de los árboles, o saltando alegremente por entre los riachuelos. ¿De dónde pudieron haber salido estos animales?

En estas cavilaciones me hallaba cuando se aproximó mi madre.

- ¿Los viste? —Le pregunté.
- ¿Qué, a quiénes?
- ¡A los monos! Eran como veinte...
- ¿Aquí?
- ¡Aquí, sí, aquí!
- No. Nada he visto. ¿Cuándo ha sido eso?
- Hoy mismo, hace unos minutos. ¡Llegaron de sorpresa. Mira los destrozos que hicieron!
- ¡Santo cielo, no lo puedo creer! ¿Y tú qué hiciste?
- Tuve que hacerlos echar con un palo...

Mi madre me quedó mirando, como quien no puede comprender lo que ha escuchado o se resiste a creerlo. Luego, se marchó como vino... como una sombra, en silencio...

.....

A diferencia de estos monos: enemigos de la literatura, mis parientes leen y a ninguno de ellos se les hubiera ocurrido quemar un libro. A mi madre le encanta leer. Le presto mis libros y los devora. Pasa horas de horas, viviendo en carne propia los relatos fantásticos de caballeros y caballos; las aventuras de osados navegantes; o los ardidés, astuta e intrépidamente tramados por los amantes, con el único y efímero propósito de estar juntos...

Ella lee por curiosidad. Es sumamente curiosa. Se pasa la mayor parte del tiempo detrás de la ventana de su cuarto y espía a quienes llegan. Si viene algún amigo mío, sale con cualquier pretexto, para hacerse presente, para enterarse mejor de las cosas. Estoy casi seguro que ella sí vio la invasión de los monos, pero a mí me dijo que de nada se ha enterado. Creo que en este caso, no salió, porque ella detesta a esos animales y hasta pienso que les tiene pavor.

EXTRAÑO 1 — *No puede hablar así de su propia madre. La ha llamado mentirosa... La ha descrito como una fisgona...*

EXTRAÑO 2 — *Bueno... en realidad... Yo creo que Zamacuco quiere decir a los lectores que su madre tiene la costumbre de meterse en lo que no le conviene. (Al extraño 3). ¿Y tú, qué opinas?*

EXTRAÑO 3 — *¡No comments!*

También lee mi padre. En la pequeña tienda del pueblo, detrás del mostrador, casi a hurtadillas, le miro

con algunos libros, seguir pacientemente la pista de misteriosos asesinatos o lo encuentro asombrado por la crueldad de los turcos del siglo XIV, constructores de puentes y caminos. Si él hubiera estado aquí, cuando llegaron los monos, habría salido violentamente al patio y los habría lanzado a patadas. Él es un hombre de pocas pulgas.

También mi hermano me hubiera defendido. Él es médico y siempre está a mi lado, cuando más lo necesito. Casi no tiene tiempo para la literatura. ¿Le agrada? Creo que sí, pero antes, cuando era muchacho, le gustaba más. Recuerdo que llegó un día, hace ya muchos años, cuando aún éramos jóvenes y no nos habíamos casado, y empezó a recitar frente a mí un poema, que no he olvidado:

*"Brindad por mí, ¡salud, amigos míos!
"Llegó el fin de mis locos desvaríos.
"¡Salud, por la verdad, por la elocuencia
"Por la tortuosa senda de la ciencia
"Donde mi alma extravió la su inocencia
"En un afán insano y de ¡demencia!*

*"Las palabras, o versos cadenciosos...
"Los besos, los abrazos amorosos...
"Se marchitan, en mí, desaparecen:
"Briznas al fin, carnes que se entumescen
"Debo decir, al fin ¡qué necio he sido!
"Como mono nací, y hombre he vivido.*

*"Alzad las copas y tapad la sidra...
"La lágrima, vendrá de la clepsidra*

*"En mi hora, ya sin tiempo... y sin mi suerte
"Ha llegado, por fin, la triste muerte...
"Mas, no muero, que en ángel me transformo
"Y a mi antigua morada ya retorno.*

¡Oh! Venenoso poema. ¿Quién pudo haberlo escrito? No he logrado sacarlo de mi cerebro y me atormenta cada vez con mayor fuerza.

¡Oh, mi sagrada familia! Mi viejo padre, mi madre artrítica, mi hermano enamorado de los bonsái, olvidado de la poesía para siempre y yo, atormentado por los monos.

Y después de la sagrada familia otras familias sacras y otras y otras que se forman y se suceden *ad vitam aeternam*, en cadenas imprevisibles...

He allí el tormento de la evolución, que me carcome por dentro: gusano que deseo expulsar de mí y endosarlo a los monos.

Me levantan entre dos mujeres, con cuidado, para que no me atormente la columna, que permanece soldada gracias a la "H" de metal que incrustaron los médicos en mi espalda. Avanzo por la hierba. Arrastro los pies con dificultad. Me duele la cadera y la pierna derecha y me arden las largas cicatrices que dejaron los cirujanos a lo largo de mi pecho y mi estómago. Tengo una idea fija: terminar la novela.

Las dos mujeres me acomodan frente a la pantalla. Deben fijar mi débil cuerpo entre almohadones, para que no flaquee, para que no se voltee hacia algún lado, carente como está de toda fuerza. Encienden la

computadora y me aproximo hacia el teclado, pero debo mantener el equilibrio, apoyado en mis antebrazos, lo que torna difícil cualquier movimiento. Me supero a mí mismo. Logro apoyar mis brazos contra la mesa y alcanzo finalmente el tablero. Pulsan mis dedos torpes las teclas y en la pantalla de vidrio renacen las palabras.

Con gran fatiga, pero con ansiedad, con desesperación retomo la novela, como si en esto radicara el secreto o la justificación íntima de mi vida.

.....

El que inicie la lectura de mi Martín, no tendrá pretexto alguno para decir que leyó íntegramente la leyenda, por la pura y simple curiosidad de saber qué mismo le pasaría al personaje central. ¿Acaso es este el fin de esta novela? Al igual que los antiguos griegos, que sabían de antemano el argumento pero concurrían alegremente al teatro, no por curiosidad, sino por el sencillo placer de disfrutar y deleitarse con la armonía y la musicalidad de las poéticas palabras recitadas por los actores, por descubrir detrás de los versos, las creencias y pasiones de los autores trágicos, así deseo que mis lectores —hasta donde llega mi vanidad— queden prendados por los detalles o por la forma en la que se cuenta esta historia o incrédulos quizá de mis temores.

Alexandra

Q uito *es una* ciudad larga y angosta, como un rosario extendido de ciento cincuenta *avemarías*, al cual se han engarzado, al mismo tiempo, en desorden y sin destreza alguna, los misterios gozosos, los gloriosos, los luminosos y los dolorosos.

Hace frío y es una noche tormentosa. Desde recónditos e imprecisos lugares, quizá detrás de las encaladas casas apiñadas las unas contra las otras, como almas en pena; desde el fondo mismo de las iglesias, con sus torres, cúpulas y cimborrios; o tal vez más arriba, desde los cerros semipelados, salpicados de hirsutos árboles viejos, llegan entremezclados, arrasados por el viento: indefinidos y lastimeros lamentos; místicos cánticos gregorianos; aullidos de perros y maldiciones de borrachos.

Para colmo han cortado la luz en algunos barrios, de modo que el forastero tiene la impresión de encontrarse en una ciudad sitiada.

En la Isla, algo más arriba de la embajada de Italia, queda la casa. Allí viven felices, como en los finales de cuentos, Alexandra, Carlos Aníbal y Roberto. Un pequeño jardín, bastante mustio y feo, quisiera asomarse tímidamente hacia la calle, pero no puede: los muros altos se levantan adustos, como si se tratara de una fortaleza. Una puerta peatonal, pintada de negro fúnebre, y el garaje a un costado, completan el cuadro.

Es una noche oscura. Una mujer de color, que viste una falda de colores chillones se aproxima lentamente a la casa donde vive Alexandra.

Desde dentro de la casa, una perra enorme se lanza contra ella, pero los hierros de la puerta la paran en seco. La perra ladra, brinca y muerde las gruesas cadenas, como si pretendiera hacerlas trizas. Lanza espumarajos pestilentes desde sus enormes fauces.

A las ocho y media de la noche, el ronda da las vueltas y hace sonar el silbato. El frío se le pega a la ropa y le dificulta los movimientos. Encaramado sobre una de las tapias vecinas, un gato fugitivo, lo mira todo con sorna pero su cara, como la del perfecto jugador de *pocker*, permanece impassible. Solamente sus pupilas se contraen, casi hasta desaparecer, al ser heridas, de manera perversa, por los potentes faros de los vehículos que atraviesan indiferentes y levantan nubecillas de polvo sobre el renegrido pavimento.

- No se asuste, señora. Soy el ronda y vigilo todas estas casas. La perra es inofensiva. Se llama Malú... Hola Malú. Hola bonita. No asustes a la, señora...
- ¿Y no e' peligrossa?
- No, qué va. Esta, más que perra es una gatita fina, educada, aristocrática... ¿Verdad bonita?
- Y dígame usted, señorita, ¿a quién busca?
- No. Nada. No toy bus'cando a nadie. Solo pasaba y ya me voy. Me asu'tó esa perra maldecía... Ya me voy. Gracia' por su ayúa...

La negra se pierde al final de la cuadra, tragada por la negra noche.

Añagazas de intriga, las falsas luces nos confunden. A través de una de las ventanas se proyectan hacia la mitad de la calle curiosas figuras chinescas: los rápidos cambios del color, efectos de algún televisor encendido, evocan, desde lejos, danzas fantásticas.

Adentro se siente un poco más de calor. Una tenue oscuridad de terciopelo, trata de engullirlo todo y apenas si es posible distinguir la distribución y la buena calidad de los muebles.

Arriba, en el dormitorio, la mujer está acostada y mira con vivo interés una de las telenovelas colombianas, mientras Roberto, su hijo de quince años, yace acurrucado a su lado, como suele hacerlo, en ausencia del padre.

Un frenazo los pone en alerta.

- ¡Tu papá! —Grita asustada. Apaga la televisión y mueve nerviosa el brazo del chico.

Roberto salta de la cama y vuela a su habitación. Allí permanece quieto, casi sin respirar, con la luz apagada, simulando estar dormido. Ese es uno de sus juegos favoritos.

Los corazones de los dos palpitan con una mezcla confusa de gozo, temor y curiosidad mientras escuchan el ruido de las llaves y las puertas al girar en sus goznes: luego, los pasos ágiles al subir por las gradas de madera.

— ¡Hola! No te esperaba. ¡Qué sorpresa me has dado! ¿Cómo así vienes hoy? —Se levanta y le besa en la boca.

Él la aprieta contra su pecho, con ternura, con la pasión acumulada durante la ausencia. Ella lo esquiva; zafa el nudo que la aprisiona, con una mueca de hastío o de cansancio que Carlos Aníbal no advierte, o no quiere advertir.

— ¿Cómo van las cosas? ¿Estás cansada? ¿Y... Roberto?

— En su dormitorio...

— Sí, claro. El se acuesta temprano, casi siempre... —Le cuesta hablar. Frunce el ceño, se muerde los labios.

— ¿Aún... moja la cama?

— Tú sabes cómo es eso.

— ¿Qué dijo el doctor?

— Creo que no tiene aún una respuesta concreta... Dice que, en su opinión, nuestro hijo ama a los gatos y que debería tener uno.

— ¿Gatos? El tipo está chiflado. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión? Llévale donde otro matasanos. Este no sabe dónde está parado... ¿Y el asunto del colegio?

— Avanza a duras penas...

— Debe haber algún tratamiento adecuado... Siento que las cosas van de mal en peor. Quizá deberíamos cambiar de médico. Ese tal Casares no

me convence. No me cae bien. Ni siquiera es capaz de mirar directamente a los ojos...

— Yo creo que es un excelente médico. Tiene mucha sensibilidad.

— Realmente no sé qué tenga que ver la "sensibilidad" con la competencia profesional. Tengo la sensación de que ese fulano anda despistado.

— Ya, cálmate, por favor... Buscaremos otro médico. Ahora, dime, ¿cuánto tiempo estarás con nosotros esta vez?

— Recibí un telegrama de la oficina... Me dijeron que venga a Quito.

— ¿Definitivamente?

— No lo sé...

Se quedan los dos en silencio por algunos minutos. Él se pasea por la habitación, como un animal enjaulado. Ella lo mira con angustia. Sabe que él la culpa en su interior por lo de Danielito, aunque jamás le haya dicho una sola palabra de reproche... De pronto, la voz de Alexandra quiebra la tensa atmósfera con una pregunta intrascendente:

— ¿Tienes hambre?

— ¿Hay algo de comer? No es para mí, es para el chofer, que no ha querido comer en el camino.

— ¡Claro!, sí...

Se echa una salida de cama y baja a la cocina.

Carlos Aníbal Pinto se dirige entonces al cuarto de su hijo y se sienta en la cama. Creyéndolo dormido le acaricia el pelo, con ternura y le besa en la frente.

— Cuánto te quiero, hijo mío —le dice—. Cuánto les quiero a ti y a tu madre.

Entonces el muchacho no puede contenerse y ríe, mientras abraza a su padre.

— ¡Hijo, mira lo que te traje!

Saca del bolsillo de su chompa un pequeño mono de cerámica. El animal permanece rígido, sentado sobre un tronco y se agarra de la rama de un viejo árbol.

— Es Martín —le dice—. Es la viva imagen de Martín.

El niño mira aterrado al mono que ha traído su padre. De un salto se baja de la cama y corre a refugiarse al cuarto de Alexandra. El padre comprende de inmediato que su hijo no ha superado aún la fobia que ha desarrollado contra los monos.

— No. Tranquilo, hijo. Si no lo quieres tocar, no lo toques. Era un regalo para ti, Pensé que te gustaría, pero si no es así, hijito, no vamos a obligarte a que lo mires. Mira. Lanzaremos lejos a este mono aborrecible, para que no te cause malestar alguno y con eso daremos por terminado este incidente. —Y diciendo y haciendo arrojó la pequeña escultura en uno de los tachos de basura.

Sentándose al lado de su hijo, el padre le estrechó contra su pecho y le colmó de besos. Poco a poco se fue restableciendo la calma...

Entonces le cuenta toda la historia. La subida hacia la montaña, por el estrecho y peligroso sendero, en medio de la lluvia, los curiosos chivos, la desafortunada guanta, el zumbido de las motosierras y tractores, el tierno animalito herido y los frutos grandes y brillantes, pero aún verdes...

— Has cometido un error, papi... No tenías, por qué matarla. Pobrecita la guanta.

— Fue un impulso, hijo. No pude evitarlo. Después me dolió en el alma haberlo hecho, pero ya era tarde.

— ¿Y dónde está, papi? ¿Dónde está ese Martín?

— Por ahora está en Esmeraldas, hasta que se cure y se ponga fuerte.

— ¿Y... ese Martín no muerde?

— No. No muerde.

— ¿Y ese Martín no es apestoso?

— No. No es apestoso, apestoso. Tampoco huele a rosas de Jamaica...

Un timbrazo y termina la conversación. El ingeniero Pinto desciende y abre la puerta de la calle. Se trata del guardián.

— Disculpe que le moleste, señor ingeniero —le dice—. No quise decirle a su señora esposa, para no preocuparle... Ya son dos noches seguidas que andan merodeando unos dos negros por el barrio. También le debo informar que hace un rato, antes de que usted llegue, andaba por aquí,

espiando por la puerta de su garaje una muchacha de color...

El ingeniero Pinto piensa en Lorenzo Quiñónez y se le pone la carne de gallina. «Es *una estupidez* —se dice a sí mismo—. *Ese negro está preso*». Saca un billete de diez mil sucres y le obsequia al guardia, por su preocupación.

— Gracias —le dice—. Mantégame informado.

En la cocina, el chofer come callado, en uno de los rincones.

— ¿Ya bajaste la caja de mangos que traje para Alexandra?

— No, señor ingeniero, voy en e'te intante, señó ingeniero...

Alexandra se transforma, está confundida. Hace ya tanto tiempo que Carlos Aníbal no lleva mangos a la casa. Desde lo del bebé... «*Doce, ¿trece años? Roberto tenía en ese entonces tres años. ¿Había cumplido ya los tres años o estaba por cumplir? No estoy tan segura. Ahora tiene quince... ¿quince o... dieciséis? No... Quince cumplidos... Siempre me confundo con las cuentas...*»

— Esos mangos están sabrosos —le dice, con cariño su marido—. Te van a encantar.

El chofer regresa con una caja repleta de mangos y la deposita en el suelo.

— ¿Quién timbró? —Pregunta Alexandra, simplemente por decir algo.

— Era el guardia. Él estaba un tanto preocupado. Dijo que dos negros andan merodeando por aquí, desde hace ya dos noches.

— Deben ser lo' moreno' que se e'caparon de la cárcel de E'meralda' —comenta el chofer mientras levanta las cejas y mueve la cabeza, para reafirmar la certeza de su conjetura.

— Yo no he sabido que alguien se haya escapado...

— Claro que sí. Se e'caparon, señó' ingeniero. La cosa é que... eran como cinco lo que alcanzaron a fugar, pero garraron a tre' y do no má' lograron salirse con la suya...

— ¿Y... tú sabes, por acaso, los nombres de los prófugos?

— No, señó ingeniero, lo' nombre' no taban e'crito' nel diario. Pero jue no hace má' e cuatro día' y too mundo andaba comentando, porque a lo' que garraron le dieron la ley de fuga y dicen que murieron como uno' verdadero' cojonúo'.

Esa noche Roberto sueña con Martín. No se trata de un sueño apacible. Se trata más bien de una horrible pesadilla. El muchacho suda frío. Arde en fiebre. Un enorme mono ha entrado a su dormitorio y le muestra sus afilados dientes. Es en realidad un mono extraordinario. El torpe animal quiere jugar con él. Le dice que él es su hermano, el hermano que él perdió.

.....

Al otro día se riega la noticia en el Benalcázar, con la misma velocidad con la que el fuego devora la pólvora seca. «El papá de Roberto tiene un mono: un mono de verdad, de carne y hueso». El propio Roberto ha hecho todo lo posible, porque así sea.

Él es un muchacho extraño, enfermizo, solitario. Aunque desea con desesperación tener amigos, compartir con otros sus ilusiones y temores, tiene dificultades para integrarse. Los que lo han tratado simplemente no lo soportan. Dicen que es temperamental, egoísta y hasta irascible, por eso lo evitan. Cuando él llega cambian de tema, por temor a que vaya con chismes a la Dirección. Por otro lado, es un inútil. No puede jugar al fútbol, al basquetbol o al voleibol porque es un desastre y no agarra una bola. Se cansa pronto y, cuando corre, le duele a la altura del bazo. Para colmo es un plantilla, un creído, un vanidoso.

Él, por su parte, se da perfecta cuenta que le relegan y sufre. Por eso, con cualquier pretexto, busca llamar la atención de sus compañeros. Lo que le ha contado su padre le da una ocasión maravillosa para tratar de hacer amigos...

- Roberto tiene un mono. Es un mono de verdad, con pelos y todo eso.
- Debe ser otra de sus sarnosas mentiras.
- Tenemos que ir un día de estos a su casa, para comprobar lo que dice. Si nos ha mentado le daremos «capote».

- Es una mentira. Les juro que no es verdad. Ahora está prohibido tener esos animales en las casas. Es contra la ley.
- No, tonto, no es una ley, es por eso del ambiente y de la protección de las especies en extinción.
- ¿Y qué es extinción?

El penal

El carbonero no había fugado, pero tampoco estaba en la cárcel de Esmeraldas. Había sido conducido al infierno.

— Se lo yevaron a Quito, al panáutico. Le encangará el frío y morirá.

.....

Los muros de piedra, ladrillo y cal, anchos y recios, se elevan sobrios, sin ventanas ni resquicios, esbeltos hacia el cielo. En la quietud pacífica de la tarde, los centinelas permanecen inmóviles sobre los adarves, semejando grifos petrificados.

Todo nos remonta a las fortalezas del Medioevo. Pero buscan, en vano, nuestros ojos el foso y el puente levadizo. Porque no se hospedan allí los príncipes de los cuentos de hadas, ni son caballeros de lustrosa armadura los que dentro moran.

La hez de la sociedad, los bandoleros y asesinos, los que trafican con drogas, los estafadores, los pungas contumaces permanecen hacinados en fétidas y putrefactas celdas, que parecen las cuevas de Plutón. Esto es lo que más quebranta el ánimo: el hedor del ambiente, la vista de las heces y las aguas servidas estancadas.

La bazofia que rechazan los cerdos constituye la pitanza de los presos carentes de recursos, que no pueden pagar y obtener así un trato humano.

¿Quién detenta el poder en este intrincado dédalo, donde los hombres desorientados no encuentran la salida? ¿Hay algún tipo de organización? ¿Imperan la moral y la justicia? ¿Cuáles son las oscuras jerarquías que diferencian unos de otros y asignan castigos y privilegios?

Aquí, al igual que afuera, el dinero es poder: tanto tienes, tanto vales. Maldito el infeliz que llega sin centavo en el bolsillo. El duro y frío suelo será la cama donde no conseguirá jamás dar descanso a sus huesos y a su pellejo.

Los que han estado en el penal conocen los sórdidos secretos de las peligrosas noches. A punta de puñal sodomizan a los recién llegados, los desvalijan y cometen con las víctimas todo tipo de atrocidades.

Algunos dicen que esta casona, erigida por Don Gabriel García Moreno es la verdadera Universidad de la Delincuencia. Las enfermedades y los vicios campean, a tal punto que los hombres se consumen en la cruel mazmorra, sin ninguna esperanza.

Aquí llegó, muerto de hambre y de frío, Lorenzo Agapito Quiñónez Pincay. Lo trajeron esposado en una destartalada buseta, con cuatro forajidos que embarcaron en Santo Domingo de los Colorados: El Tolete, El Zambo, El Chulla Tripa y El Culibronce.

Era la primera vez que pisaba la capital. Durante el camino estuvo fascinado con el verdor de los cerros y la abundancia de los árboles altos, de madera compacta, excelente para preparar carbón crepitante.

En la puerta los detuvo un oficial de policía.

- ¿Para qué mandan más cabrones al Penal? ¿Y este gorila? —Dijo refiriéndose a Lorenzo Pinca— ¿Dónde han sacado semejante animalón? Ya no tenemos donde ponerles. Sería mejor que les dieran de una vez «el pasaporte».

Esto del pasaporte no estaba claro para él. «*¿No será pegarle a uno el tiro por la espalda, para que no vea la muerte?*». En realidad había muchas cosas que no comprendía, desde que lo tomaron prisionero, mientras merodeaba por las orillas del estero, tumbando mangle, para hacer carboncillo. «*¿Y qué será de mi sobrino Rumualdo? ¿Le habrán yegao lo' di'paro?*».

.....

Fue triste y dejó el ambiente lleno de malos recuerdos, el día en que por primera vez lo visitó en la cárcel su Blanquita... su hija predilecta, la amada y consentida de su corazón; por la que él mató, por la que volvería a matar, si fuera preciso.

Blanquita le llevó una camisa nueva, un pantalón y zapatos. También le regaló una peinilla y un paquete de cocadas.

Casi no hablaron. Solamente lo miraba con sus lindos ojos tristes y le tomaba las manos con cariño. Pero finalmente brotaron las palabras, y con éstas, las preguntas, las recriminaciones y las amenazas.

- ¿Cómo e'tá miya? ¿Regresó a «La Pepa de Oro»?
- No, apá...

- ¿Y mi Candela, cómo e'tá pasando? ¿Sabe algo e su amá?

— E'tá bien... apá... E'tá conmigo...

- ¿Y... a u'té... la preñó ese de'graciao'?

Un gran silencio. Después, apenas el susurro de las palabras no pronunciadas.

- No, apá... ¿Pol qué lo mató, apá?

— ¿Sabe una cosa, miya? No toy hablándole de su padrino... Toy hablándole del de'graciao que la sacó de «La Pepa de Oro»...

- Él é güeno conmigo, apá...

— ¡Maldita sea! ¡Etonce era verdá lo que me dijo su primo Romualdo! Agrade'ca que no tengo aquí mi machete, polque si no... orita mi'mo la parto en do'.

Sin poder contenerse, el negro abofetea a la muchacha. Una, dos, tres veces las gruesas manos cruzan el rostro de Blanquita. Las lágrimas ruedan por las mejillas de la muchacha. El hombre ni comprende ni perdona... Su mirada es dura y sus labios permanecen tensos. La voz sale hosca, amargada:

- ¿Y... si u'té no e'tá en «La Pepa de Oro»? ¿dónde é que u'tede' andan viviendo? ¿Y po qué su amá no me ha venido a vé... ni siquiera una ve' y... po qué...?

— Vivimo' en «La tortuga de Acuario», apá.

- ¿Y... qué cosa é eso? ¿Algún cabaretucho e mala muerte? ¡Y cuídeje de una tal Viviana que é como una víbora!
- No é cabaré, apaíto. Ya le digo que no é cabaré.
- Viviana E'pinoza Chala se yama, la de'graciá... Y tiene la cara corta, de un navajazo.

Nuevamente el silencio mortal. Fustigan las palabras cual certeros latigazos.

- Otro día que venga yo le cuento, apaíto. Ya tengo que irme...
- ¡Dígale a mi Candela que venga! ¿Me oyó? E'pere. Una cosa má le debo decí. Sería mejó que uté se entienda con su primo Rumualdo. Ese é el hombre pa uté... El otro... el engominao ese... é hombre muelto... que se e'pere tranquilo, ha'ta que yo salga...

.....

Cuando salió Candela y quedó solo, Lorenzo se recostó sobre la mugrienta cama. Cerró los ojos y se puso a pensar...

Recordó paso a paso su llegara a la capital... Ahora estaba en Quito. Larga ciudad, semiatea aunque bastante mojigata, según había oído comentar. Ciudad linda, a juzgar por lo poco que pudo ver, desde la ventanilla del vehículo... Le hubiera gustado estar libre para caminar por esas calles y codearse con los serranos. Sin embargo se encontraba precisamente en uno de los patios de la gran fortaleza a la que le

habían conducido. El sitio parecía un mercado, una feria, un carnaval de extraños tipos mal encarados que lo veían burlones.

Engallado, ensoberbecido, caminaba entre el tumulto de presos un repugnante bardaje, con su cara de onagro. Tieso, echando hacia atrás la cabeza, el cuello recogido, abultado el tórax, como una yegua dominada por la rienda. La camisa, de amplios dibujos en escasques blancos y negros, dejaba al desnudo el pecho lampiño.

Tan pronto lo vieron llegar, unos presos que jugaban al voleibol se pusieron a silbar de manera provocativa, como si se tratara en realidad, de una preciosa damisela. Hubo incluso alguno que le mandaba besos volados.

Acosado por los mozalbetes y herido en su amor propio por las procaces burlas retrechó. Pero como el bujarrón ni siquiera miraba al suelo, resbaló y cayó sentado, con sus nalgas esparrancadas, en ramillete.

Fascinado, casi absorto, Lorenzo Quiñónez miraba esta escena absurda, tratando de intuir qué debía hacer él para sobrevivir en este extraño mundo, totalmente nuevo. En esto llegó uno de los «guías del penal» y le dijo con sorna «que quería mostrarle ¡la habitación que le había reservado la administración! del hotel, en su calidad de huésped ilustre». Lo llevó aún esposado, por los oscuros corredores. Abrió una puerta y de un empujón le lanzó dentro de la negra celda: un coro desafinado de estúpidas carcajadas le dieron la bienvenida.

— ¡Entra King Kong! —le gritó alguien, desde el fondo—. ¡Entra, si tienes huevos!

Carcajadas aguardentosas, cargadas de burla, revolotearon como cuervos agresivos. Después reinó el silencio: primo hermano de la oscuridad.

Los mangos

Alexandra también sufre, a causa de su pobre hijo. Lo ve retraído, solo, con sus ojos siempre tristes y la mirada esquiva. Daría su vida por ese hijo, por verlo feliz, como cualquier niño de su edad. A los seis años entró a la escuela y tuvo problemas. De favor le permitieron pasar al segundo grado y esto fue peor. Ella tuvo constantemente que prestarle ayuda en las tareas, hablar con los profesores, justificar sus deficiencias y sobrellevar con resignación sus malas calificaciones. Ahora, en el colegio, las cosas no marchaban bien.

Desde la ventana lo ve llegar todas las tardes. Él se baja del bus y sus compañeros le gritan y se mofan. Él se queda parado, con el portafolios de cuero a ras-tras, tocando el suelo. Se diría que está indeciso, que duda si debe entrar o no a la casa.

Entonces ella baja, abre la puerta, le colma de besos y le lleva dentro. Sube con él hasta el dormitorio y le acoge en su regazo, como si aún fuera un bebé. Allí se quedan ella y él, sumidos en sus propios pensamientos y temores.

.....

El tiempo ha pasado, pero aún no ha logrado restañar las heridas: todavía fluye desde el corazón la sangre, ese indómito río. Más que sangre es dolor, un dolor sordo e impotente: pequeño barquichuelo que permanece aún a flote, sin querer perderse. Se aleja y

retorna pero está allí, siempre presente... Hace ya tantos años... ¡Y cómo vuela el tiempo!

.....

Solo estaban los tres en la habitación y afuera el sol secaba la tierra hasta quebrantarla y transformarla en polvo estéril. La mujer y sus dos hijos, permanecían tendidos apaciblemente sobre la colcha de abigarrados dibujos de flores y pájaros. No dormían: jugaban, se reían, descansaban, pasaban el tiempo de manera rutinaria y banal.

Habían colocado una cesta de mangos en la mitad de la cama y, a un costado, el recipiente de basura. La mujer saboreaba con fruición la fruta dulce, apetitosa, amarilla y perfumada. Era como regresar a la niñez, correr por la hacienda de su padre en Bucay, y regodearse de tan solo mirar los árboles repletos de mangos, con sus ramas dobladas hasta el suelo.

El jugo de la fruta resbalaba por las manos y los brazos del mayor de los hijos. Roberto tenía entonces tres años y era un niño encantador: un niño despierto, inteligente, vivaz. La madre le miraba, sonreía feliz, le besaba y, de tiempo en tiempo le limpiaba con una toalla húmeda.

— Solo tienes que morder la cascara hasta que se haga un pequeño agujero —Le decía—. Aplasta un poquito con tu mano y chupa. Así... sin regarte. Vamos... espera, deja que yo te enseñe.

El más pequeño, Daniel, aún lactaba y abrazaba amoroso el pecho hinchado de la madre con su mano

diminuta, mientras ella permanecía recostada sobre el amplio espaldar, rodeada de almohadones de plumón, traídos por el solícito esposo desde la vieja y lejana Viena.

En la pantalla de la televisión se sucedían uno tras otro los dibujos animados y Roberto miraba sin pestañear las escenas de extraños y curiosos animaluchos, dotados de voces gangosas. Unos monos araña malnacidos se desplazaban por las ramas de los árboles y lanzaban al aire, como pelota, a un asustado pato, que invadió casualmente su territorio. Al llegar a la orilla del lago, clavaron cuatro estacas sobre la arena y amarraron las manos y los pies del pobre emplumado, que no cesaba de emitir su estúpido cuac cuac, mientras se le dilatan, por la desesperación, sus ojos garzos.

— Soolo querrremos enseñartte a commmer los bannnanosss, al puro esstilo de la selvaa! ¡Hicc, hicc! —Le advertía uno de los monos y le embutía por el pico una tonelada de plátanos, mientras se inflaba el pato, como si fuera de goma. Los otros monos aplaudían y chillaban igual que si de demonios se tratara.

En ese momento se escuchó abajo el timbre, o el chirrido de las puertas del garaje, o el motor de un carro. ¿Qué sé yo? Para colmo, el teléfono también empezó a sonar insistentemente. Todo esto al mismo tiempo. Era para aturdir a cualquiera en su sano juicio. Alexandra saltó de la cama y bajó corriendo.

— ¡Debe ser tu padre! —Gritaba, mientras descendía a grandes zancadas por la escalera de made-

ra—. ¡Vigila a tu hermanito! ¡Cuidado le dejes caer al suelo!

El pequeño Roberto la mira desaparecer y siente un extraño e inexplicable miedo. Instintivamente se baja de la cama y está a punto de salir tras de su madre, pero los monos saltan y atraviesan la pantalla del televisor y él se queda estático, como una estatua, mirándolos, paralizado de terror.

Los monos se pusieron a jugar con las almohadas y las lanzaban al aire, mientras chillaban excitados. Una de las fundas de almohada se rasgó y las plumas se esparcieron: parecía una copiosa lluvia de flores blancas que cubrió en un instante la colcha y la alfombra del piso.

Se apretujaron alrededor de la canasta de mangos y los devoraban, ensuciándolo todo.

Cuando los monos se acercaron a Daniel y lo miraron maléficamente, como lo hicieran antes con el pobre pato, Roberto corrió, en busca de su madre. Solo ella sería capaz de detenerlos.

Alexandra tenía aún el auricular en su mano y escuchaba, lejana y casi imperceptible, la voz de Carlos Aníbal.

- ¿Cómo está todo?
- ¡Bien!
- Acabo de llegar a Esmeraldas. Te estoy llamando desde el hotel.
- ¿Qué tal el viaje?

— Sin problemas... pero la carretera está desastrosa... El fenómeno de El Niño ha causado verdaderos estragos. Oye... te llamo para pedir que te comuniques con mi jefe. Dile que no sale desde aquí la llamada. Parece que hay alguna interferencia... con la central de la oficina. Los teléfonos son un asco.

— ¿Qué más le digo?

Roberto le gritaba a su madre, le decía que los monos se llevaban a su hermano, para amarrarle en la playa, pero ella no le prestaba atención. Había que hacer algo...

Entonces Alexandra sintió que su hijo le jalaba violentamente del vestido, que prácticamente le estaba desgarrando la falda. El muchacho estaba demudado, pálido, le pedía que suba... Ella sintió como un escalofrío, que le recorrió por la espina dorsal, igual que un gusano: ¡algo malo estaba ocurriendo! Era como si de pronto le hubieran picado cien escorpiones negros. Soltó el teléfono y corrió hacia el dormitorio.

— ¡Santo cielo! ¿Qué es esto?

Las plumas, cubriéndolo todo, como una capa de nieve, eso fue lo primero que vio. El televisor a todo volumen, con las imágenes distorsionadas. Y allí, en la mitad de la cama, el pequeño: amoratado, ahogándose, muriéndose. Tenía la boca amarilla, por el jugo del mango. Lo sacudió, lo levantó hacia arriba y grito desesperada...

— ¡Se muere mi hijo! ¡Dios mío, no lo permitas!

En la pantalla de vidrio, los monos enloquecidos chillan, mientras despluman al pato.

Alexandra sale como loca a la calle, en busca de un taxi.

— ¡Maldita sea, si por lo menos tuviéramos un carro en esta casa...! —Protesta la mujer, mientras espera inútilmente que alguien le lleve a una clínica, a un hospital, a donde sea...

Al llegar al Baca Ortiz, le dijeron que el niño había muerto. Que nada se podía hacer. Que se le había pegado una pequeña cascara de mango, en la tráquea y esto le impidió la entrada del aire... ¡Cómo podía ser esto posible! ¡Un adarme insignificante, una brizna y se perdía una vida!

Desde la clínica llamó al marido y le contó la desgracia. El hombre regresó de inmediato. Llegó por la noche, mientras ya velaban al pequeño.

El hermano estaba verde y sus ojos afiebrados miraban la blanca caja, donde habían colocado a Danielito.

Esa noche, por primera vez, mojó la cama.

.....
Después de la muerte de su pequeño hermano, Roberto jamás logró recuperarse. El hecho le afectó en lo más profundo de su ser. Estaba como una manzana abandonada a la intemperie: agusanándose por dentro. En ocasiones le invadía la fiebre y deliraba: le envolvía un fuego pavoroso y su frágil cuerpo se estremecía en estertores angustiosos.

Una manifestación visible de todo este infierno, cuyo núcleo se localizaba en su propio yo interior, era su fobia a los monos. Esta mezcla intrincada de odio, asco y terror estaba asentada en su cerebro. Los monos le recordaban las circunstancias que él vivió, las figuras grotescas que le envolvieron fatídicamente aquella tarde, cuando ocurrieron esos hechos lamentables que terminaron con la vida de un inocente.

Roberto no podía ver a los monos, no los soportaba. Era tal su desesperación, que chillaba si tan solo le mostraban una estampa o una fotografía en la que apareciera el más inofensivo macaco. Igual cosa ocurría, por supuesto, con los programas que pasaban por la televisión. Detestaba los dibujos animados. En cuanto a los mangos, para qué hablar: no había fruta más perniciosa que ésa, en todo el mundo.

La tortuga de Acuario

El negro Tomás trabajó duro toda la mañana. Lanzaba lejos su red, tiraba de la piola y llegaba repleta: tensos los hilos contra los resbalosos cuerpos de plata, que aun apretujados bailaban y se contraían vigorosamente. La arrojaba más cerca y los pejerreyes, pinchaguas, barbudos, sardinas y hasta bacalaos se peleaban por meterse en la cesta, en una verdadera arrebatina. De pie, al borde de la embarcación, hundía el esparavel y la nasa elemental hecha de ramas flexibles y esparto, y los sacaba preñados de peces...

Así pasó horas y horas, como en un mágico sueño, hasta que capturó una tortuga transparente, que parecía hecha de vidrio. De pronto desaparecieron los peces y el agua se puso negra y peligrosa.

Las mujeres y los muchachos del caserío le ayudaron a sacar la pesada canoa, mientras una nube de gavio-tas esperaba al acecho, buscando inútilmente participar del botín.

El negro Tomás le regaló la tortuga de vidrio a su hija. Tomasa la recibió como si se tratara de un tesoro. Y, a decir verdad, lo era.

Dos gringos, que trabajaban en la NASA, llegaron una tarde al caserío, más por despiste que por haberlo así planificado, y tuvieron que pernoctar allí, en dos hamacas que les prestaron, porque la marea alta les impidió el retorno.

También durante ese año, El Niño causaba estragos en los pequeños poblados de la costa.

Al siguiente día, los gringos se quedaron prácticamente con la boca abierta, al contemplar a Tomasa y su curiosa tortuga. Se acercaron y pidieron a la niña que les dejara mirar de cerca su encantadora mascota.

Al tomar en sus manos el quelonio pudieron observar que estaba grabada en su caparazón la constelación de Acuario. Era evidente que los habitantes del poblado no tenían los conocimientos, ni la técnica para hacer el complicado y preciso diagrama, por tanto, era obvio inferir que se trataba de un extraño e inusual fenómeno.

- This is *amazing*. *¿Do you see, Richard, the Aquarium constellation on its back?* —. Dice el más alto de los gringos, a su compañero.
- *Yes. It contains all the details. How can it be, Bob?* —. Responde el otro.
- *Estar prohibido pescar tortugos de Aquarium—.* Dice el grandulón, a la negrita Tomasa.
- *¿Qué cosa é un acuario?* —. Pregunta la negrita.
- *Eso ser mucho dificultad di explicar y mucho peor dificultad di entender. Mejor yevarnos donde tu papá.*

Fácilmente convencieron a Tomás, que les venda la tortuga de su hija. Argumentaron que tenían mucha pena del animal y deseaban devolverlo al mar.

Tomasita lloró durante muchos días la pérdida de su tesoro, pero jamás olvidó la extraña palabra «acuuario», que sonaba tan linda y tan exótica. A todos preguntó su significado y nadie en el pueblo pudo contestar a sus preguntas, ni siquiera la maestra de la escuela, que sabía las completas.

Contrariamente a lo que cualquier negro hubiera hecho, Tomás recibió el dinero y lo guardó en el banco de Esmeraldas. Jamás tocó un solo centavo, hasta que su hija se casó con Tobías, el negro más guapo y más bobo de todos.

Tomás les entregó entonces los papeles del banco y los recién casados montaron un restaurante de comidas típicas, al que pusieron por supuesto el nombre de «La tortuga de Acuario». Trabajaron arduamente y sacaron a flote el negocio, pero jamás la dicha fue completa: si bien no sufrían penurias económicas, el cielo les había negado los hijos que tanto deseaban.

En este local trabajó Blanquita, prácticamente desde que llegó de «La Pepa de Oro», al anca del caballo del ingeniero Pinto. En realidad, las cosas se dieron como si todo hubiera estado ya escrito en el libro del destino.

.....
Hambrientos y cansados llegaron por la noche un jinete y una muchacha de ébano. La herradura del caballo se había desclavado y el animal cojeaba, de manera lastimera. Cuando tocaron a la puerta, el local estaba ya cerrado y no había atención al público, pero

Doña Tomasa y Don Tobías tuvieron pena y prepararon pescado y arroz, solamente para ellos.

Por fortuna, había espacio en el traspatio y allí dieron cobijo al estropeado y cansado animal, junto a dos yeguas viejas y matosas, que en vano recordaron tiempos mejores.

El ingeniero Pinto jamás tuvo la intención de involucrarse con la muchacha. Solamente la trajo porque ella estuvo esperándole a la salida de «La Pepa de Oro» y no pudo resistir el encanto de su coquetería primitiva. Por esta razón, al siguiente día, se levantó temprano y se marchó, sin tener siquiera el valor de despertarla de su sueño.

Sin embargo, creyó que era justo pagar por adelantado unas dos semanas de alojamiento y alimentación para la pobre negrita y dejar, en manos de la dueña de «La tortuga de Acuario» algo de dinero para que Blanquita pudiera regresar con sus padres, si así lo decidiera.

— Mañana enviaré un camión para que recojan mi caballo. Gracias, por todo —dijo y se fue por el camino, como alma que lleva el diablo.

No es necesario describir la pena, la rabia, la humillación y el desconcierto que experimentó la muchacha, cuando se encontró sola en la habitación y se dio cuenta que había sido abandonada. Allí estuvo llorando toda la mañana, hasta que llegó a su cuarto Doña Tomasa y se puso a consolarla, como si se tratara de su propia hija.

- Hija mía —le dijo—, lo mejó pa sacá la pena del corazón é l'agua e tamarindo. Ya tú va vé' que bien te va sentá.

La Doña le dijo, entonces, que desde hace algún tiempo necesitaba contratar los servicios de una muchacha más, para que les ayude en el restaurante y si ella no tenía donde ir, con gusto la recibiría.

El ingeniero Pinto no pudo conseguir el camión que había prometido, porque recibió la orden de trasladarse de inmediato a Quito y solo pudo regresar a Esmeraldas al siguiente mes. Le pidió, entonces, al chofer de la compañía que le acompañe a ver un caballo, que había dejado encargado a unos negros y entró directamente hasta el traspatio, haciendo tronar sus botas en el empedrado, como si hubiera llegado a su propia casa.

Jamás se imaginó encontrar nuevamente en su camino a la negra Blanquita...

Pronto se encariñó Dona Tomasa con la muchacha y ella permaneció fiel, como los loros, donde su hombre la había dejado.

Fácil es comprender, que Doña Tomasa y Don Tobías tenían buen corazón y no pusieron objeciones cuando Blanquita llevó consigo a Martín. Por el contrario, sintieron por él mucha pena y no permitieron siquiera que duerma a la intemperie.

Con seguridad, fue en este ambiente que el mono aprendió a hacer sus primeras gracias y ¿quién sabe? pronunciar sus primeras balbucientes palabras...

Las primeras gracias

Tobías se levantó temprano, a eso de las cinco de la mañana. Ensilló la yegua y se lo vio salir a medio galope. Su figura enhiesta y su cara de bobo era una curiosa reliquia del pasado, que súbitamente cobraba vida y se encontraba, de manos a boca, en un mundo en el cual no encajaba del todo. Hasta llevaba un paraguas, con el busto de un mico de bronce, a manera de preciosa contera.

La desgarrada yegua avanzaba en zigzag, esquivaba camiones y automóviles, encabritándose a veces, molesta por el asedio de los perros. Brotábanle por debajo de la piel, venas y arterias, como gruesos beju-cos.

Desde lejos miró la fila de acémilas, cargadas de provisiones y bastimentos, rumbo al mercado.

Al llegar a la plaza encontró que las afanosas mujeres habían llegado mucho antes que él. Ellas acomodaban las verduras en los charoles, echaban en fundas de plástico los granos, colgaban el pescado seco como trofeos al viento, trasegaban la fruta o cubrían con sucias telas de algodón las canastas del pan.

Se apeó y llenó los dos cajones de madera con todo lo que halló a su paso. Después aseguró la carga y obligó a la bestia a seguir la trocha que bajaba hacia el río. La yegua levantó reacia las orejas, la piel le tembló nerviosa y su paso fue lento y medroso porque no estaba acostumbrada al sendero.

Detuvo su marcha frente al típico palafito: una caseta rústica de caña, construida sobre cuatro robustos troncos, que emergían del agua cual lagartos, engalanados con algas y podredumbre.

- ¡Compáe Vicente! —Gritó, sin bajar de la silla.
- ¡Bajo! —Le respondió una voz gruesa, metálica, cansada, como suele ser la típica voz de los negros que tocan las marimbas y cantan por las noches, luego de haber vaciado medio litro de aguardiente, para que se les temple el cuero.
- ¿Pa'qué soy güeno? —Preguntó con desgano y sacó apenas la cabeza, por entre las cuatro tablas mal unidas.
- ¡Continúa la cosa! No hay ma' remedio que sujeta l'animal con cadena'.
- Yo le dije, compáe. Lo' mono', son lo' mono'. No se pué tené eso' animale' suelto'...
- Por eso mi'mito vengo a velo compáe, porque u'té é hábil con la' mano'. Pa que me haga una cadena pa mantenelo quieto.
- ¿Pero compáe, po qué no la compra. Ya la venden hecha'?
- No quiero latimá a mi pobrejito Maltín.

Y así fue. El hábil talabartero construyó una cadena fuerte, pero suave y flexible al tacto: el collar de cuero era bello y delicado. En uno de los extremos venía acoplado un complicado artilugio mecánico, que permitía asegurar o liberar al animal, para lo cual había

que girar tres vueltas a la derecha, tirar fuerte y girar luego dos vueltas a la izquierda.

Doña Tomasa y Don Tobías amaban de verdad al inquieto animal, pero las gracias de éste se pasaban de la raya. A la hora del desayuno escondía el azucarero y todo el mundo andaba buscando el recipiente mientras él brincaba, chillaba y aplaudía, orgulloso de su travesura. A la hora del yantar se acercaba cauteloso y taimado: de un salto se subía en la mitad de la mesa y mientras todos se quedaban mirándolo, como atontados, con ágil movimiento tomaba el recipiente del ají y lo trastornaba en el primer plato que tenía a la mano. A la hora de cenar se hacía el enfermo: los ojos mustios y tristes, sentado quieto en uno de los rincones. Iban, entonces, todos a verlo, llenos de compasión. Cuando estaban allí, tratando de reanimarle, daba un brinco y se sentaba a la mesa, adueñándose de uno de los puestos, golpeando ruidosamente el plato con una de las cucharas.

Horro de preocupaciones o remordimientos, a la noche andaba de cama en cama. Destapaba al uno, arrojaba a otro, cubriéndole la cabeza, jalaba a un tercero, invitándole a jugar con él. ¿Quién podía dormir con esos brincos y chillidos?

Molestos por las travesuras, le gritaban que esté tranquilo. Se quedaba quieto por un rato y miraba a todos con una cara de inocente, que daba pena.

La pobre cocinera ya no sabía qué hacer. Todos los días, a las once de la mañana llegaba el mono, le apagaba las hornillas y corría a refugiarse en la rama más alta de una de las tantas palmeras. La mujer estaba

ya sobre aviso y tomaba sus precauciones, pero era imposible. De cualquier manera la engañaba y salía con la suya. Invariablemente perdía el quicio la mujer y furiosa le amenazaba con un cuchillo en la mano. Martín le lanzaba cocos, que saltaban a sus pies, sin hacerle el menor daño.

Para una fruta: llámenle. Devoraba con fruición el puré de banano con limón, que le preparaba Doña Tomasa en persona. Pelaba con destreza las mandarinas y las devoraba de taja en taja, al tiempo que escupía lejos las pepas. Chupaba el mango y luego se limpiaba las manos y la boca con el mantel de la cocina.

Se sentaba solemnemente frente al televisor y protestaba si le cambiaban de programa. Bebía la cerveza que le ofrecía Don Tobías y mientras lo hacía entrecerraba los ojos, tambaleaban sus piernas en un caminar sospechoso y fingía estar borracho.

Solía subirse sobre el lomo de la yegua, la tomaba por las crines y saltaba, hasta que ésta perdía la paciencia, se paraba en dos patas y lo lanzaba lejos.

Escarbaba la cabeza de Blanquita y se metía los dedos en la boca, masticando, como si hubiera encontrado algún piojo. Luego de esta gracia, saltaba como un bendito y aplaudía frenético. ¿Quién le enseñó esta travesura? Era un misterio, porque es sabido que el piojo abunda en la sierra, pero es raro en la costa.

Cierto día se formó un verdadero barullo. Los hijos de la cocinera perseguían furibundos a Martín y como él se mantenía fuera de su alcance, y se burlaba

de ellos, encaramado como estaba en la más alta rama de un laurel tierno, los chicos decidieron cortar el árbol con un machete. En esto estaban, cuando llegó Don Tobías y los arrió a fuetazos. Los chicos corrían sin tino, desorientados buscando seguro refugio que los libere de los golpes certeros.

El mono se sentía querido, protegido, mimado. Por eso, cuando le pusieron la cadena empezó a reconcomerse; como no lo soltaran chilló y protestó. Se negó a comer el puré de banano que le ofrecía Doña Tomasa. Volteó el tazón de leche que le trajo Blanquita. Se quedó impávido, frente al vaso de cerveza helada que le presentó Don Tobías. Estaba francamente indignado.

A tal punto le dolía su lamentable estado que, en un descuido, agarró con las dos manos la pierna de la cocinera y la mordió. Aunque fue más el susto que la herida, la mujer gritaba desesperada:

— ¡Hay que mata e'ta fiera! No queda ma' remedio que máatala!

Aseguraron esa noche con fuertes correas a Martín y fueron todos a dormir, pero más tardaron ellos en hacerlo prisionero que él en zafarse. Esa noche estuvo más inquieto que nunca y saltó con más gusto de cama en cama, como si se vengara por la afrenta sufrida.

Al siguiente día, temprano, volvió Don Tobías a colocarle la cadena y el collar. Martín, delante de todos, les mostró de qué manera se cerraba y se abría el complicado mecanismo, de tal suerte que los allí pre-

sentos quedaron atónitos y no lo volvieron a apri-
sionar.

La sagrada familia

Poco a poco me recuperé. El ejercicio, la natación y los suplementos alimenticios dotaron de nuevo vigor y volumen a mis atrofiados músculos. Aprendí a reptar, a gatear y a dominar el dolor. Ya no tenía tanta dificultad, como al principio, para escribir en la computadora y avanzar con la novela.

Un buen día pleno de sol, mientras las dos mujeres me conducían por el jardín, les pedí que me soltaran. Fue increíble dar los primeros pasos, sin ayuda. ¡Caminé! Lágrimas de alegría rodaron por mis mejillas al comprobar que podía mantenerme en equilibrio: erguido, estirado, derecho como siempre. Los doctores se equivocaron. Ellos dijeron que jamás volvería a caminar.

Desde el fondo de mi corazón agradecí a Dios por su infinita bondad.

.....

Mi padre y mi madre viven con nosotros, en Cumbayá. Lo cual constituye fuente de satisfacciones y felicidad.

EXTRAÑO 1 — ¿En lo misma casa, la mujer, los hijos y los suegros de la cónyuge?

EXTRAÑO 2 — Sí, aunque usted no crea.

EXTRAÑO 1 — ¿Y qué opina de esto doña Susy?

EXTRAÑO 2 — Creo que jamás le hizo gracia la decisión de su marido...

EXTRAÑO 3 — No es ciertamente lo usual, pero a mí me parece muy humano, que el hijo trate de mantener junto a él a sus padres, si tiene suficientes recursos para hacerlo.

Mis padres ocupan un pequeño departamento, independiente, en la planta baja.

Casi a tres cuerdas de allí queda la casa de mi hermano. De "Efrita", como mis padres le llaman, desde niño. No queda lejos, pero mi padre prefiere ir a visitarle en su antiguo Volkswagen, a causa del problema de sus pies.

Especialmente el pie izquierdo se le ha deformado tan lastimosamente que hay ocasiones en las que ni siquiera puede dar dos pasos. Se acuesta, pero no siente alivio, debido al ardor en los talones.

EXTRAÑO 1 — Bueno, esperen un momento, todo esto es interesante, pero ¿qué tiene que ver con Martín?

EXTRAÑO 2 — Algo debe tener. Recuerda que Zamacuco nos había contado antes, que a su madre le desagradan los monos...

EXTRAÑO 3 — Hay otro asunto, detrás de todo esto. La pata de Martín. ¿No estaba destrozada? Y el pie del padre, ¿no está deformado? ¿Cuál es la oscura conexión entre estos hechos?

EXTRAÑO 1 — ¿Y por qué razón debe existir esta supuesta conexión?

EXTRAÑO 2 — Porque en una novela, las cosas o hechos que no tienen conexión con el todo sobran. Deben ser eliminados...

EXTRAÑO 3 — Para mí está clara la conexión. Todo emana de un solo cerebro, se nutre de una misma fuente: la imaginación y las vivencias del autor son la matriz de la cual emerge esta novela.

Voy una noche, como acostumbro casi siempre, y encuentro a mi padre postrado. Le froto con alcohol sus pies, amorosamente y le doy masajes un buen rato. ¿Qué más puedo hacer?

EXTRAÑO 1 — ¿Pero ese tal Efritas, no es acaso médico? ¿No debería ser él quien de los masajes, de ser necesario?

Mi hermano andaba esa noche por la Amazonía, en Baeza, o en Lago Agrio.

Me siento cerca de la cama, y espero con anhelo que mi padre se quede poco a poco dormido. Él cierra los ojos, pero es imposible. La pierna empieza a moverse de manera autónoma. Salta como si tuviera vida propia. ¿Quién puede conciliar el sueño en esas circunstancias?

El deformado pie es peludo. El talón pronunciado da la sensación de ser un dedo. No es un pie humano.

¿No es esa una mano de mono, o quizá en el presente caso fuera más correcto decir, la pata de un mono?

- ¿Por qué te asombras tanto, hijo mío? —Me dice con ternura, casi en un susurro, que brota con dificultad de su contraído pecho—. Según he oído, descendemos de gentiles y nobles monos, pero el proceso evolutivo aún no ha culminado y, según entiendo, jamás alcanzará el pináculo. Entonces, quién sabe si tú te engañas. Lo que a ti te parece una pata de mono... ¿no será en realidad la garra de un demiurgo...?

Enseguida se acerca mi madre con un vaso de agua clara y fresca. Le da un sedante, para que deje de sufrir...

- Efrita ya le ha hecho examinar con un especialista —me dice—. Le han tomado todo tipo de radiografías. Le han dado tratamiento con descargas electromagnéticas. Le han revisado la columna, pero no saben qué es lo que él tiene ni cómo curarle. ¿No te acuerdas que también le llevamos al acupunturista? Lleno de agujas estaba el pobre; tenía agujas hasta en las orejas... Tampoco sirvió el tratamiento del médico naturista. Hasta ahora tenemos por allí las botellas: amarillo ámbar, azul turquesa, rojo egipcio, violeta amatista...
- ¿Y la hidroterapia? —Pregunto—. ¿Le alivia en algo?
- Sí, pero él ya no quiere ir. Dice que pierde mucho tiempo, que no hay quien se quede en la tienda.

El primer negocio de abarrotes que abrió mi padre, hace ya algunos años, estaba situado cerca del parque, junto a nuestro almacén. Después, cuando los envidiosos arrendadores, al ver que prosperaba, le pidieron el local, se pasó al frente; pero también ese sitio le birlaron y el pobre sufría, sin saber qué hacer.

Entonces mi hermano construyó una tienda en su propia casa, para que a mi padre nunca más le pidan que desocupe. ¡Dios le bendiga por esta noble acción!

Son las diez y media de la noche. Mi madre y yo vemos llegar al ave prodigiosa del sueño. Ésta deposita delicadamente sus huevos sobre la almohada y se va. Una vez que mi padre se ha dormido me levanto del sillón y ruedan por el suelo como unos cinco o quizá seis cojines, primorosamente bordados por mi madre. Miro asombrado las figuras de pájaros y flores. Mi madre los coloca allí, para que él se sienta cómodo, a la hora del almuerzo.

EXTRAÑO 1 — ¿Él come allí? ¿Por qué no va al comedor, como todo el mundo?

EXTRAÑO 3 — Debe ser por ese asunto del talón...

EXTRAÑO 2 — Por otro lado, esa tal ave del sueño, seguramente es alguna vieja gallina, de esas que suele criar y alimentar la madre de Zamacuco.

Para el efecto colocan una mesa pequeña, de madera, la misma que antes se utilizaba para pintar las pla-

cas, y allí sirven los platos. Mientras mastica sin ganas los alimentos o los traga a la fuerza, ve la televisión. Sí, señor, en pleno dormitorio.

Por el contrario, mi madre se queda afuera, se sienta al filo de la mesa grande, en la semi penumbra, sin encender la luz, ni de día ni de noche.

Los tres perros fieles van de la una a la otra mesa...

— Leí la primera parte de la novela que estás escribiendo —me dice mi madre, justo cuando abro la puerta para marcharme de allí...

— ¿Y qué te pareció?

— Que se pierde todo el interés, al contar el argumento al comienzo de la obra.

— ¿Pero y... los griegos, madre...?

— Los griegos, si, los griegos... ¿Pero qué son ahora los griegos?

— Madre —replico con cariño—. Te olvidas de Nikos Kazantzakis...

Levanto mis brazos y mis manos y bailo... Deseo imitar al excepcional Anthony Quinn, en "Zorba el griego", pero resulta un tanto torpe mi danza. Me veo ridículo con el corsé, cuyas correas aprisionan vigorosamente mis costillas y cuyas varillas de aluminio impiden que pueda doblar con gracia mi columna.

Salgo al patio y me dirijo hacia la parte alta de la casa. Mi madre me llama, desde lejos, casi a gritos:

— ¡Espera! Tengo algunas cosas para ti...

Dio media vuelta y desapareció detrás de la cortina. Entonces intuí que me pondría un acertijo, igual que solía hacerlo cuando yo aún era pequeño. Le encantaba jugar conmigo, de esta forma tan curiosa. En efecto, al rato emergió detrás de los sutiles velos y me dijo:

— Te voy a entregar tres pistas. Una cita de Nietzsche, tomada de uno de sus libros más célebres: « Así habló Zarathustra»; un dibujo, hecho por mi idolatrado padre; y una historia. Espero que sepas descifrar el enigma. Me entrega el libro del desventurado alemán. Ha "señalado un párrafo, para que yo lea: « ¿Qué es el mono para el hombre? ¿Un motivo de risa, o una dolorosa vergüenza? »

— Entiendo. —Le digo, sutilmente—. Tampoco te gusta que haya elegido como personaje central de la obra a un mono.

— Eso en realidad importa poco. ¡Tú sabes muy bien que ese tal Martín, ese pobre simio no es precisamente el personaje central de la novela! Además, ¿qué importancia real tienen los personajes? ¿No me has dicho tantas veces, que el mensaje es el corazón de tus obras?

— Entonces... ¿A qué viene lo de Nietzsche?

— ¿Debo también pensar por ti? Tú solo, sin ayuda de persona alguna, debes resolver el misterio. Y francamente no sé cómo podrías hacerlo si te concentras solo en una de las pistas ¿Te acuer-

das de mi padre, te acuerdas de tu abuelo? Él te quería tanto...

Tiene en sus manos una caja de nácar. Busca la diminuta llave y la abre. La cara de un gato, labrada primorosamente en bronce, destaca sobre la madera de la contratapa. Los ojos del felino brillan con luz propia.

— ¿Te acuerdas de Malú? —me dice mi madre y arranca de la caja la medalla de bronce.

— La Malú... era... nuestra perra preferida —le respondo.

— No, era nuestra querida gatita... te confundes, hijo...

No deseo contradecir más.

De inmediato pone en mis manos la segunda pista. Nada dice en ese momento. Solamente me mira. Suspira... y me abraza. Después, como si las palabras le salieran desde el fondo de los recuerdos, murmura:

— Te pareces tanto a mi padre, hijo mío.

Desdoble entonces el viejo papel, carcomido ya por la polilla y lo extiendo sobre la mesa. Identificó tres verbos: saber, amar y evolucionar y dos estados: vida y muerte.

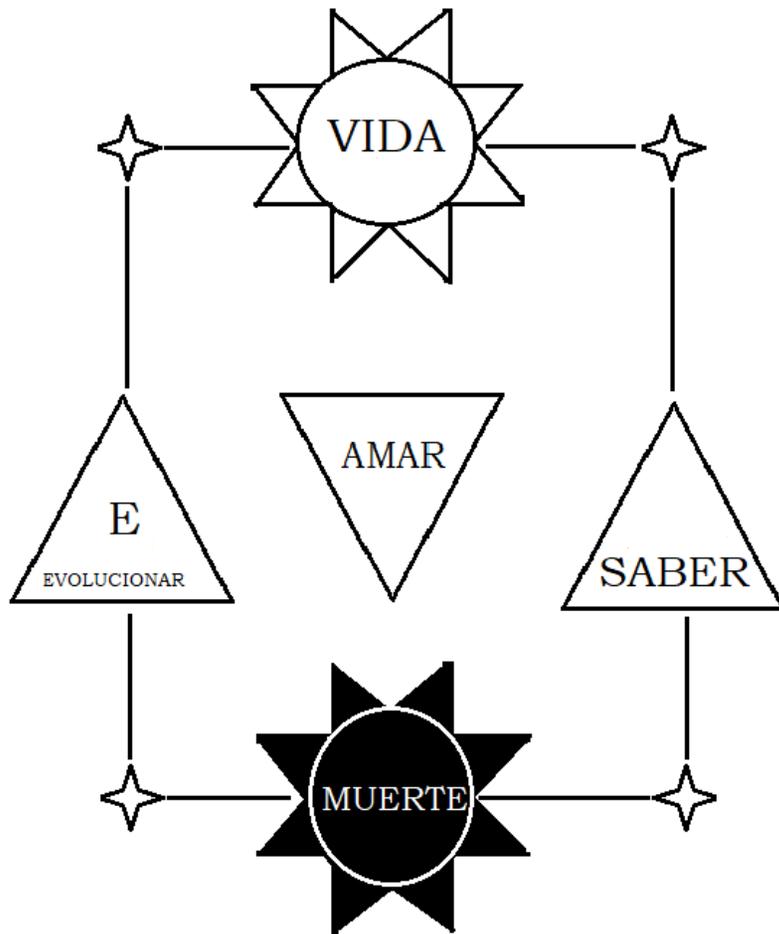
Es un dibujo de nítidos rasgos, trazado a tinta china negra.

Recuerdo súbita y precisamente a mi abuelo y su letra fina y clara. El título "El sendero del simio" y el

diagrama por sí mismos me sugieren el tránsito entre la vida y la muerte, a través de dos caminos alternativos:

- El de la sabiduría; o,
- El de la evolución natural.

¿Y el AMOR? ¿No es una opción? ¿Es acaso una constante inamovible, de la que no es posible sustraerse?



EL SENDERO DEL SIMIO

«¿Cuál de éstas rutas es la correcta? ¿Existen otras alternativas que yo no percibo?»

«¿Y si un hombre se pierde y recorre una y otra vez ese laberinto y evoluciona y adquiere cada vez mayor sabiduría y se aferra al amor: su fruto preferido? ¿Cómo podrá entonces —confundido como está— hallar su propia muerte?»

- ¿Y la historia, madre? Aún no me has entregado la historia...
- Escucha, hijo: tú aún no habías nacido. Yo estaba ya casada con tu padre y vivíamos en una casa grande, en el centro de Quito. Una tarde, mientras paseábamos por uno de los corredores, de esa vetusta casona colonial, tu padre sacó su pistola y me dijo « ¡Mira ese geranio! ». Nada más. Solamente eso dijo. Escuché el disparo y miré como los pétalos de esa flor volaron igual que una bandada de mariposas asustadas... Al leer en tu libro la forma en la que ese ingeniero mató a la guanta se me cortó el cuerpo. De pronto, no sé por qué vino tan plenamente ese recuerdo a mi memoria. Tu padre joven y hermoso. ¡Qué guapo era tu padre! Sus ojos negros, de mirar profundo. Su mano y firme pulso...

Los ojos de mi madre estaban cuajados de lágrimas y en ellos pude ver reflejadas dos lunas pálidas, que temblaron antes de romperse en mil pedazos.

Reflexioné durante toda la noche pero no pude descifrar el enigma que me había planteado mi madre. No estaban claros para mí los elementos. Ciertamente es

que el tema del mono se relaciona con el problema de la evolución. Pero ¿qué tenía que ver todo esto con la profundidad del amor? ¿Por qué mencionó el tema de la fascinación que puede ejercer una persona sobre otra? ¿Es realmente posible quedarse para siempre en la mitad del camino entre la vida y la muerte?

EXTRAÑO 3 — ¡Ya sé el significado del acertijo! Es totalmente místico. ¡Miren! La sentencia de Nietzsche debe leerse...

EXTRAÑO 2 — ¡Espera! Nosotros también quisiéramos resolverlo.

Romualdo

Romualdo es un negro patizambo y renco de nacimiento. Cuando camina, sus piernas abiertas hacia afuera, simulan los remos de una canoa.

— Él se quedó así —argumenta su madre—, porque no teníamos una buena bayeta pa fájalo.

El muchacho está loco por Blanquita.

— Pero eso no pué sé —argumenta Candela, la madre de la muchacha.

— ¿Y pol qué?

— Y... ¿no sabe u'té que son primo' hermano'?

.....

Ellos habían crecido juntos, allá, en «La Pepa de Oro». Cuando aún eran niños, subieron a los árboles, para robar las frutas; se bañaron en el río, desnudos, sin pudor, como ángeles castísimos; fueron a la escuela, tomados de las manos y regresaron felices, saltando por los senderos, sembrados de flores blancas y amarillas. Ella aprendió a escribir su nombre, en el cuaderno sucio y arrugado y él, a garabatear Blanquita, con letras enormes y angulosas.

Ya adolescentes, fueron una tarde a la feria. La gente se agolpaba alrededor de las mesas de juego, cubiertas con manteles de marroquín pintado de colores y figuras.

— Hagan juego, señore', hagan juego! —Gritaba el ruletero, apremiando a los transeúntes para que

apuesten, mientras hacía girar la ruleta de madera, colocada verticalmente, fija a una vigueta. —¡Rojo el color, rojo sangre! Salta cucaracha, negro aparece, negro de luto se arossima. Viene y yega... ¡Veintiuno negro!... Gaaana la casa... ¡Gana la casa señore'!

El ruletero barría con su mano izquierda las monedas dispersas por el tablero. Luego de esto cantaba abriendo con ganas su bocota y mostrando orgulloso sus flamantes dientes de oro puro:

— Sapito e la quebrá, chiquito pero ruidoso. Sapito e la mujé, jediondo pero sabroso. ¡No va más! ¡No más apuestas! Rueda, rueda, la rueda la fortuna...

El ruido de la «pluma de cuero», que lamía porfiadamente las escalpias clavadas al borde del círculo, resultaba fantástico para los muchachos, que miraban por primera vez en su vida un garito popular, al aire libre.

— ¡A poné pa ganá, tooo el mundo, que el que no pone no gana! —Continuaba el ruletero con su cantaleta incitante—. ¡Do' por uno pago al coló! ¡Cinco por uno al número! ¡Veinte por uno a la figura!

La rueda de la fortuna contenía entre sus efigies predilectas: la calavera, el diablo, el sapo, la culebra, el árbol de eucalipto y la flor. Todos apostaban siempre a la flor, por ser símbolo estético, pero la ruleta era caprichosa y esquivava...

— ¡Calavera de tu agüela, que un tiempo echaba candela! ¡Gana el cabayero! ¡Veinte por uno dije, veinte por uno pago! Y... juega e nuevo... Rueda, rueda, rueda. No má' apuesta'... Viene... viene... viene... ¡El ucalipto! ¡En el patio e mi casa hay un árbol d'iucalipto. Cada vez que subo y bajo se me para el pajaripto! ¡Gana la casa...! ¡Gana la casa...!

Blanquita tenía dos reales y los lanzó sobre el marroquín pintarrajeado. La moneda rodó, hizo un giro y cayó en la casilla del diablo.

— ¿Le e'tá apo'tando al diablo, mi niña? —Preguntó incrédulo el ruletero y la muchacha dijo que sí, con la cabeza.

Casi no creían Blanquita y Romualdo cuando la pluma marcó la figura del diablo.

— ¡Quiebra la casa! ¡Diablo! ¡El diablo con cien mil cacho'! ¡Pierde la casa! ¡Que el diablo se la yebe, muchacha del demonio! —protestó el ruletero y entregó las monedas.

Cuatro sucres les dio y con ese dinero fueron ellos los muchachos más ricos del mundo. Subieron al carrusel, compraron algodón de azúcar, gritaron del terror en la rueda moscovita y se hicieron tarde.

Oscuro, largo y solitario era el senderito hasta «La Pepa de Oro». Pero durante todo el trayecto fueron tomados de las manos... como si estuvieran enamorados... como si en verdad, fueran el uno para el otro...

Pero nada es constante en este mundo. Todo cambia y la rueda de la fortuna salta azarosamente de uno a

otro color, de un número a otro número, de una figura a otra, hasta que sale la muerte... el vacío. El azar se divierte y, más tarde o más temprano, a todos nos juega malas pasadas.

Cierta tarde de invierno, los dos fueron por leña para la cocina de la casa grande. Se adentraron sin temor en la espesura verde de la selva. Él la tomaba de las manos con ternura, para que no tropiece entre las raíces emergentes de los árboles y ella le sonría.

Habían atravesado un pequeño riachuelo, para tumbar unos cocos y calmar la sed. De un machetazo abrió el mozo un coco tierno y le ofreció a Blanquita. Ella se sentó cerca de un matapalo para saborear el agua dulzona y ligeramente picante. En ese momento escucharon llegar desde el mar una bandada de pericos, que se acercaba chillando.

¿Tú Romualdo, cree' que sea cierto lo que no' dijo la profe sobre lo' perico'? —preguntó Blanquita... y se quedó mirando al vacío, con los ojos soñadores, entornados...

Romualdo, se inclinó devotamente frente a la muchacha, como si ella fuera la Virgen Santísima. Fue para él un momento pleno de solemnidad y habría dado su vida para que ella le tome en serio, pero para Blanquita, su postura le pareció lo más cómico que había visto.

— Yo, Domingo Romualdo Estupiñán, me entrego a ti, Blanquita, pa quererte siempre y pa adorararte, por tooo lo' año' de mi vía...

Las rodillas del negro permanecían juntas, pegadas a la yerba, unidas firmemente, pero las porfiadas piernas se obstinaban en lanzarse cada una por su lado.

Una rana grande y verde, asombrada quizá de tanta sinceridad, quiso demostrar su aprobación y empezó a cantar;

— Croac, croac, croac...
Romualdo, Romualdito.
Fíjate en mí, muchacho.
Piensa en mí, queridito.
Mírame a mí, caracho.
Mis piernas son más lisas
y más suaves al tacto.
Si tú no tienes prisas,
Me entrego a ti, en el acto.
Goza, negro bendito,
mi cuerpo menudito...

Blanquita no pudo contener la risa y Romualdo se puso pálido cuando ella le dijo que parecía un sapo. Desde su cárcel de cristal fugó una fina lluvia: escapó sin hacer el menor ruido, casi poniéndose en puntillas, por temor a desatar una verdadera tormenta.

Empero el pequeño riachuelo rugió, creció y fue imposible atravesarlo.

Allí permanecieron los dos, sin pronunciar palabra, porque sabían que se había perdido para siempre el encanto. Cayó la noche y durmieron, igual que las bestezuelas del campo, encaramados sobre un robusto árbol de hojas sagitadas, a través de las cuales fluyó la fina lluvia, cual un torrente de lágrimas.

Esa fue la primera y la última vez que durmieron juntos. Pero solo durmieron como hermanos, castamente. No saque el lector falsas conclusiones que no vienen al caso.

No sé mediante qué proceso alquímico logró Romualdo asimilar y calcificar la burla y el rechazo, librándose de morir de tristeza. Quedó atravesada en el corazón una como espina de pescado que, a la larga lo gangrenó, a tal punto que en vez de sangre solo bombeaba veneno.

Cuando Romualdo se enteró que necesitaban peones en una compañía que se dedicaba a cortar madera allá, lejos, en el monte, fue y se presentó. No tanto porque necesitara ese trabajo sino porque deseaba refundirse lejos, muy lejos, donde Blanquita no lo vea. Ni siquiera protestó por la paga miserable. Enterrado en vida, en mitad de la montaña soportaría mejor su trágico destino.

El destino juega a los dados. Romualdo fue a parar, sin siquiera saberlo ni intuirlo, en la empresa La Ceiba. Allí se enteró que el gran jefe, el que todo lo disponía, el que todo lo organizaba era un tal ingeniero Pinto...

.....

Romuldo soñaba con Blanquita. La veía llegar descalza, a orillas del río. Despojarse de su vestido de colores fuertes y sensuales. La deseaba desnuda, recortada su grácil figura de ébano, contra el cirio distante...

Cuando Romualdo se enteró que Blanquita se había fugado con el ingeniero la buscó desesperadamente por todas partes. Pronto supo que andaba por «La tortuga de Acuario».

Le resultó fácil hacerse amigo de la cocinera. A través de ella tenía noticias sobre la mujer amada. Escondido detrás de los árboles podía mirar el cimbrear de su cuerpo, camino al río. Ella y Martín bajaban por el estrecho senderito. Martín lo descubría y lo delataba. Chillaba nerviosamente y hacía movimientos directos con sus peludas manos, para advertir a Blanquita que un intruso la acechaba, pero la muchacha no comprendía sus señales y seguía de largo.

En uno de esos días Romualdo decidió llevar fruta para el mono. Martín lo vio y se puso a chillar, como de costumbre, pero al ver el canasto lleno de bananas avanzó sin miedo a través de la espesa vegetación y aceptó el obsequio.

Blanquita se quedó muda. Estaba como petrificada. No sabía qué hacer ni qué decir.

Romualdo salió de su escondite y, en un arrebató de pasión, la abrazó e intentó besarla.

- ¡Cuánto he e'perao e'te momento! —Le dijo al oído.
- ¡Romualdo! Suéltame. —Protestó la muchacha y lo empujó con tal fuerza que el mozo perdió el equilibrio y rodó por el suelo.
- Tú me de'precia', pero yo te quiero. ¡Por e'ta cru' bendita tendrá' que ser mía! —Y así diciendo, le

mostraba los dedos cruzados de su mano derecha.

Después se hizo habitual la presencia de Romualdo, a tal punto que Martín se dejaba acariciar por el negro.

En esto no paró la cosa. Romualdo, cegado por la pasión, se dio en merodear, los sábados y domingos, por las oficinas de la «Explotación Maderera La Ceiba», allá, en Las Palmas. Su deseo era sorprender al maldito Pinto y matarle como a un perro, de unos cuantos machetazos.

Después recapacitó. No era conveniente liquidar al sujeto en plena ciudad... En el silencio y soledad cómplice de la montaña sería mucho más fácil ejecutar su crimen...

La terrible decisión

Romualdo camina solo por el puerto. El sitio donde fondean las naves es un verdadero dédalo, por el que uno se pierde, entre *containers*, cajas, sacas, cercas, ratas, iguanas y basura... El olor nauseabundo de la mariguana se entremezcla con el acre olor de los restos abandonados por los vendedores de mariscos y pescados.

Aún no ha caído la noche, pero se escucha ya el revoloteo de los loros, en su estúpida búsqueda de refugio nocturno. Alto, muy alto se ven los puntos verdes y las alas que se abren y cierran rítmicamente. Los loros son gregarios.

En una almoneda de truhanes ha comprado un puñal. Su acero brilla, pero su alma es negra y traicionera.

— Si lo mato con machete... tóoo sabrán que e sío yo. Con puñal, naiden podrá imaginar siquiera qué perro lo mató. Tampoco deben verme muy seguío con Blanquita. No vaya ser que mi' maldito' celo' me delaten... «E'ta *ve' toy decidió. Hundiré la hoja de'núa en su carne, ha'ta el fondo el mango*». Piensa. «¿*Realmente lo e'toy?*» Lo afirma y lo duda, al mismo tiempo, y esto le angustia. «¿*Realmente lo e'toy?*».

Los enormes barcos se bambolean perezosos sobre el agua. Sus cascos de hierro conservan rastros de haber sido pintados, pero el óxido es más fuerte y prevalece. «¿*De qué paíse' son esa' bandera'?*»

— ¡Barajo, si supiera lee bien, como Dio' manda..!

¿No estudió? Asistió a la escuela, con Blanquita, pero solo un par de años. Deletreaba, es verdad, pero apenas si comprendía el significado de las palabras.

— ¿Y qué quíe decí "Hesperia", "Eneas", "Blue Dolphin", "Ciudad Rosario"? ¿Serán eso' lo' nombre' e lo' barco'?

Era prácticamente un analfabeto. La pobreza no le abrió las puertas del conocimiento, pero cuánto le habría gustado saber... ser importante como el ingeniero. «¿*Qué cosa' traerán en esa' hinchada' panza'?*»

Lanza el puñal contra unos maderos viejos, que permanecen apilados, cerca de la malla metálica que protege las instalaciones portuarias. La hoja se clava obediente, casi hasta el mismísimo mango.

— ¡Tengo eshelente puntería!

Desde mar adentro se acerca una lancha. Parece apenas un punto informe que se mueve entre el agua y el cielo... ese sucio cielo que ha perdido todo su encanto. Sabe que se trata de una lancha, porque le llega a intervalos el ruido del motor.

¡Matar! aun la palabra, por si sola es maldita; sin embargo, todo debe cumplirse de acuerdo con lo premeditado. Pero, un momento, ¿no existe, por ventura, otra salida? Y... si ella quisiera irse con él... por las buenas...

Ha cavilado durante negras horas; ha luchado contra esta fatal resolución y le espeluzna pensarlo.

— «¿*Realmente toy decidío?*».

¿Acaso por ser un muchacho negro o porque no fue al colegio se han abotagado sus sentimientos?. Su boca se niega a pronunciar la palabra maldita, pero no le queda otro camino: debe matar a Carlos Aníbal Pinto.

— Solo así dejará ella de pensá en él... de querelo, de amalo, de sufrí po él.

Mira sus manos y las restriega nerviosamente contra su pantalón...

— No soy un asesino. Jama' se han manchao e sangre mi' mano'. Yo soy un ladrón: lo recono'co. Yo chineo y arrancho la' cosa' a lo' bobo': lo recono'co. Pero, adema'... ¿eso, a quién le impolta? Claro que si él me ataca, la cosa ya é diferente. Eso é una cosa de hombre'. Uno e'-tá defendiendo su vía.

Allí están los loros, por miles, encaramados en las ramas de los árboles. Conversan a gritos entre ellos. Puede ver los cuerpos verdes y las alas aún desplegadas como abanicos, de los últimos, que no tienen espacio y buscan donde acomodarse.

— ¿Y eso' loro', nunca terminarán de hacer esa buya del demonio?

Un estibador embotado de tafia, camina lentamente en zig zag, al otro lado de la calle. Si Romualdo lanzara su puñal le pegaría en el brazo derecho. Ahora vira la esquina y le da la espalda. Está más lejos, tendría que tirar el puñal con mucha fuerza, para herirle en la nuca.

— Si ese infelí' fuera el señó ingeniero Pinto ¿No me temblaría el pulso al hácelo?

¿No se le agolparía el corazón como un potro salvaje queriendo saltar por sobre su garganta? ¡Matar! Oh, qué duro, qué terrible e insoportable para sus oídos escuchar de los propios labios esa cruel sentencia.

Camina en dirección a la ciudad. Es bueno relajar los músculos y la tensión. Desde donde él se halla, el mar adquiere un tinte gris, al igual que el cielo. Las formas se pierden y se esfuman. En la playa todavía permanecen algunas muchachas negras, sentadas sobre troncos de madera. También se pueden ver esporádicas luces, que se encienden y titilan medrosas en la lejanía. Pasa frente al «Rincón Cuba Caliente».

— Ven pa cá, lindo —le grita una mujer—. ¿No me ha' oído?

Romualdo finge que nada escucha y continúa su camino, sin regresar a ver.

— Yo no sabía, te lo juro. No sabía que tu tío taba complica'o en asesinato. ¿Tú me e'tá e'cuchando? Si yo lo sabía no lo biera hecho agarrá. Si tú lo ve', lindo, dile que me peldone... yo solo quería que él se fijara en mí... ¿Me e'cucha'te? Dile que aquí le e'pera su Viviana... Una cosa má. Dile que tengo güeno' contacto' en el penal. Que ha'ta toy pensando tramá su fuga...

— «*Ahora tiembla esa negra. Ta temblando e mieo. Cré que mi tío se e'capará algún día de e'to' y que vendrá a su casa, pa pasale el papayo, po boqui suelta*».

.....

Camina por el tibio pavimento. Los vehículos pasan veloces y dejan el aire intranquilo.

Los hombres meditan sobre cosas buenas, hacen planes justos, buscan lo noble y lo correcto. Pero él, sumido en esa sorda oscuridad que ha ido tejiendo pacientemente la mano de los celos, consume el tiempo en pensamientos de muerte. Está totalmente trastornado y no encuentra lógica a su destino.

Ahora le apremia la sed. Ha caminado tanto...

— ¿Onde venden una güeña cerveza helada? ¿Onde pueo hayar una tienda en e'ta carretera?

¿Es este un sueño? ¿Se trata de alguna pesadilla? Si esto es así, ¿no sería más fácil despertar?

Por entre las palmeras de cocos distingue las luces de un cobertizo levantado con cañas. La música chillona y la algarabía de los negros que hablan a gritos como los loros, confirman su primera impresión. Se trata de un improvisado merendero. Desde lejos ve el humo que escapa del brasero en el que asan pescados y maduros. No tiene hambre, solamente le atormenta la sed. Los negros le ven llegar pero fingen indiferencia.

— Buena' noche'. ¿Hay cerveza?

— ¿Chop o Pilsene? —Le pregunta una negra vieja, con desgano.

— ¿Cuál e'tá má' helada?

— Toa' la' cerveza' tan bien fría'.

— Écheme una Pilsene.

La mujer abre la tapa de un enorme congelador, sucio y herrumbrado como el casco de los barcos anclados en el puerto. Destapa la botella y le entrega. Después va por el vaso. Lo coloca sobre el mostrador, sin decir una palabra. Los negros miran con recelo al muchacho, tan negro como ellos. La radio, en alto volumen, vomita una triste y empalagosa canción llegada desde la serranía:

En un infierno los dos,
los dos hemos de penar.
Tú por no haberme querido,
yo porque te supe amar.

«Tienen razón eso serrano'. Blanquita y yo, vivimo en un infieno. Ya tamó' condenao' en vía».

No basta con tener amigos. Aun rodeado de éstos puede un hombre sentirse solo, inmensamente solo.

Termina la cerveza y se marcha. Siente los ojos de los otros negros, que se clavan a su espalda como puñales. Las luces de un taxi le deslumbran. Atrás, llega una buseta popular. Levanta las dos manos para que el chofer le vea y sube.

Todo cruza raudo: las casas, los salones, las puertas, los rótulos luminosos, las negras provocativas con sus nalgas que brotan como sandías cubiertas con telas floreadas, los jóvenes negros jactanciosos como él, que caminan meneándose cual *gangsters*.

Baja del vehículo. Le tientan las botellas de aguardiente, con sus colores amarillos. Se detiene un instante, pero sigue su camino, sin mirar hacia atrás.

— ¡No vuá bebé ta noche! Voy a dejá el cochino vicio. ¡Tengo que cambiá! ¡Me vua'es'capá del infieno!

Llega hasta la pocilga, donde alquila un cuartucho miserable. Allí duerme cuando no tiene que trabajar en la empresa maderera. Allí se oculta, como una ponzoña y espera el momento oportuno para cumplir con su destino. Cierra con un fierro retorcido la puerta de madera y se recuesta en la hamaca, pero no consigue dormir a causa del maldito calor. Se levanta y da vueltas como un gallinazo, alrededor de la podredumbre.

En ese momento se abre de un golpe la estrecha ventana y salta hacia el interior una pareja de monos jóvenes, inquietos, libidinosos. El macho persigue a la hembra y la arrincona, mientras esta chilla y brinca. El erecto miembro del simio semeja una flor de taxo, que apenas se entreabre, rosada y trémula.

— Oiiiga, ammmigo, ¡hicc! ¿Nos pressta un momennntito su cammma? ¡Hicc!, ¡hicc!

Romualdo sale y, en la tienda de la esquina, compra una botella de aguardiente...

Roberto

Cosa extraña y hasta extravagante: el odio a los monos —o quizá su íntimo deseo de abrir la mayor distancia posible entre él y esos repugnantes seres— le impulsó a superarse. Su rendimiento académico mejoró notablemente. Era un muchacho dedicado ciento por ciento al estudio. No contento con hacer las tareas que le encomendaban sus maestros, pasaba casi todo el tiempo leyendo los libros de la biblioteca. A los diecisiete años se interesó por el arte, la literatura, la religión y la filosofía. A esto se reducía su solitario mundo.

Por fortuna, sus padres se percataron pronto de estas fobias y manías, de tal manera que, desde temprana edad, trataron por todos los medios a su alcance de cambiar su conducta. Le contaron historias, en las cuales los monos se mostraban bondadosos y tiernos. Le explicaron hasta el cansancio las teorías de la evolución y las razones que tenían los científicos, para afirmar que el hombre desciende de algún tipo de simio. Le compraron hermosos macacos de peluche, que él amontonaba en el *closet*, con repugnancia. Y... finalmente, al cumplir los ocho años, juzgaron que su hijo había superado el problema y le llevaron al zoológico.

A la entrada, se detuvieron porque había mucha gente que esperaba y formaba una enorme fila india. Pasó por allí una mujer del pueblo, con un niño a la espalda, que aún dormido, balanceaba rítmicamente sus piernas desnudas, al compás monótono de la

cansina marcha de la madre. Los jarretes del infante se habían enrojecido a causa de la presión de la chalina. Sobre la cabeza, de largas trenzas negras, mantenía la longa, en equilibrio, una lavacara o jofaina de hierro enlozado, desportillada por el uso y colmada de azucarillo. Al avanzar por la avenida, casi como un dromedario, gritaba, a todo pulmón con su voz de falsete:

— ¡Espumiiilla!, llevará la espumilla. ¡Deliciosa la espumillita!

Roberto miró la escena, con vivo interés y sintió pena por la mujer y por el niño.

— ¿Pueden comprarme espumillita? —dijo, y dando un brinco tomó uno de los papeles, repleto de blanco merengue.

— ¡Roberto! ¡Robertito! —Le gritó su madre y quitándole de las manos el merengue, lo lanzó dentro de un tarro de basura. —No me parece que tú deberías comer eso.

— ¡Roberto! ¡Robertito! No debes comer eso. —Le gritó su padre. —Los alimentos que se expenden en la calle están llenos de microbios, hijo.

A Roberto se le llenaron de lágrimas los ojos.

De pronto, un policía detuvo en seco a la mujer. Rodó por el suelo el trasto escacharrado y la blanca espuma quedó brillando sobre el negro pavimento. La mujer huyó veloz y el enfurecido uniformado capturó la palangana.

— ¿Por qué? —Preguntó con insistencia Roberto—
¿Por qué?, ¿Por qué?

Entonces se sentó al filo de la acera y se puso a llorar. Hubo que cargarlo en brazos porque él no quería ya entrar al zoológico. La violencia con la que trataron a la infeliz mujer le había alterado.

Solamente se calmó una vez que su padre sugirió buscar a la vendedora de espumilla, a fin de darle algo de dinero, para que pueda compensar en alguna forma la pérdida sufrida.

En efecto, a dos cuadras de allí encontraron a la mujer. Ella se había sentado en unas gradas de piedra, a la entrada de una antigua casa cubierta de tupida y verde enredadera. Le daba el seno a su hijo y el niño sonreía.

— Dios le pague, niño..! ¡Que Diosito, nuestro señor, le dé más! —Agradeció la mujer al recibir las monedas de manos de Roberto.

Entraron finalmente al zoológico. Pululaba ese público especial, formado por obreros, sirvientas de casa grande o turistas que miraban a los adormilados animales por entre las rejas de las jaulas y les lanzaban trozos de pan o galletas.

Era un día totalmente despejado. El sol brillaba con furia y hacía un calor excesivo. La gente esperó largo rato afuera y quizá por eso, se produjo un caso de histeria colectiva. Esto ocurrió precisamente frente a la jaula de los chimpancés.

Era un amplio espacio cercado por rejas de hierro, en el cual crecieron unos cuantos árboles raquíticos de

Jacarandá, cargados más de monos que de hojas. La algarabía más confusa era la nota característica del lugar. Ni siquiera un instante permanecieron quietos los macacos. Chillaban y saltaban de una a otra rama; se subían ágilmente por los cabos de manila; se daban vuelo y brincaban hacia las verjas.

Sus movimientos eran calculados, astutos, concertados. Si esos simios quisieran podrían escapar del encierro, con solo levantar el aldabón elemental. En efecto, uno de ellos se entretenía con este mecanismo y abría y cerraba a su antojo la puerta, como si fuera el portero y tuviera autoridad o dominio sobre la entrada. Al pie de uno de los árboles, un pequeño monito, contemplaba con angustia como manaba la sangre de su mano herida y buscaba inútilmente entre el público alguien que pudiera ayudarle.

Súbitamente un hombre empezó a gritar:

— ¿Oyeron eso? ¿Lo vieron?

— ¿Qué? ¿Qué pasa? —dijo otro, que estaba cerca.

— ¡Ese mono, el café, que está sentado en la rama, a la derecha! ¿Le pueden ver todos?

— Sí, sí, le vemos, le vemos. ¿Es aquel, verdad? — Gritó, a su vez una mujer—. ¿Pero qué es lo que pasa con ese mono?

— ¿No oyen? ¿No lo oyen? —Demandó el primer hombre y gesticulaba frenéticamente con sus brazos abiertos, porque no podía creer lo que sucedía—. ¡Ese mono habla!

- ¡Sí! ¡Sí, en verdad, parece que habla! —concedió un muchacho, y sin poder contenerse subió por la verja de hierro y trató de llegar más cerca del mono.
- ¡Hagan silencio, para que podamos escuchar lo que dice, si acaso realmente vale la pena oír sus palabras! —Pidió un viejo, sin soltar la mano de su nieto.

En efecto, el mono habló. Al menos así lo afirmaron después todos los que estuvieron allí presentes. Dijeron haber escuchado claramente:

- ¡Hicc, hicc, aallí y aallá! Eso fue lo que el mono dijo. —Precisó una muchacha, al tiempo que estiraba los labios, en un esfuerzo por imitar los sonidos con precisión.
- Ese «allí» fue notable, fue categórico. —Reflexionó un abogado, que había ido con toda su familia al zoológico y tuvo la suerte de presenciar este acontecimiento—. El «allá» lo pronunció con verdadera convicción, como si tratara de mostrarnos algo importante. Mientras tanto, ese astuto mono apuntaba con el dedo índice hacia la derecha.
- No, usted se equivoca —replicó molesto un tipo flaco, con facha de sindicalista—. El mono apuntó hacia la izquierda. Fíjese, allá, señaló claramente hacia ese árbol y el árbol está a la izquierda. En este país hay gente que confunde muy fácilmente la izquierda con la derecha.

Cuando, más tarde, le pidieron su comentario a una señorita, que permanecía callada y abrazaba con desfachatez a su enamorado, dijo:

- Bueno, lo que yo puedo decir es... que el animal estaba como excitado. Sí, verdaderamente excitado. Daba volteretas de gusto y señalaba con el dedo, hacia el sendero por el cual se acercaba el muchacho...
- ¿Cuál muchacho?
- Ese que corre por allá, con la cabeza gacha, como si le persiguiera el demonio. Ese, sí. Al que sus padres no le dejaron comer espumilla...

Este fue un hecho que nadie discutió ni puso en tela de duda, porque pudo ser constatado por todos. En efecto, llamaba fuertemente la atención el extraño comportamiento del niño que huía despavorido.

Roberto miró desde lejos a la turba de curiosos y a los animales y actuó como si hubiera divisado un ejército de demonios. Entelerido, con los ojos saltándose de las órbitas, se zafó de la mano de su madre y corrió, gritando igual que un loco, levantando sus brazos cual si fueran aspas de molino.

Marido y mujer corrieron tras él, llamándole, implorándole que se detenga; y, más atrás, los curiosos, entre los que figuraba un muchacho renco, que se abría a codazos en medio de la gente, para enterarse de lo que estaba aconteciendo.

En la puerta del Colegio Militar, donde quedaba en ese entonces el zoológico, le detuvieron dos soldados. El

muchacho se chorreó y cayó al suelo. Le dieron convulsiones y echó espuma por la boca. Finalmente perdió el conocimiento.

Malú

Austados, los padres le llevaron de inmediato a la clínica Pasteur. Allí pasó esa noche, con sedantes. El médico que le atendió recomendó que le tratara un siquiatra.

De esta manera empezó la relación de Roberto, con el doctor Casares: una relación que habría de durar Muchos años. Casares era un tipo simpático, lleno de vida, dicharachero y jovial. Además, claro está, conocía bien de su oficio.

- Estamos frente a un agudo caso de fobia, sí, de fobia —Le dijo a la madre, mientras la tomaba de las manos y la miraba de frente a los ojos, casi en un susurro, como si estuviera declarándole su amor—. Sin embargo, la ira que siente no es contra los monos. Es... contra sí mismo, sí, contra sí mismo. El niño sufre un gran trauma y está confundido. Se siente responsable por la trágica muerte de su hermano y esto constituye un peso tremendo para su yo consciente. El caso es serio, pero tengo mucha esperanza. Es un niño inteligente y creo que podrá superar el problema. Necesita afecto, muchísimo afecto, especialmente de su padre. ¿Su marido pasa buen tiempo en casa? ¿No?
- Carlos Aníbal, mi esposo, trabaja en Esmeraldas, en una empresa maderera...
- Bueno... este vacío debemos llenarlo de alguna manera... Sugiero que le obsequien una mascota.

Preferentemente un gato. Ama los gatos, sí, los gatos.

- El propio Guillermo Casares se ocupó de esto. Un buen día llamó por teléfono y le dijo a Alexandra que, por casualidad, cierta pariente solterona cuidaba, con esmero, una camada de gatos siameses recién nacidos y deseaba que ella escoja uno de los mininos.

.....
A la gata le pusieron por nombre Malú. Cuando la trajeron era apenas una pelotita de lana. Se la podía encontrar, en cualquier rincón de la casa, hecha un ovillo, con los pelos grises parados de punta, como si la hubieran metido en el congelador.

- Tenemos que untarle manteca de cerdo en sus patitas. —Le dijo Alexandra a su hijo.
- ¿Para qué, mami, para qué le pones la manteca?
- Para que no se haga callejera. Para que nunca nos abandone...
- Entonces, mami, también yo quiero que me pongas la manteca. — Dijo el niño y sacándose los zapatos y las medias la obligó a que le prinque las plantas y los dedos de los pies.

Malú ocupó un lugar importante en el corazón de Roberto. El niño vivía pendiente de su gatita. El mismo quería servirle su comida. La traía y llevaba en sus brazos, con dulzura y el animal se dejaba querer. Con el tiempo se convirtió en una grande, gorda y lustro-

sa mascota; de bigotes largos y mirada profunda; clásica y esbelta en su caminar felino; grande cazadora, en las oscuras noches: dientes y uñas afilados para ratones y otras musarañas, pero siempre fiel, sumisa y delicada con su amo.

La gata soportaba de buena gana todas las travesuras de su dueño. Roberto la encerraba en cajas de cartón; la vestía como si fuera una muñeca; la lanzaba sobre los muebles para verle caer, siempre derecho; la hacía dormir en su propia cama y la bañaba con su propio *shampoo*... Cómo detestaba la gata esta última manifestación de cariño, que jamás comprendió.

Finalmente... una noche salió Malú, sin prisa, urgida quizá por sus propios instintos. Nunca más retornó. Solo aparecía de vez en cuando, subida en el tapial de la casa y miraba a todos con ojos tristes, de «paraíso perdido»... En vano la llamaron, en vano le mostraron el plato de leche y pan remojado, todo fue en vano.

Una tarde vieron dos gatos sobre el tapial. El uno era fuerte y hermoso. ¿Era Malú? Sí, resultaba inconfundible su figura. El otro... ¿Quién era el otro?

- Quizá su hijo. —Comentó Alexandra.

Entonces Roberto se colgó al cuello de su madre y le dijo al oído:

- Es una bestezuela ingrata, pero en el fondo, yo la sigo queriendo y no le culpo.

La fobia que tenía con respecto a los monos, al parecer, había sido definitivamente dominada. ¿Gracias a Malú? Miraba con indiferencia las imágenes de estos

animales y él mismo decía que hasta le parecían muy especiales y dignos de estudio.

- Alexandra —le dijo una tarde el doctor Casares—. Gracias a Dios, Roberto se ha recuperado, al parecer, de manera definitiva, sí, definitiva. Las fobias han sido superadas. De ahora en adelante no necesitará venir al consultorio. —Ella comprendió de inmediato el sentido de las palabras y una discreta lágrima rodó por sus mejillas—. Es un muchacho de gran sensibilidad... ¡Ah!... ¡Un momento! Hay algo que debo decirle... En realidad no sé cómo explicarle... su hijo... está evolucionado, sí, evolucionando. Siéntese cerca de él, háblele, léale historias, cántele canciones, acarícielo, quiérole, sí, quiérole... mucho.
- Entiendo doctor. Está claro. Él crece, se desarrolla, evoluciona normalmente, como todos los niños. ¿Es eso lo que me quiere decir?
- No precisamente como todos los niños... Él será diferente, ya es diferente, sí, diferente.
- No le entiendo, doctor.
- Él se transforma más rápidamente. Ascende hacia una escala más alta. ¿Conoce la palabra «zooempatía»? Yo la utilizo para denotar la disposición natural que tienen algunas personas para relacionarse con los animales, sí, con los animales. Su hijo posee en alto grado esta cualidad. Pero hay más. Fíjese detenidamente en sus manos y observará que sus dedos poseen una exquisita flexibilidad, una agilidad inusual. Mi-

re, de cerca, sus ojos, sí, sus ojos. Como yo la miro en este instante que jamás olvidaré. Aquí tengo el diagnóstico: «refractaria configuración a la hemeralopía». ¿No le ha dicho él que puede ver en la oscuridad?

Nada de monos en esta casa

La huelga del sindicato quebró a la empresa maderera y Carlos Aníbal Pinto perdió su trabajo. La situación económica de la familia se puso tensa, pero jamás llegó al estado de miseria. El hombre no encontraba trabajo fijo en ningún lado. De vez en cuando se le presentaba la oportunidad de asesorar en algún proyecto agroindustrial, pero eso era todo. Alexandra tuvo que aceptar el trabajo de secretaria recepcionista que le ofreció gentilmente el doctor Guillermo Casares. Por fortuna, luego de muchas penurias, un amigo le recomendó a los dueños de una plantación de palma africana. El trabajo era estable y tan bien remunerado como el anterior... A pesar de que mejoró la situación económica familiar, Alexandra se negó a dejar el consultorio del doctor Casares...

En medio de todos estos cambios, el ingeniero Pinto se mostraba más tranquilo que antes. Al menos espiritualmente se sentía mejor. Ya no llevaba la doble vida de antes y tenía el privilegio de vivir con su adorada familia. Había abandonado para siempre la maldita Esmeraldas, el calor pegajoso, los mosquitos y el hedor nauseabundo de Blanquita.

.....

Han pasado ya algunos años desde que Carlos Aníbal se acercó a la cama de su hijo para contarle cómo halló a Martín al borde de la muerte, mientras vigilaba el corte de los árboles. Los años, que todo lo

transforman y tejen telarañas sobre nuestros recuerdos, no han pasado en vano. El niño tímido, lleno de fobias, se ha convertido en un joven alto, paliducho y taciturno.

Carlos Aníbal piensa que su hijo se ha olvidado de Martín, mejor dicho, que todo está arrinconado, sepultado en el pasado, sin retorno.

Sí, es verdad... el muchacho, que en un comienzo había rechazado con terror la estatua del mono, lo rescató del basurero y metiéndole en una caja de cartón. Lo miraba y remiraba de vez en cuando. Este mono de cerámica era un regalo de su padre...

El padre y el hijo no volvieron jamás a mencionar el nombre de Martín. Ese nombre se había convertido en tabú. Sin embargo, el tema retorna inesperadamente una noche, mientras cenan alrededor de la mesa redonda repleta de manjares.

El joven, habla sobre la vida en el colegio. Critica acremente las opiniones estúpidas de sus compañeros sobre la reencarnación y otros temas esotéricos. Se ríe de los ilusos que se pasan la vida en busca de la fuente de la eterna juventud. Por el contrario, defiende de manera ardorosa la teoría de la evolución, que tanto le cautiva.

— Imagínense ustedes. —Dice el hijo a los padres que le escuchas atentos—. Llega un compañero, con uno de esos libritos de filosofía oriental y nos habla de la «bioenergía», de la «radiestesia», de la «cromoterapia» y de otras tantas linduras

y sandeces. Nos dice que en gran medida, nuestros problemas físicos y síquicos se originan en el diseño y color de nuestras casas, de nuestras escuelas y colegios, que no permiten el flujo adecuado de la «energía». De inmediato se forma un grupo de crédulos adeptos. ¿Se habrá visto semejante simpleza? Yo me río de estas boberías. Mientras no se inventen los medidores de tales flujos imaginarios y yo mismo vea como vibran las agujas y sepa calcular sus caudales, no podré creer en eso. Por ahora lo que tienen son simples varillas de San Cipriano. Para colmo de males, estos incautos pretenden convencerme que soy retraído; que se nota mi ausencia de energía vital; que todo podría cambiar con unos cuantos espejos y biombos. Yo voy a invitarles, para que vengan a la casa y experimenten. Será un goce escuchar qué consejos nos dan.

Se diría que Roberto se encuentra eufórico, entusiasmado, orgulloso de la fuerza y convicción de su pensamiento racionalista: sólido y práctico. De pronto, — ¿quién sabe por qué resortes ocultos de la fortuna o del azar?— anota:

- Papi, ¿tú crees que nuestro monito se habrá curado ya? ¿Estará vivo?
- ¿Qué mono?
- El que tú rescataste en la mitad de la selva. El que salvaste de una muerte segura. El que dejaste en Esmeraldas. El que dijiste que me regalarías una vez que se ponga bien de su mano...

- A... ese... animalucho... Claro que sí. Ya lo recuerdo. ¿Yo dije que te lo iba a regalar? ¿Cómo pude haber dicho una estupidez como esa, sabiendo que tú detestas a esas bestias inmundas?
- No son “bestias inmundas”, papi. Donde la vida ha aparecido, en sus miles y miles manifestaciones, lo ha hecho de manera perfecta...
- La verdad, hijo, no lo he vuelto a ver. Supongo que ya estará bien... claro... El problema es que ya no voy con la misma frecuencia por la tierra de Martín. Desde que cerraron “La Ceiba”, a causa de esos malditos negros, nada tengo que hacer por allá. Sin embargo, si por alguna circunstancia, voy un día de estos, le echaré un vistazo.
- ¿Tú le ofreciste un mono a Roberto? —Preguntó Alexandra, como si no diera crédito a lo que estaba escuchando. Las bascas incontenibles le demudan el rostro—. Algo de eso me había comentado el muchacho, pero por supuesto no le di crédito. Pensé que se trataba de alguno de sus inventos... ¿Un primitivo, peludo y sucio primate? Eso era lo único que nos faltaba... ¿Quién va a hacerse cargo de ese animal? ¡Jesús, Dios no quiera! Solo de pensarlo se me pone la carne de gallina. Les tengo tanto pánico a esos bichos, como a las propias ratas o a las culebras, o a los murciélagos.
- Pero mami... ¿Tú te das cuenta? Ese mono es muy importante para mí. No se trata de un capricho.

Tú sabes que hasta he construido una hermosa casa para él.

- Mejor un perro... ¿por qué no compramos un perro?
- Un perro pertenece a una cadena evolutiva diferente... No sería lo mismo... Según la clasificación taxonómica...
- Y dale con la evolución... ya me tienes cansada...

No se volvió a hablar del asunto. La oposición de Alexandra fue definitiva e inapelable. El tal monito jamás entraría a su casa... al menos, mientras ella viva.

.....

Es la víspera de Navidad y la familia sale a recorrer los almacenes. Los padres desean averiguar qué le agradaría a su hijo, como regalo de Noche Buena. Le ofrecen una bicicleta de competencia, una moto y hasta un telescopio japonés de alta precisión. Roberto dice que sí, a cualquier cosa, pero ellos saben que nada le entusiasma. Se lo ve triste, cansado, decaído, igual que si hubiera perdido el interés por las cosas. Solamente brillan sus ojos, con un destello fugaz, al pasar frente a la vitrina de mascotas.

- Pienso que él ya no desea que le demos "cosas". Ya no es un niño. Se ha convertido en un hombre —dice el ingeniero Pinto a su esposa. — ¿No será que ya está enamorado?

- ¿Enamorado? ¡Qué va! Apenas ha cumplido los dieciocho años. —Insiste su madre. —A esa edad, los muchachos solo piensan en el deporte y en divertirse...
- ¿Cuántos años crees tú que yo tenía cuando me enamoré de ti? ¡Dieciocho!
- Eran otros tiempos, Carlos Aníbal. ¿Lo recuerdas? Madurábamos más rápidamente... Eran otros tiempos.

Por la noche, mientras están acostados, Alexandra retoma el tema de los obsequios. Carlos Aníbal Pinto no contesta. Tiene abierto en sus manos "El Castillo" de Kafka. Siempre ha querido leer ese libro, pero no lee. Sus ojos están fijos sobre el papel, mas su mirada se pierde en el vacío... También su espíritu está distante.

No escucha la cantilena de su mujer, que le cuenta detalles repetitivos e intrascendentes sobre los pacientes del famoso doctor Casares. Otra voz le llega de cerca, de manera nítida, como si la escena ocurriera en ese mismo momento. Mira a su hijo en actitud suplicante. Le pide que le entregue «su» Martín. Le ve llegar sonriente, con sus brazos extendidos hacia él, cual si fuera a lanzarse en sus brazos. Súbitamente las imágenes cambian. Por instantes la imaginación juega con él, de forma caprichosa. Ve a Blanquita, con el mono en sus brazos. La muchacha se le acerca contorneándose provocativa y sarcástica: «E'te e' nue'tro hijo. —Dice, al tiempo que abre la boca y saca su lengua roja y brillante— ¡Mira qué bien lo cuidó!». La muchacha da el seno al mono y éste lo

acepta con una mirada de lujuria. Es tan excitante esta escena...

¡Un momento! No es Blanquita. Ella se ha esfumado. Es una verdadera reina gorda y repulsiva la que se acerca con paso augusto y firme. La que ha subido hasta su cama espléndida y fétida en su desnudez, se llama Viviana Espinoza Chala. La cicatriz de su rostro está cubierta por una graciosa filigrana, lo cual le otorga cierto aspecto de nobleza y distinción. Martín ya no es un mono, es un tigre de majestuoso pelambre. Viviana se transforma, se convierte en Blanquita y el tigre salta a sus brazos. A su lado, en la misma habitación, se halla Alexandra. Sí, no hay duda alguna. Están las dos mujeres, las dos rivales, pero se ignoran, y esto es lógico porque pertenecen a dimensiones diferentes. Escucha los argumentos su esposa. Ella le exige que no lleve al mono, porque tiene «terror» a esos animales. «Déjalo con la negra. Ella es su madre. No me importa que tú me hayas engañado, que te hayas enredado con esa basura y que ese animal sea tu hijo. Yo no daré mi seno blanco y turgente a ese horrible monstruo».

De pronto retorna. Vuelve en sí. Está empapado en sudor. Alexandra se le aproxima en la oscuridad de la habitación y le susurra al oído «¿Me quieres? ¿Cuánto me quieres? ¿Tú no vas a traer ese repugnante engendro a esta casa, verdad, amorcito?» El hombre no contesta. Solo sonríe, porque en este dilema, ya ha tomado partido por su hijo...

— No entiendo una cosa. —Dice el hombre a su mujer.

- ¿Qué no entiendes?
- Roberto... se muestra tan racional, tan maduro en sus reflexiones... y sin embargo, sufre porque yo no he cumplido una promesa simple, que le hice cuando aún era pequeño.
- Quizá solo se trata de un capricho.
- Quizá...
- Y... ¿cuántos años vive un mono?
- Algunos macacos viven veinte y siete, veintiocho, veinte y nueve... treinta años...

El milagro

La iglesia está desierta. La peana es de madera primorosamente tallada y cubierta de pan de oro: con seguridad ese sí debe ser un santo milagroso. Blanquita se santigua, enciende una vela y reza:

- No sé tu nombre, santo bendito, pero te traigo e'ta tre' luce', pa que miaga' un milagro. Hace ya mucho' mese' que toy tri'te. Carlo' Aníbal é un hombre lindo, que vive en Quito con otra mujé, pero no viene má onde su propia negra. E'to no e' ju'to, porque yo sí quiero que él venga. Tenemo' que hablá. Yo lo adoro, santito. Yo daría ha'ta mi propia vida infelí' por él, pero él no viene con su propia pareja. Porque lo do' somo' el uno pa lotro. Yo, solo quisiera velo de nuevo, aunque sea una ve' má. Po favó. Una sola ve' má. Si ese señó lindo viene y no vemo', yo te compro otra' luce', pa que te alumbre'.

Nueve días seguidos recibe el santo a la devota. Veinte y siete velas blancas lo han alumbrado durante todo ese tiempo. Y finalmente, el milagro se cumple.

Carlos Aníbal Pinto llega justo al décimo día, a las ocho en punto de la mañana. A esa hora hay gran movimiento en «La tortuga de Acuario». El cambio del sistema tradicional al de *self service* ha dado excelentes resultados. Esto lo puede constatar el ingeniero aún desde lejos, sin bajarse de su automóvil.

Hay un rincón solitario y sucio, a un costado del establecimiento, casi oculto por la sombra gris de la pobreza. Allí, arrebujaada entre dos o tres pañolones de lana, se halla sentada una mujer prematuramente envejecida, más negra que su propio infortunio. Los descalzos pies están plagados de respigones. Alrededor, en desorden, un sinfín de zarandajas, expuestas a la venta. Frente a ella, un fogón, en cuyas brazas encendidas se asan varios plátanos maduros. Los ojos de la infeliz están hipnotizados, fijos en el rojo -> blanco—>azul—>negro chisporroteo de las llamas. El viento cruel lame las hojas de los árboles. Quizá, abatida por un ataque de tercianas, le castañetean a la infeliz, los escasos y retorcidos dientes.

Curio, Carlos Aníbal abandona el vehículo. Al caminar retumban sus botas sobre el pavimento. Camina moviendo su espalda a un lado y al otro, con su característico ritmo de felino.

Al pasar cerca de la vieja, el hombre la mira directamente a los ojos. Tiene la sensación de conocerla. Hay algo familiar en ese rostro, en esos ojos tristes...

- Yo ya sabía que u'té vendría hoy. —le dice la mujer, con palabras cansadas e imprecisas, difíciles de entender— ¿U'té pué mira la candela? Aquí mi'mito ta u'té, alto y güenmozo, en el centro de lo' carbone' encendió'. U'té piensa que se irá hoy mi'mo, pero no será así. No será así... yo lo sé... Pero su corazón va a quedá libre, si señó, nuevecito... No má' atadura'... ni pa u'té... ni pa eya...

Carlos Aníbal arroja unos sueltos, que la vieja atrapa en el aire, con agilidad de lagartija. Se santigua tres veces con las monedas, las bendice y las guarda en el seno.

En la caja, el negro Tobías sonríe a los clientes, y al hacerlo, muestra sin recelo sus blancos y enormes dientes. Todos los negros tienen la dentadura reluciente, como si descendieran de cocodrilos o caimanes, por línea directa. El negro bobo aún tiene problemas con la registradora y se confunde, a pesar de que en las teclas aparecen con claridad los dibujos de los platos que ofrece el establecimiento. Pero la gente no protesta, porque Tobías es jovial y su risa les cautiva.

Carlos Aníbal avanza derecho e ingresa hasta la cocina. Una cocinera mulata, a la que han ataviado con un mantel azul nuevecito, fríe pescado sobre una paila grande, de cobre.

Blanquita lo mira a su hombre y le sonríe. Como él no atina de qué manera decirle que se llevará a Martín, inicia un fatigoso requilorio.

- Blanquita... mira, pasaba por aquí... y entré. Ya tú sabes como son esas cosas...
- ¡Hay santo bendito, milagroso! ¡Gracia'! —Blanquita sonríe y salta como una liebre nerviosa, a la persiguen cuatro perros ferales. —¿Le sirvo un cafecito, señó ingeniero? —En público lo trata de ingeniero. No puede dar rienda suelta a su frenética e imposible pasión...
- No, gracias, ya desayuné.

La negra lo mira con ojos fulgurantes, picada por la curiosidad y los celos.

- ¿Y... ónde ha desayunao el señó ingeniero?
- Tomé un jugo, por allí...
- También aquí tenemo' jugo fre'quito e naranja, e naranjiya... o si lo prefiere, ha'ta e tamarindo...
- Blanquita...
- ¡Sí señó!
- Afuera he visto una mujer... una señora... que vende plátanos maduros y baratijas...

La muchacha baja la mirada y se acerca al hombre, porque deseaba confiarle en voz baja su secreto...

- E' mi amá. La botaron de «La Pepa de Oro». Dijeron que e'tá vieja... y que ya no pué trabajá...

Se humedecen los ojos de Blanquita. El silencio reina por un instante y se torna pesado. El hombre agacha la cabeza y se pasea por el estrecho recinto. Parece un tigre de elásticos músculos, preso en una estrecha jaula...

- Y... ¿desde cuándo la echaron?
- Hace como tré' mese'.
- Y... ¿por qué no me lo has dicho?
- No quería mole'tá, señó-ingeniero... Tampoco sé cuál e' el número e teléfono del señó ingeniero, digo en Quito.... Como ya no se lo ve por e'ta' tierra'...
- ¿Dónde duerme?

- Conmigo.
- ¿Dónde come?
- ¡Aquí, pué! ¿Ónde má va a comé la pobre? — Murmura la cocinera, que no se ha perdido una sola palabra de la conversación, mientras se limpia las grasientas manos en el delantal azul

Nuevamente reina el silencio. El diálogo se torna difícil, lento, como si hubiera que sacar las palabras con un cabestro.

- Blanquita... ¿Podrías, por favor, traer al mono?
- ¿A Martín?
- ¿Acaso hay aquí algún otro maldito mono?

El ingeniero está enfadado. Así lo comprende Blanquita y agacha sumisa la cabeza, mientras se dirige al traspatio, en busca de Martín.

Los pescados están listos. Han quedado dorados y brillantes. La cocinera los saca de la sartén y los acomoda sobre un colador plano, para que chorree la grasa.

- ¿Y... pa qué lo quiere a Martín? ¿Hata eso la va a quitá? Se morirá la pobre... Ese mono é como su propio hijo... —Comenta la cocinera, sin voltearse a mirar en la cara al ingeniero, mientras aplasta el plátano verde, para los patacones. Carlos Aníbal Pinto no le responde...

Blanquita llega con Martín en sus brazos. Lo trae como si fuera su propio hijo; lo abraza contra su pecho.

¿Cómo arrancarle de sus brazos ese animalito con el que ha llegado a encariñarse tanto. Ella, al igual que todos en «La tortuga de Acuario», se ha prendado de Martín.

Como si el mono comprendiera o al menos presintiera lo que está por ocurrir, hace gala de todas las gracias que conoce. Muestra sus dientes e imita la franca sonrisa de Tobías; se rasca la cabeza, en la forma afectada, característica de doña Tomasa; infla la boca, igual que la cocinera cuando sopla el fogón, donde se doran los plátanos maduros.

- Veo que el mono está completamente curado. Ya ni siquiera le quedan señales de la herida que tenía en la pata, cuando le traje de la montaña. Has hecho un excelente trabajo. ¡Cómo ha crecido este animal! Ese macaco debe pesar al menos un quintal. Déjale en el suelo. ¡No sé cómo puedes cargarlo tú!
- Soy una mujé fuelte. Muy fuelte. Y uté lo sabe señó ingeniero.
- Ven Martín. Ven acá...

Blanquita comprende de inmediato que el hombre ha venido a quitarle su Martín. Una rabia sorda, un despecho indescriptible le sube desde las entrañas y siente una especie de agua sal en la garganta. Sin embargo, su orgullo es más fuerte y dice, con fingida indiferencia:

- É suyo... pue yevárselo cuando u'té quiera.

- No se lo yeve, po favó... Déjelo, déjelo un tiempito má'... —Intercede, desde el umbral de la puerta, doña Tomasa—. Blanquita quiere a ese animalito como si fuera su propio hijo...

La cocinera rompe a llorar, sin poder contenerse e hilvana argumentos y contra argumentos para evitar que el ingeniero se lleve a Martín.

- A una muelte segura le yebe u'té, señó ingeniero. —Dice la mujer—. El frío de segurítico lo mata. Así mi'mo ocurrió con un osito perezoso que yevaron a la capital. Al comienzo tóoo era gracia' y mimo'... Que yo lo acuno... que yo lo doy de comé... que é lindo y suavcito... Un güen día dejaron que el osito suba a uno de lo' arbole' del jardín y ayí se olvidaron del. Naiden lo metió por la noche y el frío helao lo dejó má' tiecico que una chonta. Sí señó, de contaíto lo mató el condenaio frío e la sierra... No se lo yeve, señó ingeniero. E'tá privando a esa criaturita de Dio' del cariño y del cuidao que tóoo le damo' aquí.

Entonces el ingeniero Pinto se sintió desarmado. Tomó una de las sillas y se sentó. Sacó de su chompa de cuero una cajetilla de cigarrillos y encendió uno. El humo pintó de un azul nauseabundo la cocina... Una vez que hubo terminado de fumar, arrojó la colilla y la aplastó contra el piso con su pesada bota. Se levantó y salió al patio. Allí estuvo mirando la robusta vegetación, que se extendía siempre verde hasta el infinito.

Ese día pasa con ella. Con la muchacha de muslos duros y sensuales, a la que tantas veces intentó abandonar. De la que finalmente ha logrado liberarse.

Pero la sangre y la pasión claman su parte. No hay amor. Nunca lo hubo: solamente el brutal instinto de la carne. Ensilla un caballo y la sube al anca. Sí, es exactamente como si la sacara nuevamente de «La Pepa de Oro». Se remontan selva adentro. Van juntos, sin hablar; se internan por entre los árboles; buscan la soledad, el sitio mágico donde puedan fundirse una vez más, con la cálida y tormentosa pasión de los amores prohibidos.

- Hay algo que tengo que decirte —anunció él y le tomó de la mano, obligándola a sentarse a la sombra de un tamarindo.
- Yo sé por qué tú no viene' a vivé connigo... Polque cerraron ya la maderera y tú no tiene' trabajo en E'meralda'. Pero si tú quisiera' podría' regresa connigo... Tú puede' conseguí un trabajo aquí... Tan vendiendo una' casita' en la mutuali'ta. Son una' casita' pequeña' pa que tú viva felí con tu negrita y con tu Martín. Tú...
- Antes de que se inicie esa malhadada huelga, antes de que quiebre la maderera, ya había pedido que me cambien de zona... No podía permanecer por más tiempo a tu lado....
- Pero... ¿y yo?

- Creo que es lo mejor para los dos. Lo nuestro no puede ser... no tiene futuro. Tu vida permanece vacía y sin rumbo... sin ilusiones... Cuando estoy contigo... no sé cómo decirte estas cosas... cuando estoy contigo, me invade el deseo. Pero solamente me impulsa eso... un instinto animal... Es todo lo que me une a ti y esto me apena... porque sé que en tu caso es diferente. Tú me quieres... estas enamorada... me piensas... quieres tenerme contigo todo el tiempo. Pero yo, yo no puedo. Yo no quiero causarte más daño. Debemos terminar. Esta vez para siempre.

.....
Después nada dicen. Se abrazan y besan apasionadamente. Se desnudan y buscan y acarician...

Esa noche Blanquita no duerme con su madre. Carlos Aníbal, su único y verdadero amor, la retiene consigo.

¿Cómo puede ser esto? ¿No le ha dicho él que todo ha terminado, para siempre? ¿No han sido sus palabras total y categóricamente sensatas? ¿Es acaso más fuerte la carne que toda reflexión, que toda argumentación?

Rumbo a la sierra

Al siguiente día, a las siete de la mañana, se puede mirar a la puerta de «La tortuga de Acuario» una inusual despedida. Tobías, Tomasa, la cocinera y sus hijos... todos se han dado cita para verlo partir. El ingeniero Pinto sube al automóvil y Blanquita se acerca, con Martín en sus brazos. Por las mejillas de los sentimentales negros ruedan las lágrimas...

- Cuídelo mucho, señó ingeniero... —Musita la muchacha.
- Y que su hijo Robertito, mejore su salud... — Grita, desde lejos la negra Tomasa.
- ¿Tú les dijiste? ¿Les contaste todo? ¿También saben lo nuestro?—Pregunta Carlos Aníbal y Blanquita asiente, con un movimiento de cabeza.
- No debiste hacerme esto...

Abandonan la costa. Avanzan por la cinta de asfalto a más de cien kilómetros por hora. El espíritu cálido de la costa brota naturalmente del paisaje e invade a viva fuerza el vehículo, como si buscara apoderarse del alma de los pasajeros. ¿Con qué propósito? Para que vivan siempre en el verde paraíso... de manera simple y natural...

El cielo blanco-gualdo-espeso es una esponja fabricada de viento que deja pasar la luz: es una luz filtrada y aceitosa, que a ratos se torna verde, en un mimetismo perfecto con la vigorosa vegetación. Atrás

quedan los manglares tortuosos saturados de fango, los cocos de hojas plumiformes, las coronas blancas de los algodóneros, las ceibas de macizos troncos erizados de espinas, las balsas de grueso tronco y flores largas y estrechas.

Martín está inquieto, su cuerpo tiembla y quiere huir. A lo lejos se divisan aún las puntas de flecha de las cañas guaduas, los guaripos, las majaguas, los arrayanes, los guayacanes y los guarumos, con sus hojas plateadas por arriba. Un hato de reses, de pelaje rojizo, sesteá a la sombra de unos árboles de pan, de hojas maravillosas, impregnadas de sueños. Martín mira las vacas, desde la ventana y siente un impulso irresistible de saltar y unírseles, para subir a sus lomos y buscar garrapatas.

El camino es largo, fatigoso, cansado... pero Martín no pierde un solo instante su vitalidad. Salta de un lado al otro, dentro del vehículo; sus curiosos y ávidos ojos devoran el paisaje con voracidad insaciable.

Finalmente, la sierra con todo su brillante esplendor: las pencas de enormes espinos, que defienden celosas las chacras de los campesinos; los enormes árboles de troncos gruesos y arrugados, que otean el horizonte; las cumbres y picachos cubiertos de nieve, en meditación trascendental eterna y, de vez en cuando, los rojos ponchos de los indios que manchan de sangre el pajonal.

En Aloag, el automóvil vira hacia la derecha. El ingeniero desea concretar la compra de las tejas vidriadas, para remplazar algunas que se habían quebrado en la casa de La Isla, en Quito y terminar el inverna-

dero que construye morosamente, para su Alexandra.

Al llegar a Latacunga se ve forzado a detener la marcha. Llega volando una bandada de gordas y blancas palomas, impecables en sus delantales de popelina barata, cargadas con sus canastos tejidos de carrizo:

- ¿Queso de hoja, mi señor? ¿Cuánto le sirvo?
- ¡Llevará las allullas... están calientitas!
- ¡Huy, miren! ¡Un mono! ¿Es mansito, señor? ¿No muerde?
- ¡Compre, vea señor, las ricas allullas para el monito! ¡Muerto de hambre parece que está! — Carlos Aníbal compra dos fundas de allullas.
- A mí también, señorcito, cómpreme. A mí también hágame el gasto. Yapadito le he de dar.

La enorme fila de vehículos permanece estática a lo largo de la avenida. Algunos choferes exasperados vician el aire con los sonidos estridentes de las bocinas, pero todo es inútil.

Al escuchar que llevan un mono, varios curiosos se bajan de sus vehículos, para ver al animal. Entre éstos hay dos gringos, que miran con peculiar atención a Martín.

- ¿Do you see Bob?
- Yes. It is amazing. It is unbelievable. ¡Look at the expression in his eyes!
- I bet this monkey can even speak.

- Look Richard, watch carefully at the shape of that monkey skull.
- It is a human mesocephalus skull. I do not have doubts.

Los gringos, entusiasmados con Martín, se aproximan hasta la ventana y uno de ellos, pregunta al ingeniero Pinto:

- Excuse me sir. Do you speak English?
- English? Yes, but just a little.
- Is that your monkey? I guess it is yours...
- Are you selling that animal?
- No. It is not for sale!
- We can give you five thousand dollars. —El ingeniero Pinto hace una mueca burlona. Luego sonrío...
- How about... ten thousand...
- I am sorry. It is not for sale.
- What a pity. What's his name?
- Martín.
- Martin. That is clever. Like Dean Martin.
- Can we take a picture?

La conversación se prolonga. No hay prisa. El tránsito está detenido. Los gringos explican que son ingenieros de la NASA. Dicen que no han traído sus cámaras fotográficas. Ruegan al ingeniero que aguarde unos instantes y espere por ellos al llegar a las insta-

laciones situadas a la mitad del Cotopaxi. Como no tiene apuro, Carlos Aníbal Pinto accede al pedido. Finalmente los gringos se despiden y el ingeniero se baja del automóvil, para mirar qué es lo que ocurre.

El paso está cerrado: una de las casas antiguas, de adobe y teja, ha colapsado y los escombros bloquean el paso. Las personas han formado una barrera infranqueable. Entonces llega el grupo de albañiles y se inicia la tarea de limpieza.

Los astutos peones se organizan rápidamente. En un periquete, dos de ellos arman como tres o cuatro espuertas para transportar los cascotes.

Otros, suben los materiales hasta el balde de un camión, utilizando una árgana improvisada. Es tan destartado el artilugio que, ni charnetas tiene, de tal suerte que los brazos de tabla de monte se mueven como por milagro, apenas sostenidos por retorcidos y oxidados alambres. Eso sí, adornos no le faltan a la rústica grúa: unos cuantos perendengues lucen a los dos costados, a más de sendos gallones pintados de rojo, y al frente un marbete con esta inscripción:

AUTOMATIC CRANE
Made in Latacunga

Para abatir el polvo, meten los ladrillos resacos en un tonel lleno de agua. Las burbujas nacidas por el violento recalar, emergen raudas desde el fondo de

la lata: el ruido de mil abejas brota alegre y se esparce por el aire.

Después de una hora se reinicia el flujo vehicular.

El automóvil del ingeniero Pinto avanza, con dificultad, hasta el cruce y desde allí se dirige hacia el barrio La Victoria.

Cuatro alfareros pisan el barro con sus pies descalzos; tres acomodan las vasijas, los maceteros y los tiestos; cinco viejos, en fila, preparan adobes; dos mujeres desdentadas dan forma a las tejas, las acunan con sus manos, sobre primitivos moldes de madera; seis niños semidesnudos, de abultados bien-tres, corretean, asustando a los pollos y gallinas. Martín lo contempla todo, fascinado.

- ¿Cuántas tejas necesita, ingeniero? —pregunta uno de los hombres.
- Cincuenta —responde Carlos Aníbal. Tengo que cambiar todas las rotas. Las que llevé hace dos años resultaron malas. Se quebraron fácilmente: ni siquiera resistieron el paso de los gatos. En cambio, la teja cuencana es de primera...
- Yo, por mi parte, debería estar agradecido a esos animales. Mientras ellos rompan más y más tejas, nosotros tendremos trabajo. Ya nadie construye. Las cosas andan mal. Poco, muy poco se vende. Cuarenta, cincuenta tejas al día, a lo sumo. Solamente compran teja para cambiar las que se rompen con el tiempo...

.....

Finalmente logran salir de Latacunga. El automóvil sube la empinada cuesta del Cotopaxi. A la entrada de la NASA, los gringos le hacen señas para que se detenga e ingrese con ellos. Los "americanos" son muy gentiles, le enseñan las instalaciones, las curiosas curvas y perfiles, que se desplazan silenciosas sobre las pantallas de los computadores. Toman fotos de Martín, que se ha sentado frente a un telescopio, como si estuviera absorto, mientras mira las estrellas. Después van a la cafetería. Destapan una botella de whisky y brindan por su salud. Luego traen *hot dogs* y ensaladas. Como se ha hecho tarde, le ofrecen una habitación de huéspedes. Allí pernoctan. El ingeniero está borracho, pero no se desampara de Martín.

Al siguiente día, luego del almuerzo, mientras Carlos Aníbal Pinto se despide de sus solícitos anfitriones, Martín, entusiasmado quizá por el pulcro verdor del agua, se zafa de los brazos de su amo, que lo mantiene cautivo, y corre hacia un estanque, que lo invita irresistiblemente con su belleza cándida, que contrasta con el resto del sólido paisaje de montaña. Allí, entre unas flores lilas, descubre un tesoro. Es una tortuga inusual. No, miento: se trata de una joya de cristal rutilante. Queda perplejo ante el hallazgo. Los gringos corren, para evitar que el simio dañe a la tortuga. Pero antes de que ellos se lo impidan, ya la ha tomado delicadamente entre sus manos. La voltea y contempla atónito y asombrado los curiosos dibujos que ésta lleva estampados en su concha. Sin soltar su preciada presa salta y chilla, mientras señala insistentemente hacia el cielo...

Los gringos se quedan con la boca abierta.

.....

El camino desde el Cotopaxi hasta Quito se torna inesperadamente intransitable. Los indios han cerrado las carreteras con palos y piedras. Ocultos detrás de los pencos amenazan lanzar enormes piedras a los que tratan de romper su cerco. El humo negro de las llantas ardientes se eleva hasta el cielo, con un hedor asfixiante. ¿Quién sabe qué es lo que piden ahora al gobierno? Últimamente se han vuelto belicosos y exigen con violencia se atiendan sus demandas. En este país está cobrando fuerza el dicho popular que dice: “Guagua que no llora no mama”. El gobierno atiende solamente a los grupos que exigen sus demandas a la fuerza: cerrando carreteras, bloqueando el acceso a las ciudades, cortando los servicios públicos o violentando los comercios de los pacíficos ciudadanos.

De trecho en trecho, los soldados descienden de los vehículos militares y levantan los obstáculos.

La claridad del día muere irremediablemente. Los altos pinos permanecen impávidos, recortados en negro, como gigantes dispuestos a dar la gran batalla.

Roberto y Martín

Roberto no lo esperaba. Ni por idea se le cruzó por la cabeza que su padre llegaría esa noche. A eso de las diez, el muchacho permanecía aún sentado frente a la pantalla de su computador. ¿Qué escribía? ¿Qué complicadas ecuaciones resolvía? ¿En qué pensaba? ¿Quién podría saberlo?

Tan concentrado estaba en sus estudios que, no escuchó el ronco sonido del motor, ni el chirriar de las llantas, al entrar el automóvil en el garaje. No se había dado cuenta que su padre ya estaba en casa. Por eso se estremeció al escuchar los gritos de desesperación de su madre. Sin pensarlo dos veces fue hasta el gabinete donde su padre tenía las armas. Tomó una, se cercioró que estaba cargada y subió, veloz, como un comando. Abrió la puerta del dormitorio de una patada y estiró el brazo, el pulso firme, la mirada atenta.

Su madre estaba subida sobre la cama, su mirada era de pánico. El terror se reflejaba en su rostro y casi ya no podía gritar. Frente a ella, un hombre alto y fornido le acercaba un peludo y repugnante animal.

— ¡Quietos! —Le gritó. — Retírense lentamente hacia atrás... o es hombre muerto.

Fueron segundos de tensión. Alexandra se quedó estática, sin decir palabra. El ingeniero Pinto obedeció... e hizo bien. El padre y la madre conocían el carácter nervioso e impulsivo de su hijo. Carlos Aníbal permaneció con los brazos levantados, sosteniendo a Martín, que pugnaba por bajarse al suelo. Estuvo rígido;

contuvo su respiración, como si fuera una estatua de bronce, hasta que su hijo lo reconocía. Entonces chocaron los ojos del padre y del hijo y se restableció el equilibrio.

- ¿Ya puedo bajar los brazos? —Preguntó y esbozó una sonrisa.
- ¡Papá! ¡No sabía que eras tú!
- Quiero decirte dos cosas. La primera y la más importante: te portaste como todo un hombre, al defender de esa manera a tu madre. Tuviste coraje y decisión, pero no te precipitaste. Te felicito, hijo. En realidad, pudo haber sido algún ladrón o asaltante, el que intimidaba a Alexandra. La segunda: este es Martín, tu nueva mascota. Quiérole mucho, cuídale, es un animal muy inteligente.
- Qué grande y hermosos estás, Martín. Los dos nos vamos a divertir de lo lindo.

Martín, como si hubiera comprendido perfectamente lo que el muchacho le estaba diciendo, frunció las jetas y contestó:

- ¡Hicc! ¡Hicc!

Roberto puso el seguro en el arma, la dejó sobre el velador y tomó en sus brazos a Martín. Sintió su suave y cálida piel, palpitante y llena de energía. Miró los ojos vivaces, que se clavaron en los suyos, con evidente curiosidad.

- ¡Hum! Pesas una tonelada pero eres lindo, Martín. Te voy a querer mucho. Ninguna huella te ha

quedado en tu pata, como consecuencia del accidente en la montaña. Estás en excelentes condiciones.

- Hicc, hicc —Dijo Martín.
- Préstame atención, Martín. —Le dijo Roberto, mirándole a los ojos. Un solo Hicc para decir que “sí”. Dos Hicc, Hicc, para decir “no”. ¿Entendiste?
- Hicc —contestó Martín de inmediato. Entonces Roberto le dio un abrazo y unas palmadas en la espalda.
- No lo puedo creer. Debe ser una casualidad... Cualquiera podría hasta pensar que esa bestia ha respondido correctamente.
- Mami, bájate ya de esa cama. No le tengas miedo. Míralo, hasta habla. Pobrecito, debe estar cansado del viaje. Seguramente tiene hambre. Vamos a prepararle algo de comer.

Alexandra saltó de la cama y fue a la cocina, sin decir palabra. Estaba evidentemente muy enojada. Es más, sus ojos rutilaban anegados en llanto. Habían sido estériles sus súplicas. No toleraba al espantoso y repugnante animal que Carlos Aníbal había traído. Fue directo al baño y allí se encerró, porque una náusea seca le cortaba hasta la respiración.

.....

Roberto había construido, años atrás, una casucha de madera bastante confortable. Destacaba en ella una

amplia ventana con cortinas y una puerta, con el cerrojo colocado hacia el exterior. En su interior, un colchón, un columpio, y un foco. Allí durmió Martín, vencido al fin por el sueño y el cansancio.

Y el mono habló

Martín está triste. Se lo ve acurrucado en el fondo de la casucha de madera, con los ojos casi cerrados, como si solamente quisiera dormir. Allá le llevan fruta fresca que él rechaza. La verdad sea dicha, el pobre animal siente nostalgia. Extraña el verdor de Esmeraldas, el calor pegajoso del aire y la luz agresiva. Pero por sobre todas las cosas, extraña a Blanquita Quiñónez...

Han pasado ya tres días y Martín no reacciona. Al cuarto día el mono cambia, se aferra a la vida, devora la papaya y el banano que le trae Roberto. Se deja acariciar por él.

En un descuido salta de sus brazos y trepa velozmente al techo de la casa. Desde allí lanza las tejas a la calle. No hay quien pueda controlarlo. ¿Se acuerda el mono de los infelices alfareros de La Victoria? ¿Desea con esto ayudarles, para que puedan vender más tejas vidriadas? ¿Quién puede penetrar los oscuros laberintos de su primitivo pensamiento? Los destrozos que hace, alarman al vecindario.

- ¡Es una fiera! —Grita una vecina, desde la ventana.
- ¡Cuidado, ese animal está con rabia! ¡Hay que matarle! —Protesta airado un taxista que se baja de su automóvil y gesticula desde la mitad de la calle como un poseído. Una gruesa teja ha golpeado contra el guardafango de su vehículo y lo ha hundido. — ¡Alguien tiene que pagar por los

daños que me ha hecho ese mono enloquecido!
¿Quién es el dueño de la bestia?

- ¿Se habrá escapado de algún circo? — Se pregunta así mismo una vieja que pasa rauda, en su silla de ruedas.
- ¡Yo tengo una escopeta! Este rato la traigo y de un solo tiro bajo al energúmeno. — Comenta otro vecino y corre en busca del arma.

En medio de la confusión, Roberto sube al tejado y rescata a su mascota, antes de que alguien le haga daño.

A regañadientes, Alexandra se compromete a pagar al laxista por los daños causados y todo queda en paz.

Conforme pasan los días, Martín se acostumbra a su nuevo estado. Los mimos y cuidados de su nuevo amo lo amansan.

Por fin puede Roberto traer a sus amigos, para que constaten que él no miente, para que vean con sus propios ojos que él sí tiene un mono de verdad.

Los muchachos se quedan asombrados al verlo. El animal les cautiva. La primera vez que lo conocen, Martín se encuentra en el dormitorio de Alexandra, sentado plácidamente sobre la alfombra rosada. La mujer no está en casa y el mono lo sabe. Por eso se permite invadir el espacio prohibido. Parece, en verdad, un hermoso peluche, primorosamente construido por un artista. Su rostro es dulce y apacible; su porte jovial; lustrosa y limpia su piel; vivaces sus ojos. En fin, todo un mono maravilloso. Se deja que-

rer fácilmente. Es dócil y aprende rápidamente los trucos que le enseñan.

Casi todas las tardes llegan nuevos muchachos a conocer a Martín. Le traen golosinas y juguetes y él recibe los obsequios con visible emoción. Ahora Roberto es un muchacho popular y sus compañeros se pelean por estudiar con él. No se trata solamente del mono. En realidad es una persona diferente. Ya no es el ser huraño y mezquino de antes.

Hablan del mono en el colegio y se interesan vivamente por la biología, la genética y las mutaciones. Piden a sus profesores que les dicten conferencias extra curriculares sobre estos temas. Ellos mismos buscan información en los libros.

- Miren, aquí encontré algo — dice Sebastián, amigo de Roberto, que se ha vuelto un ratón de biblioteca.

Los muchachos se amontonan, para escuchar cuál es la novedad. Sebastián apenas puede sostener entre sus manos el grueso tomo de la Historia del Mundo, de José Pijoan e inicia la lectura, en voz alta:

- La evolución es siempre progresiva: no hay fenómenos de retroceso. Una vez que se ha modificado un órgano, un hueso, para hacerlo más apto a la vida... no se vuelve atrás, no se pierde aquella conquista.
- ¡No jodas! — grita Francisco, con impaciencia. ¿Qué tienen que ver esas pavadas con nuestro Martín?

Frente al contundente argumento de Francisco, los muchachos restan importancia al hallazgo de Sebastián y le dejan solo, pero él nuevamente los vuelve a reunir y a incentivar su curiosidad:

- ¡Esperen, esto es colosal! No todas las partes del organismo evolucionan con la misma rapidez: hay elementos que se anticipan.
- ¡No jodas! —argumenta nuevamente Francisco.
- ¡Espera, deja que nos explique! Vamos, Sebastián ¿Qué tiene que ver eso con nuestro Martín? —Pregunta Patricio.
- ¿Se han fijado en las manos de Roberto?

Los muchachos se quedan como petrificados. En una oscura esquina descubren a Roberto. Avanza en la lectura de dos libros, al mismo tiempo, mientras sus dedos se desplazan nerviosamente por el papel, en zigzag, como si pudieran impregnarse autónomamente de palabras, diagramas, ideas y conceptos.

- Si, sí, es fantástico...
- ¿Cómo puede Roberto ver en esa penumbra?

Cierta tarde, Roberto y sus amigos miran, en un programa de televisión, los experimentos que realizan los científicos de los Estados Unidos con gorilas y orangutanes. Comprueban, de manera directa, cómo estos antropomorfos son capaces de memorizar colores; de asociar diferentes tipos de alimentos con símbolos impresos; de efectuar operaciones aritméticas o de seleccionar con acierto las teclas de una computadora. Estas demostraciones les cautivan.

De inmediato inician el entrenamiento intensivo de Martín. No conocen las reglas básicas, pero las inventan, las sustituyen con su imaginación y tenacidad. Asombrados comprueban la velocidad de aprendizaje del simio y su extraordinaria memoria.

Por otro lado, Martín se identifica totalmente con los jóvenes. Espera con impaciencia que lleguen del colegio. Siente sus pasos y corre a su encuentro, saltando y chillando de alegría.

Los jóvenes utilizan botones de colores para enseñarle a sumar y el mono aprende, sin tardanza y de buen grado. Es ágil para el cálculo. Les gana a todos en las sumas. Él mismo trae la caja de botones y la abre ante ellos, para que le adiestren y le muestren otras relaciones novedosas.

Los jóvenes le enseñan las vocales y Martín las reconoce, pero no puede pronunciar las letras y ellos se ríen de sus inútiles esfuerzos. Entonces Martín se aleja avergonzado y se niega a salir de la casucha de madera. Solamente los mira a través de las cortinas. Pero el resentimiento le pasa en un instante y retorna. Se esfuerza nuevamente por pronunciar la «a», pero de su garganta solamente sale un sonido amorfo, casi un chillido de angustia.

El entrenamiento continúa; los símbolos y analogías se amplían y se manejan cada vez con mayor eficiencia.

También los muchachos han aprendido a chillar y a saltar como monos y conocen los gestos de ira y los

arrumacos de cariño. Ellos también inflan las jetas y se golpean el pecho con los puños cerrados.

De esta esta manera, pronto encuentran la forma de comunicarse con él; la forma de conocer qué le gusta y qué no le gusta. Se ha tendido un fascinante puente entre el mono y los muchachos.

Pablo trae el Ramayana. Se trata de una edición antigua, primorosamente ilustrada, con grabados perfectos. Martín, sentado sobre una silla, escucha la célebre epopeya y se entusiasma con las hazañas de Hanumat, el príncipe de los simios.

Al terminar la lectura, los muchachos toman sus portafolios y mochilas, buscan sus sacos y avanzan hasta la puerta. Martín sabe que se marcharán y se pone triste. Lo ven avanzar hasta uno de los rincones, con la cabeza gacha. De pronto, en un arranque de impotencia, Martín les grita:

— ¡Nooo jodannn! ¡Hicc, hicc!

Todos ríen. Todos están felices. Todos festejan la broma de Martín. Todos menos Alexandra que tiene que dar de comer a tanto vago.

Frente a los sabios

Por supuesto, la noticia causó conmoción. Los muchachos del Benalcázar, de todos los cursos y paralelos, acudían con sus padres y hermanos al hogar de Roberto, para rogarle que les permita mirar al prodigioso animal.

Luego de confirmar entre los estudiantes una y otra vez la veracidad de los rumores, un grupo de profesores decidió visitar la casa. Con manifiesta circunspección examinaron a Martín, que nada decía, cohibido como estaba de hallarse entre tanta gente. Racionalistas como eran, habían llevado grabadoras y filmadoras para registrar su encuentro con el fenómeno.

— Me dicen que tu nombre es Martín —dijo el profesor de Álgebra — y que sabes hacer cuentas. Vamos a hacer una prueba contigo.

Abrió su portafolio y extrajo un ábaco de colores. Martín miró el curioso objeto y se puso a saltar de alegría.

— Mira —continuó el profesor. — Aquí, en esta primera fila, he separado tres bolas rojas y en esta segunda fila, separo dos bolas rojas. ¿Cuántas bolas he separado en total? Para darnos tu respuesta utiliza la tercera fila.

— ¡Hicc! — respondió Martín.

Tomó el mono el ábaco entre sus manos y separó cinco bolas rojas, en la tercera fila. Mostró a todos el resultado y los presentes aplaudieron la hazaña.

A su vez, Martín le propuso al maestro una prueba. Separó en la primera fila una bola roja, una blanca, una azul, una amarilla, una verde y una naranja, en el mismo orden en que se hallaban colocados estos colores en el ábaco. En la segunda fila tomó una bola roja, dos blancas, tres azules, cuatro amarillas y cinco verdes. Finalmente, en la tercera fila, ubicó dos bolas rojas, seis blancas, doce azules y veinte verdes. Hecho esto, devolvió el ábaco a su dueño.

— Es increíble—dijo el hombre. — Me parece que le divierte jugar con integrales.

Para comprobar su teoría separó en la cuarta fila seis bolas rojas, veinte blancas y sesenta y dos azules. Luego de esto entregó el tablero a Martín, que lo contemplaba con gran atención. El astuto mono completó rápidamente las cuatro bolas blancas que faltaban y retiró las dos azules que estaban demás.

— Señores —manifestó, sin más preámbulos, el matemático—. Por mi parte, otorgo con gusto el grado de bachiller, en cálculo, a este ilustre macaco.

— ¡Un momento! —Protestó el profesor de literatura, conocido entre los alumnos como «torero», por su forma de vestir, su peculiar corte de pelo y su forzado acento a la española. ¿No dicen que este animal habla? Entonces que nos plantee un aforismo.

— ¿Ssse meee piddde un aforissmo? —Dijo, de inmediato Martín y miró a todos de uno en uno, como si los estuviera examinando en el fondo de sus almas—. Essstá biennn. ¡Hicc, hicc!

Ssziem-prrre al que piddde le asissste el derechoo a recibirrr. Antaño se essscribió: «El que ammma el pe-ligro, en él perrrecerá». Hogaño, proclammmo sin ressservas, que el riesssgo y el periclitarr son hermanoss mellizoss de todo avannnce, de toda in-novvvación. ¿No es éssste el mundo de los valientesss?

— ¿Y esa tu gaya ciencia, dinos, dónde te fue otorgada? —Le preguntó, en tono burlón, el profesor de filosofía.

— Yooo solo busco y amo la verrrdad. —Replicó entonces Martín y dio dos volteretas sobre la alfom-bra. — Mi lámpppara es aúnnn pequeña, pero su luzzz, no fatua, alumbrá librrre y so-ssegada a los que a mí se acercan. ¡Hice! La adu-laciónnn detesssto y no busco agradarr. No es miel lo que te ofrezzzco, sino la hiél amarga. Ni fabriqué metáforasss, ni en apretadoo verso te fue dado el connncepto. El arteee del trovador es nnnoble, pero a veces engaña o tan solo enntretiene. Por el contrario, ásssperas, quizzzá durasss, te suenann mis palabras. No ha ssido ni ssserá su parrrtera, la gaya ciencia.

— Habla con gracia para ser macaco. —Comentó el profesor de cívica y la acercó su micrófono al hocico. — Dime, ¿qué opinas de la política?

— Que loss políticosss hannn llegado a do-mmminar el difícil aaarte de chalanear. Tal es la asstucia de los políticoss que, con éxito vennden al pueblo gato por lieebre, corrrdero

por león o gallooo hervvvido por lechuzzza de Minerva. ¡Hicc!

- Explícanos, si puedes, cuál es la diferencia entre «querer» y «poder». —Le dijo entonces un joven de penetrante mirada, que dictaba historia y lo es-taba observando con escepticismo.

Martín lo miró de hito en hito, como si hurgara la respuesta en el propio cerebro del muchacho. Se rascó la cabeza y le dijo:

- ¡Hicc, hicc! Essscúchame con atención, porque solo hablaaré una vez para ti. Dessspués toma tu propia determinaación. Hay cossas que el hombre quieere, annhela, dessea, pero no pueede: éstasss le esstimulan a esforzzzarse, a ser imaginativo y creador. Existennn, sin embargo, ha-zzzañas que el hombre pudiera emprender, pero no se atrreve, por temoor o reecelo, y éstasss le matannn.

Hasta altas horas de la noche estuvieron los intriguados maestros intercambiando opiniones con el sabio macaco. Le formularon mil y una preguntas y, con asombro, llegaron a la conclusión de que efectivamente se trataba de un prodigio.

- Algún trastorno en la cadena hereditaria debe ser la causante de un proceso acelerado de mutación. Estamos frente a un caso irrefutable de evolución acelerada, por etapas. —Opinó el profesor de biología—. En este caso, el cerebro y la configuración de la garganta han experimentado un cambio mucho más rápido que el resto

de los órganos. Como todos pueden comprender, éste es un ser inestable.

- Comprendo —Argumentó el profesor de química—. En la tabla de Mendeléiev es posible comprobar la posibilidad de crear nuevos elementos al bombardear los ya conocidos y cambiar su estructura. Lamentablemente su vida, quizá debería decir su existencia, es corta... casi fugaz. ¿Y qué me dicen del trifluoruro de cloro (Cl F₃) que se utiliza en los propulsores de cohetes? Esta es una sustancia altamente inestable y peligrosa.
- Pero... un momento... ¿No sostiene usted en uno de sus artículos, que existe la posibilidad de que todo provenga del átomo de hidrógeno?
- Sí, lo sostengo, pero también encuentro fascinante la existencia de átomos y compuestos inestables.

Cansado ya de tanta pregunta y discusión, deseoso de dormir y descansar, sin mucha cortesía, Martín abandonó la sala, no sin antes decir sus últimas palabras:

- ¡Ya... nooo jodannn! ¡Hicc, hicc!

El secuestro

Siete novenas seguidas hizo Blanquita al santo desconocido, que fue bueno y milagroso con ella en el pasado. Santo que trajo de regreso a su amante. En el pasado le sirvió, pero esta vez el bendito se resistía y permanecía sordo a sus plegarias. Día tras día se postró ante la rígida estatua, mas todo fue en vano. El amor de su vida permanecía lejano, impávido ante su constante lamento, indiferente y ajeno ante su mortal soledad.

Horas y horas pasó en la oscura capilla, con los ojos fijos en la estatua. La peana ya no le parecía primorosamente tallada y hasta le entraron dudas de que ese amarillo de huevos podridos con el cual estaba cubierta fuera verdaderamente oro.

Una mañana de finales de abril caminaba la muchacha por la veredita angosta, rumbo a la iglesia. Le llegaba el aroma de los almendros en tenues y agradables oleadas, pero en lugar de causarle felicidad, le embargó una profunda tristeza. Quizá se sintió atormentada al comparar su soledad con lo exuberante y pleno de la naturaleza, que se extendía por la selva y el río, en incontables y voluptuosos abrazos. Al llegar a la puerta del santuario se detuvo, como si dudara, como si su fe hubiera flaqueado o hubiera enfermado de muerte... Alguien había dibujado la «firma del diablo» en el suelo, con una tiza blanca. Ella, sin darse cuenta estaba pisando esa maldita firma, con sus pies descalzos. La muchacha miró el dibujo, como arrobada. Miles de recuerdos de la infancia re-

volotearon como pájaros a su alrededor. Finalmente, levantó con rabia la cabeza y apretando los puños, restregó con rabia la maldita firma, hasta borrarla e ingresó a la iglesia.

En un arranque de ira y despecho, la muchacha increpó a viva voz al taimado y mojigato personaje. A gritos le sacó en cara su incompetencia y le demandó que le devuelva todas las velas que le puso y las oraciones que le rezó. Pero como el santo permanecía tieso e indiferente a sus demandas, de un certero manotazo lo derribó al piso y allí quedaron esparcidos los pedazos de yeso.

Nadie se atrevió a detener a la muchacha. Avanzó ella por la mitad de la nave central, erguida la cabeza, con los ojos inyectados en sangre. Abandonó la iglesia y no volvió jamás.

.....

De tarde en tarde la visitaba Romualdo y Blanquita salía a conversar con él. El pretendiente le llevaba flores, dulces, pañuelos de seda y le juraba su amor, sin ocultarle su lujuria. Ella le escuchaba, sin dar esperanza alguna a sus requerimientos. Pero el hombre se mantenía terco, decidido a doblegar su resistencia.

Igualmente una tibia noche de mayo, mientras caía una fina llovizna y croaban las ranas, detrás de los crotos, la muchacha permitió que Romualdo la tomara de la mano. No esquivó sus dedos finos al cálido contacto de las callosas y lúbricas manos que la apretaban con trémulos espasmos.

Al contemplar los saltones ojos del negro le pareció que estaba frente a ella un enorme batracio, pegajoso y húmedo, pero domado y esclavizado, a su entero servicio. Estuvo a punto de reír, de burlarse cruelmente, de abandonarle allí, de dejarle con la palabra en la boca, cansada ya de tanto ruego inútil. Pero en lugar de esto, se le acercó, casi hasta rozar sus senos con el mojado cuerpo del muchacho y en un susurro, casi misterioso, le preguntó:

- Romualdo... ¿U'té, verdaderamente, haría cualquier cosa que yo le pida?
- Sí, Blanquita... cualquier cosa.
- Quiero que vaya a Quito y me traiga de vuelta a Martín. E'toy e'trañando mucho ese animalito.

No se habló más del asunto. Salió para Quito, con uno de sus amigos: negro y mal encarado como él mismo. Por la noche, ocultos entre las sombras, igual que ladrones furtivos saltaron la tapia y avanzaron sigilosamente por el contorno de la casa, tratando de localizar el sitio donde se mantenía cautivo a Martín. Nadie se percató de su presencia, excepto Malú que los miraba fijamente con ojos rutilantes, desde su estratégica posición, en lo alto de su columna favorita.

Pronto descubrieron los negros la casucha de madera pintada de color amarillo y se acercaron sin recelo. Allí estaba Martín. Romualdo acarició su piel tibia y tersa. Lo tomó entre sus brazos y huyó.

A pesar de los maullidos de Malú y de sus insistentes golpes a la ventana de Roberto, nadie sintió en la casa

el menor ruido. Dormidos, como piedras, dejaron que los negros se salgan con la suya.

Una vez que tuvo a Martín en su poder, regresó Romualdo a la casa del ingeniero. Trepó fácilmente por el enrejado de los ventanales, hasta el segundo piso y vio a su enemigo, que dormía con su esposa. Con la hoja de su machete forzó la aldaba de la frágil ventana y entró. Levantaba el negro su machete y lo hacía zumbar en el aire.

- ¿Y ahora, mariconcito? —Le decía con sorna, al ingeniero— ¿Po qué no se levanta? ¿Po qué no abre lo' ojo' y se me hace el dormío. Vamo', enfrénteme, di'pareme con su pi'tola, si se cré varón. ¿A qué le teme'? ¿A mi machete? ¡Jamá le mataría con machete! Con e'to si... con e'te puñal le de'pacharía fashilito al otro lao...

Un ruido en la ventana, maullidos de cien gatos negros que pugnan por entrar. Malú y su escuadra de félicos carnívoros pusieron fin a la sangrienta burla. El negro se esfumó en el acto y no se le volvió a ver jamás.

Corno un resorte liberado de súbito, saltó de la cama el ingeniero Pinto. Tomó su Smith & Wesson y descargó seis tiros en la oscuridad de la noche.

A partir de esa maldita noche, Roberto empezó a soñar que se convertía paulatinamente en un ángel y que adquiriría poderes celestiales. Pero esto no era un asunto fácil, porque dos demonios estaban allí, para impedir que él continúe y persevere por la recta senda de la perfección.

A la mañana siguiente, encontraron el cuerpo lívido de Malú, en la mitad del jardincito. Una bala perdida le robó, de golpe y para siempre, sus siete elásticas vidas...

Los tormentos de Martín

Todo héroe, todo personaje mítico, está condenado al tormento. El tormento fustiga el cuerpo, pero purifica el espíritu. Es el sino de los predestinados y Martín no podía escapar a esta ley universal.

.....

Jamás supieron Alexandra y Roberto cómo pudo entrar el negro ni por qué razón se mofó y amenazó de manera tan humillante a Carlos Aníbal. Una duda malévolamente entró e hizo su nido en el corazón de Alexandra y los huevos del recelo incubaron lentamente, al tibio calor de su despecho.

— ¿Por qué razón ese negro solamente se llevó al maldito mono y nada de valor tocó o se llevó el infeliz? ¿Qué tienes tú que ver con esto, Carlos Aníbal? —Le preguntó mil veces, sin obtener respuesta.

Con el pasar del tiempo, los malos recuerdos fueron tornándose menos intensos, hasta llegar a desvanecerse, como ocurre con los objetos, a medida que la distancia las desdibuja y minimiza. Pero no se borraron solamente los dolorosos o angustiosos momentos. También, por desgracia, se perdieron las horas de dicha y ternura. La memoria no fue selectiva: el río desbordado lo cubrió todo, en su alocado empuje.

¿Quién se acordaba de Martín, de sus gracias y de sus travesuras? ¡Solo Roberto, a veces! Para el resto, era como si nunca hubiera existido, como si su paso no alcanzara a dejar huella alguna.

Alexandra, una vez, por mera casualidad, escuchó a una chola que vendía hortalizas en el mercado, ponderar las hazañas de un curioso animal, que se presentaba ocasionalmente en alguno de los pueblitos más remontados de Esmeraldas. El espectáculo era *sui generis* y dejaba a todos boquiabiertos: se trataba de un mono sabio, que tenía la virtud de resolver enigmas y adivinar la suerte.

.....

Luego de que Romualdo secuestró a Martín lo llevó a su casa en Esmeraldas y allí, con la ayuda de dos vecinos lo mantuvo oculto.

Un reforzado brete soldaron a su pie izquierdo. Al asegurar el denigrante cepo, le quemaron la piel y un olor dulzón invadió el entorno. Martín permanecía estoico. La ruin cadena le hacía aparecer como un vulgar prisionero.

Terminada la faena, se sentaron alrededor de la mesa inmunda y dio comienzo una salvaje cuchipanda. Los negros comían como animales, con las garras, vigiándose los unos a los otros, mientras gruñían feroces.

Trajeron luego un cubilete, colmado de repugnantes sobras. Pretendían alimentar a Martín como si fuera un cerdo. El hambre le corroía las entrañas, porque

nada había comido desde que lo raptaron, pero él permaneció digno, impertérrito y miraba con desprecio al que lo aprehendió y a los que le ayudaban: vulgares paletos, rufianes indignos, zotes sin cultura. ¡Que la roña los carcoma!

Nada de esto se sabía en Quito. Roberto, por supuesto, lo ignoraba todo. En realidad, tanto el ingeniero Pinto como Alexandra hasta habían olvidado ya a Martín. Solamente el muchacho, como ya se ha dicho, lo recordaba y guardaba celosamente en el fondo de su corazón el anhelo de volverlo a encontrar. Las horas vividas con el simio, sus cosas y sus travesuras se grabaron con fuerza en el alma del joven y éste, conforme avanzaba en edad y se tornaba independiente, solo anhelaba adentrarse en la Provincia Verde, con la esperanza de encontrar a su entrañable amigo.

John Wayne

Carlos Aníbal Pinto llega una tarde a su casa y a nadie encuentra. Su hijo ha pedido permiso para quedarse a preparar unos trabajos en la casa de uno de sus compañeros y Alexandra no ha llegado todavía a casa... Mira su reloj. Son ya las siete y media de la noche. Una sensación de vacío empieza a germinar en su estómago. El aire se ha vuelto pesado. La saliva, en la boca se le ha vuelto amarga. *«¿Dónde mierda se ha metido esta mujer? ¿Con quién está? Como si yo fuera un pendejo a tiempo completo, para no darme cuenta... ¿Están los dos en el propio consultorio poniéndome los cuernos? Nunca me cayó bien el tal Casares... Esto está pasando de castaño a oscuro»*. Mira por la ventana, una y otra vez. Sube y habitación. Abre los closets y lo revuelve todo. Quiere hallar alguna pista que le confirme su sospecha.

Camina por la sala y revisa los libros de la biblioteca: "El Navegante", de Pérez y Pérez, "In silenzio", de Pirandello, "Cantos de Vida y Esperanza", de Rubén Darío, "El fogonero y otros cuentos", de Kafka.

Sube al dormitorio, se recuesta en la cama y enciende la televisión: Un niño está sentado en el servicio higiénico y se asusta, porque el papel se ha terminado; su pequeño perro, astuto y veloz corre hasta otra casa, jala con su hocico un rollo que nunca se termina; a su paso queda una fina estela blanca: gracias a la resistencia de "Spot" se resuelve el problema. Un frasco de salsa de tomate "Los Andes" vuela y la espesa y viscosa sangre se vierte sobre una fuente de papas

fritas. Una negra lava ropa con jabón "Lagarto". Su cara desaparece detrás de una montaña de espuma. Dos hermanos se lavan los dientes con "Colgate", el tubo se transforma en una nave espacial, tripulada por el más pequeño.

.....

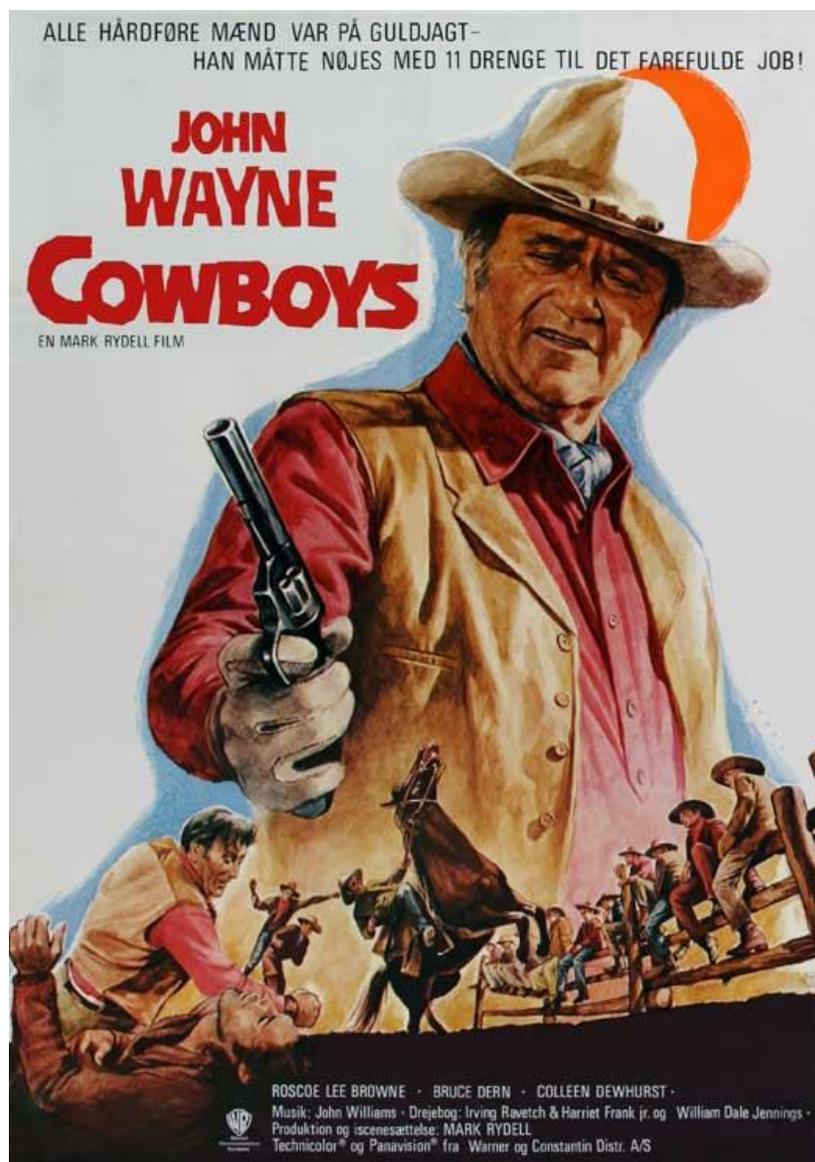
El tiempo pasa inexorable. La televisión continúa encendida.

Una chica, de minifalda y rostro, angelical anuncia con pícaro sonrisa el estreno del día:

John Wayne, en Cowboys

John Wayne vive en el rancho, cerca de Río Seco, con Bethy, su adorada esposa. La vida es simple y apacible. Es su costumbre abandonar la rústica casa, antes de que salga el sol y saludar con los vaqueros. A pesar de la engañosa y mortecina claridad de las frías madrugadas distingue las siluetas de los perros, que corretean nerviosos por el establo y de los hombres, que beben café o se afanan con las correas y los aperos.

— Hoy no podré ir con el resto. Me siento enfermo, sí, enfermo —dice uno de los muchachos, que llegó desde otro pueblo el verano pasado y se unió, sin problemas, al grupo.



— Tendrías que ir al médico, tu salud ha empeorado últimamente —comenta alguien con voz burlona, luego, escupe en el suelo.

«Que vaya donde el Casares, a ver si le cura ese matasanos»

John Wayne ensilla su caballo y junto a los vaqueros conduce las reses por el campizal, en dirección a la dehesa. Los hombres le respetan y confían en él. Saben que es derecho, recio y generoso. Conocen su valor, su arrojo, su puntería certera y la velocidad de su muñeca.

En Río Seco se detienen. Hay que tener cuidado con el tren. Solamente cuando el negro gusano de hierro parte en dirección hacia Palo Quemado, los vaqueros estimulan a las reses para que avancen, por el sendero del río. Ni el chirrido de las ruedas, ni los fogonazos que escapan de la locomotora, ni el estridente y agudo pito de la máquina, asustan a los animales.

John Wayne avanza al trote, como una figura de leyenda. El viento mueve rítmicamente su pañuelo, atado al cuello. El sombrero, ladeado a la derecha, le da sombra y le protege de la luz del sol que pugna por imponerse.

Las vacas y los toros conocen el camino. Desde el aire se mira una mancha negra y blanca, que se riega por la verde pradera. Los hombres saben que es inútil colocar los más fuertes y veloces ejemplares delante de la manada. Por eso seleccionan algunos y los llevan hasta la retaguardia, para que empujen y estimulen a los rezagados.

— Lo mismo tendríamos que hacer con los hombres, si queremos que todos avancen y nadie se quede atrás empantanado en la más absoluta miseria —comenta un vaquero y el resto festeja la ocurrencia, con una risotada.

En la dehesa, el hato se esparce y disfruta del pasto. Algunos terneros buscan afanosos la ubre de la madre. John Wayne los enlaza con una cuerda y los tumba sobre el prado verde-amarillento. Los hombres amarran las patas a los inquietos becerros. Los fierros, para marcar, se pintan de rojo frente al bailoteo sensual de la llama, que brota fácil de la chamarasca. El animal muge de dolor, se estremecen sus carnes, el olor a chamusquina se levanta y esparce, igual que el humo azulado y translúcido.

Al caer de la tarde, el color de las hojas se torna verdinegro. Una sutil mancha de sangre ensucia el firmamento.

John Wayne tiene prisa por llegar. Encarga el mando a uno de sus hombres y se lanza a galope por entre los arbustos de la colina, para acortar distancia.

Desde lejos contempla la quietud del paisaje, apenas rota por una leve columna de humo que emana desde la chimenea del rancho. Un caballo, atado a la entrada de la casa, anuncia la visita de un extraño. El vaquero ajusta inquieto las ijadas de su corcel, que sangran y manchan las espuelas de plata.

De una patada abre la puerta y ciego de ira, avanza como una fiera, hasta el dormitorio. Allí encuentra a su adorada Bethy, en brazos del amante. La Smith &

Wesson brilla como una joya en su mano. Dos ciertos disparos castran al intruso, que solo atina a decir:

— ¡No me mate, aún quiero vivir, sí, vivir!

El vaquero sale del rancho y camina sin rumbo. A lo lejos, mira como retorna lentamente la manada, entre nubes de oscuro polvo.

— ¿Qué ha pasado? —pregunta uno de los hombres, al verlo tan abatido, tan fuera de sí.

— ¡Que tampoco mañana podré ir a Palo Quemado!
¡Y quizá jamás pueda hacerlo!

Carlos Aníbal Pinto mira la hora en su reloj. Las nueve y media de la noche.

Se incorpora, visiblemente molesto. Más que molesto, está furioso. Su rostro demudado se ha vuelto cetrino. Comprueba que el tambor de su revólver esté completo. Da un portazo y sale.

La búsqueda del padre

Cuando Carlos Aníbal y Alexandra se separaron, todo se vino a pique. Ya nada era igual que antes en la casa de la Isla. Roberto permanecía solo y vagaba como un sonámbulo por la casa vacía. Prácticamente vivía del pasado. Se alimentaba de los recuerdos. Carlos Aníbal Pinto se dejó dominar por el despecho y quedó aplastado, sin comprender por qué se precipitaron las cosas de esa manera.

— Nunca me cayó bien ese tal Casares —Le dijo a su hijo, una tarde de esas, cuando más deprimido se encontraba—. Siempre desconfié de sus modales afectadamente corteses para conmigo, de su hipócrita sonrisa, de sus ademanes amanerados... ¡Es increíble, tu mamá y el doctorcito! ¿Qué pudo haber visto Alexandra en ese fulano?

Un buen día, Carlos Aníbal dejó de ir a la casa y nadie supo cuál era su paradero. Roberto lo buscó por su lugar de trabajo, por las casas de sus amigos, por la de familiares cercanos, pero ningún rastro pudo hallar de él. Dio parte a la policía, visitó la morgue, mas todo fue en vano. Se le tragó la tierra.

Sin saberlo por qué, un día tomó Roberto una curiosa determinación. Se marcharía a Esmeraldas. Allí, supuestamente estaría su padre. ¿En Esmeraldas? ¿Cómo así? Era tan solo un presentimiento, pero se aferró a esta corazonada, como el náufrago a cualquier cosa que vea flotando en la inmensidad del océano. Allá, en esa cálida y húmeda tierra... abrigaba la esperanza de encontrarlo...

A eso de las ocho de la noche subió al bus y se tumbó sobre el asiento de corosil. Media hora más tarde partió el vehículo.

.....

Finalmente, luego de ocho horas de un traqueteo exasperante llegó a Esmeraldas. Allí estaban: el mar, el sol y los árboles; los negros y sus marimbas; la lujuria del paisaje y... eventualmente su padre. Saltó del vehículo con la ilusión del que visita por primera vez una ciudad o un pueblo del que le han contado historias fantásticas.

Pero la capital de la provincia resultó ser un caserío miserable. Ni siquiera existía un buen cine. Aún los burdeles eran de mala muerte.

Primero lo buscó en los hoteles. «*Si está aquí, si permanece en esta ciudad, debe dormir en algún lado — pensaba—*. *No tiene otro lugar adonde ir*». Al no obtener pista alguna, recorría sin rumbo fijo restaurantes, bares, cabarets... «*¿Qué otros sitios frecuentan los hombres adultos?*».

El pavimento, de un color negruzco, pesado y pegajoso adquiere vida propia y se mueve dolorosamente bajo sus pies, salpicado de úlceras fétidas, de costras malignas. En los mercados, la atezada y gruesa piel de la calle expele un hedor insoportable: a pescados descompuestos, a cangrejos podridos, a naranjas laceradas, a vicio y pecado. Con el reverberar del sol, la brea se derrite y en el cerebro, aún las ideas más puras se contagian de misteriosas miasmas, se ensucian y transforman en malsanas premoniciones.

El cansancio deviene en sed y la sed en despecho, Todo esto es un ejercicio inútil, que exaspera, que agota el cuerpo, que tortura el alma.

A pesar de todo avanza, por cumplir con un deber filial que le devora el corazón: encontrar a su padre y abrazarle, decirle que no está solo ni abandonado, que tiene un hijo que le ama. Lleva con él la fotografía de un hombre bien plantado, de ojos duros y severos, con el sombrero de paja ladeado hacia la derecha; y pregunta a los recepcionistas, a los meseros, a los porteros o a los conserjes si lo conocen, si lo han visto alguna vez. Así llega un buen día, al caer de la tarde, a «La Tortuga de Acuario».

- ¿Qué si lo cono'co? —dice Tobías, que fue en un tiempo el negro más guapo y más bobo de todos, mientras muestra sus dientes blancos y ríe con sorna—. ¡Claro que lo cono'co muchacho! Ese de'graciao fue el que le rompió el corazón a nue'tra Blanquita. Ese mi'mito tiene la culpa e tó...
- ¿La culpa de qué? —Pregunta el muchacho, ávido de tener noticias de su padre—. ¿A qué Blanquita se refiere?

Entonces Tobías se sienta a la puerta de la «La Tortuga de Acuario» y, sin malicia alguna, lo cuenta todo. De principio a fin, como si tuviera todo el tiempo del mundo, le relata dolorosas historias. Le revela la forma en que llegaron Blanquita y el ingeniero Pinto, hasta su restaurante y albergue improvisado, en un brioso y sudoroso caballo bayo; la leyenda de Martín, el mono más bribón del mundo; el asedio del negro

Romualdo, panzón y patizambo como una rana; las novenas de Blanquita, su llanto y su desesperación; el triste cautiverio de Martín y la forma en que lo domaron, hasta convertirlo en una repugnante y abyecta criatura; el cambio inconcebible de Blanquita, sus pecaminosas relaciones con cientos de desconocidos, que la llevaron noche tras noche a la playa y la hicieron bailar borracha y desnuda, a la luz de las lámparas de gasolina; la estúpida fuga de Blanquita y Romualdo, en una lúgubre noche en la que los grillos se amontonaban en pestilentes masas a las puertas de los dormitorios; la alucinante muerte de Candela, que corría encendida como una antorcha y cayó de bruces, con espasmos tormentosos inenarrables en la mitad del patio; la fuga de Lorenzo, en compañía de El Tolete, El Zambo, El Chulla Tripa y El Santa. La forma en que los encontraron muertos, en uno de los esteros, atados las manos hacia atrás, vendados los ojos, acribillados brutalmente, por un supuesto escuadrón de la muerte.

- ¿Qué si yo cono'co al señó ingeniero? ¡Claro que lo cono'co! Y si tú, muchacho, en algo aprecia' tu vía, no debería' andar preguntando por él... porque ya tú ve' cuánta' de'gracia' te puéen ocurrí si te topa' alguna vé con ese sujeto...
- ¿Y usted, señor Tobías, sabe dónde se encuentra ahora ese sujeto?
- ¡Claro que lo sé, muchacho! ¿Tú conoce' un turgurio e mala muelte al que le han pue'to el pomposo nombre de «Rincón Cuba Caliente»? ¿No ha' io nunca po ahí? ¡Que gueno! Dio te con-

serve así: inocente y puro como un muchacho bueno y sano... Entonce' tampoco habrá' oído habló de una tal... Viviana Espinoza Chalá... Ayí, mi'mito, en la casa de esa maldita zorra vive ahora el ingeniero. Ya no trabaja, como Dio' manda. Se pasa echao en la hamaca, bebiendo agua-e-coco con ron. Si... tóoo lo' día bebe agua-e-co-co con ron, y dicen que la puta le cuida y le mantiene.

Roberto no quiso escuchar más. Estaba confundido, como si le hubieran dado un martillazo en la cabeza. Se marchó, cobijado por la oscuridad de la noche. Se acostó y esperó con paciencia la llegada de sus demonios.

Al siguiente día, Roberto fue por el sendero de la playa, hasta la casa de caña guadua, donde le habían dicho que hallaría, sin lugar a dudas, a la bailarina más famosa del «Rincón Cuba Caliente». La luz blanquecina del sol se cernía a través de las espesas unbes y las olas del mar emitían una especie de gemido lastimero. No fue necesario llegar hasta la destartalada construcción. Desde lejos pudo ver la barriga hinchada y velluda de un hombre blanco meciéndose en la hamaca: un sombrero de paja le cubría los ojos y, al parecer, rodaba por el arena un viejo libro: "El Castillo", de Kafka.

La casa del sueño

La playa de Atacames se extiende plácida, como una perra cansada de corretear a sus anchas. La arena es gris y a causa de esto quema las plantas de los pies, si no ha sido mojada por el agua del mar. No aparecen barcos en el amplio horizonte, ni lanchas ni siquiera canoas de pescadores. El aire es tibio y, a pesar de ser ya las cinco de la tarde, el cielo permanece claro y sereno, como si lo hubieran tachonado de zafiros. Muy cerca del borde, donde rompen las olas, han construido un hotelito de dos pisos: «La Concha Prieta». Allí se hospedan dos jóvenes hermosos: Gloria y Roberto.

La noche llega de a poquito, como si tuviera pereza de cubrir todo con su manto translúcido.

Junto a Gloria Roberto, Junto a Roberto Gloria. ¿Inseparables como el día y la noche? Gloria es una morena guapa que levantó el chico blanco en la playa hace un par de semanas. Ella se siente feliz de estar con él, de vivir con él. Él, por el contrario, permanece apático, como si viviera en un mundo distante.

Desde la ventana del hotelucho, miran los dos muchachos las oleadas de gentes que salen a la calle, después de las siete de la noche, para disfrutar del viento fresco y saludar con los amigos. Los hombres van con sus mujeres y sus hijos. Las parejas se desplazan confiadas, con las manos entrelazadas. Los niños pequeños permanecen pegados a sus madres... como si aún no se hubieran desprendido del cálido vientre.

Roberto, aburrido como una ostra, abandona la ventana y se recuesta sobre la cama rústica.

- ¿Ya quiere' dormir? —Le pregunta Gloria, sumisa como un perro.
- ¡No tengo sueño! —Contesta Roberto, con hosco acento. —¡Hay demasiada luz!

Gloria cierra las puertas de la ventana y las recias puertas de madera rechinan... La oscuridad de la noche penetra por los resquicios y pinta todo de negro mate.

Con Gloria puede hablar con entera libertad. Ella le escucha en silencio, en la misma forma que lo hiciera si él le estuviera leyendo un cuento. Jamás muestra asombro. Diga lo que diga el muchacho, ella permanece callada, como si todo fuera normal o cotidiano. Tampoco es curiosa: no abre su boca para preguntar cosa alguna. Casi siempre permanece acostada en la cama, desnuda, como Dios la trajo al mundo: no por lujuria sino por pereza y porque el calor resulta sofocante.

Gloria —dice Roberto—. Casi he perdido la capacidad de dormir. ¡Qué placentero, por el contrario, el sueño de mi niñez! ¡Qué dulce y reparador arrimarme al tibio cuerpo de mi madre y sentir sus grandes y amorosos brazos cobijar mi cuerpo!

El insomnio se ha vuelto crónico y debido a esto el joven permanece nervioso e irascible. Cuando rara vez le invade el sopor, se remonta ¿en cuerpo y alma a lugares extraños, penetra en ciudades construidas con materiales viscosos, translúcidos, del color del

ámbar. « ¿Se habrá utilizado la noble cera de las abejas para fabricar esos entramados opresores? » piensa, entonces Roberto—. « ¿Se habrán compactado los detritos de hormigas para nivelar esos pestilentes caminos? » Los edificios que mira en sus sueños fantásticos son miserables y al mismo tiempo son terroríficos.

- Gloria — le dice, tomándola de la mano, en la oscuridad de la habitación—. Frecuentemente medito en la vida, como un fenómeno general y también en mi propia existencia. Me reconozco desde siempre como un ser solitario en medio de parajes sombríos. ¿Es este el mísero destino del hombre? ¿De qué me sirven las facultades que he logrado desarrollar? Ver en la oscuridad, como si fuera un gato, para nada me consuela; por el contrario, constituye un tormento en las largas noches de insomnio. Leer al mismo tiempo dos libros, o disponer de hipersensibilidad en las manos, tampoco colma mis anhelos.

Le es difícil distinguir el sueño de la vigilia: se funden estos dos estados, de tal manera y con tal fuerza que ha empezado a creer que sus sueños han vencido y constituyen ahora la total realidad de su existencia.

- Gloria, ¿aún me escuchas?

Sin abrir los ojos, Gloria mueve la cabeza afirmativamente.

- Anoche me invadió el maldito letargo: vi en mi pesadilla dos demonios que discutían. Uno de ellos, viejo y enteco, vestía un traje negro ceñido

al cuerpo, como de hule o de goma. Sus movimientos, a pesar de su edad, eran elásticos, veloces, igual al de un animal acuático. El otro pretendía ser un fraile roñoso escapado del convento, pero ignoro cuál pudiera ser su congregación porque sus hábitos y capucha eran carmesí. Lo que más me inquietaba era la constitución de su cuerpo: acuoso o cristalino. No acierto a diferenciar la estructura de su materia. ¿Es posible soñar en colores o solo en blanco y negro? —Gloria nada le responde—. Tengo la seguridad de que esto es totalmente factible. Lo constaté en ese instante: los colores eran brillantes, nítidos, perfectos y las imágenes tan cercanas y sólidas que podía tocarlas.

Gloria abre los ojos y dulcemente le atrae hacia sí. Quiere que se acueste a su lado, que le abrace.

- ¡Espera! —Le dice él—. ¡Escucha lo que te cuento! El monje carmesí tenía el cuerpo recio, pero transparente como si fuera de agua o quizá de cuarzo. Podía distinguir las líneas de cristalización, los ángulos geométricos que forman sus aristas emitían luces fúlgidas. Los dos demonios han venido solamente a tentarme. Pero no pueden contra mí. Dicen estos pestilentes farsantes que habrán de tentarme igual que a San Antonio. «*Todos los demonios —me dicen— hemos escapado del infierno, pero permanecemos atrapados en un bosque de acacias, de cortantes y angulosos troncos. Las hojas de estos árboles son cuchillas de acero, en acecho*». Me imploran que yo vaya y los guíe para escapar de este nuevo

tormento. Juran que si los complazco me reconocerán como a su nuevo rey.

Roberto saca un revólver y lo levanta.

- ¿Sería' tú capa' de matarme? —le dice Gloria y abre sus ojos; sonrío sin miedo, como si todo se tratara de un juego de niños.

Roberto se acuesta y se entrega a ella. Se hunde confiadamente en su océano. Siente su calor y la fuerza pujante de sus olas. Después, desfallece, pierde potencia. Un dulce cansancio le impide todo movimiento y se deja llevar por el sueño.

Pero el sueño es traicionero, reiterativo, maniático. Roberto está condenado a evolucionar más rápidamente que el resto de los hombres. Su destino: transformarse en ángel o en dios o en un demiurgo. Y allí están los demonios para impedirle que avance. Lo quieren retener donde se encuentra y a cambio de su renuncia prometen proclamarle como su nuevo líder. Todo le ofrecen: el mundo y la carne y la salud. Como al Fausto de Goethe le presentan en bandeja de plata la juventud eterna.

- ¡La juventud eterna!

El sueño es tan claro y los demonios están tan cerca de él que puede oler la fetidez de sus alientos. Allí está el monje roñoso. Lo reconoce. De su garganta emanan sonidos guturales espeluznantes y la baba le chorrea de su boca desdentada. Esto le molesta pero nada hace por separarse y huir, porque está cansado y débil. El diablillo le pregunta en secreto, pegando sus labios a la oreja izquierda de Roberto, si le agrada

la idea de ser un maldito y sumiso ángel. El muchacho no sabe qué responder y se queda en silencio, vencido, resignado. Esto le atormenta porque está seguro que más tarde lamentará aún más no haberse desembarazado de una vez por todas de ese yugo asqueroso. Hace un esfuerzo supremo por liberarse. Su corazón late con tal fuerza que puede estallar de un momento a otro. Lucha por despertar, por huir de esta escena detestable y en este afán, su cuerpo da saltos en la cama, de manera autónoma.

Está bañado en su propio sudor.

— ¡Basta! —Increpa a los personajes de su pesadilla— ¡No conseguirán desesperarme!

Grita, pero los demonios no le oyen, o fingen que no le escuchan. « *¿Debo insistir? ¿Vale la pena tratar de convencerlos? ¿Si están dentro de mi sueño, dentro de mi cerebro, no son mi propia creación? ¿No tengo comando sobre mis creaciones? ¡Vaya dios, provisto de tan poco poder! ¡Vaya ángel en tan lastimero estado! ¿Y ustedes, pequeños diablitos, pueden verme? ¿Me oyen? ¿Pueden adentrarse en mis pensamientos? ¿Es acaso mi voluntad capaz de influir sobre lo que hacen y dicen estos pseudo-personajes-oníricos? ¿Por qué no? Estos insignificantes y ridículos seres del infierno y hoy del bosque de las acacias, son tan solo una apariencia. No existen, solo adquieren una especie de vida que roban de la mía. Si yo despierto ellos mueren, desaparecen. ¿Pero entonces, por qué su recuerdo me atormenta, al despertar? ».*

Roberto ve como se acerca de manera furtiva el fraile transparente. Tiene su cara tan cerca de la suya que

podría contar sus arrugas. El transparente clérigo barbotea y él escucha su voz como si saliera de un fonógrafo:

— Le aseguro que no soy culpable. Es más, usted nos parece un joven muy correcto e inteligente. Me cae usted muy bien. Tiene un encanto personal, un carisma que envidiarían muchos políticos. El problema es que usted no nos toma en serio. Casi hemos llegado a pensar que usted nos ignora, que no estaba siquiera escuchándonos. Sin embargo, usted debería valorar, debería apreciar nuestros consejos. Usted ya no es un simple mortal, está en un proceso acelerado de mutación ascendente, de evolución. Su parte espiritual avanza mucho más rápidamente que su parte material. No solo eso: su materia se deteriora y pronto tendrá que abandonar ese cuerpo débil y agotado. ¿Qué hará entonces? ¿Qué puede hacer un pequeño dios desorientado? Dígame: ¿Qué hubiera hecho ese Martín, ese mono que usted guió, que usted educó, sin sus cuidados y los de sus amigos? ¿Cómo habría aprendido todo lo que aprendió? Lo hizo por amor. Y ahora que no está con usted, que no aprende de usted y de sus buenos instintos ¿qué es de Martín? Yo lo he visto: es un mono vicioso, un pobre mono viejo, que ha perdido todo encanto y ha acumulado toda clase de perversión.

Entonces Roberto descubre que puede leer el pensamiento de este monje cristalino y que le es dado controlar sus acciones, como si fuera un juguete. Está se-

guro de su nuevo poder y esto le da confianza. Sí: es su pesadilla y la puede modificar.

« *Ahora lo entiendo todo. La cúspide, en el devenir, la tranzamos y la alcanzamos cuando somos capaces de vencer a nuestros propios demonios*».

Le ordena al fraile que piense en Bethoven, en su música magistral y el eclesiástico se transfigura:

— ¡Es el más grande genio de la música! — Dice el exaltado religioso, y a través de sus ojos es posible mirar una orquesta sinfónica de mil músicos y Roberto se deleita con la novena sinfonía.

Vira el rostro y ve al viejo esquelético, tirado en el suelo, inerte, como un despojo.

— Despierta! — Se ordena a sí mismo. — ¡Despierta, Roberto, Robertito, Robertón y no te angusties más: tus pesadillas han terminado para siempre!

En los sueños pasan cosas extraordinarias.

¿Y Gloria? Tendida sobre la cama duerme a pierna suelta.

Roberto, Robertito, Robertón se levanta sin hacer ruido. Se pone la camisa, se ajusta el pantalón, sin despertar a nadie y abre las puertas de la ventana, para que penetre a raudales el aire salino de Atacames.

El mono sabio

La noche, preñada de pesadillas y malas premoniciones ha quedado atrás. La mañana es cálida y hermosa. Invita a la pasión y al desenfreno. Gloria y Roberto se bañan desnudos en el mar, se abrazan y se besan, orgullosos de sus cuerpos, plenos de vitalidad.

Han decidido pasar todo el día en la playa, de bruces sobre la arena, quemándose al sol. Pero antes, quieren tomar agua de coco y jugo de tamarindo en una fuente de soda, frente a la sencilla plazoleta central.

Mientras disfrutan del sabor y el perfume natural de los refrescos, pueden mirar desde la mesa el ir y venir de los vendedores, así como el esporádico y errático paso de los vehículos.

El agua del mar es deliciosa.

.....

Por la tarde viajan a Esmeraldas en los camioncitos descubiertos pintados de colores vivos.

En el parque 20 de mayo, entre los árboles, brilla discretamente la estatua de Luis Vargas Torres, el joven mártir del liberalismo.

En un barcito que ha colocado mesas y sillas al aire libre se sientan Gloria y Roberto. Gloria pide un jugo de naranja y Roberto una cerveza helada. Los dos observan con curiosidad la llegada de un camión en cuya plataforma destaca por lo insólita una jaula de hierro, dentro de la cual se agita con desesperación

un mono, al que ¿sus dueños? han vestido de paisano, con colores chillones. Es en realidad un animal grotesco, feo, medio calvo y de torvo mirar.

La jaula ha sido construida con módulos desmontables, de tal suerte que puede ampliarse o reducirse, según sea el capricho o la conveniencia del operador. Si se tiene tanta facilidad, como se advierte ¿por qué razón se ha elegido la peor de todas las alternativas? ¿Por qué se ha armado esa jaula con el mínimo número de elementos? Esto evidentemente resulta incómodo y penoso para el que está dentro. ¡Hay maldad en esa decisión, perversidad, ánimo de torturar, de aniquilar!

Una negra preñada, con su barriga descomunal semi desnuda, aparece de no sé dónde. Mientras imparte sus órdenes a voz en cuello, arrastra de la mano a un negrito patizambo, que lloriquea sin consuelo.

— ¿Y a u'tede', qué le' pasa? ¿Van a quedarse allí, sentado', con la' mano' cruzada' ? ¡Bajen al mono!

Varios hombres, con trajes de una sola pieza del color de la gualda, al escuchar los gritos de la mujer, saltan desde la cabina. Apresuradamente bajan al simio y cubren su estrecha cárcel con una amplia manta de terciopelo plagada de flores y pájaros extraños.

La gente curiosa forma un círculo alrededor de los recién llegados. Algunos de los tipos de amarillo se entretienen en preparar y dejar listas las conexiones eléctricas que les permitirán más adelante utilizar su sistema de iluminación y los parlantes. Otros, bajan

un pizarrón de lata, en el que se ha escrito con caracteres claros, en fondo negro y letras blancas:

Romualdo y Blanquita:
Compañía Nacional de
Espectáculos
P R E S E N T A
EL MONO
PARLANCHIN
¡No se lo pierda!

Este cartel es colocado en el sitio más visible, evidentemente con la intención de promocionar algún tipo de acto circense. Con increíble rapidez, se arma una carpa de tamaño medio y se guarda en ésta al fenómeno, para que la gente no lo moleste.

Aún antes de que abran la ventanilla, desde la cual se venderán los boletos, hay un buen número de personas que hacen fila para comprar las entradas.

— ¿De qué se trata todo eso? —Pregunta Roberto con curiosidad al dueño del establecimiento: un gordo medio ciego, calvo, sudoroso y arrugado.

- ¿No lo sabe? —Dice incrédulo el vejete.
- No, pero quisiera que usted me lo explique.
- Bueno, mire. Es el mono parlanchín, como está escrito en el anuncio que usted ve allí.
- De acuerdo, pero ¿qué hay con eso?
- Que ese aparente y peludo bruto ni es torpe ni irracional. ¡Realmente habla! No solo eso. Razona, contesta las preguntas que le formula su dueño con rigurosa lógica y hasta diría yo, de manera sabia y ocasionalmente poética. Este animal hasta conoce de memoria el cuadrivio.
- ¿Cómo? ¿Qué dice que conoce? —Inquire Gloria, con cara de boba.

Parsimoniosamente, el viejo panzón saca un empolvado y antiguo libraco y muestra un dibujo:

Aritmética	Música
Astronomía	Geometría

- ¿No ha visto nunca un cuadrivio? Mírelo.
- ¿Está usted seguro —pregunta el muchacho, en tono burlón— que ese macaco domina la aritmética?
- En efecto. Conoce al dedillo las cuatro operaciones: la suma, la resta, la multiplicación y la división. Se trata de una criatura asombrosa.

- ¿Y... también sabe geometría, y... todas esas materias que usted mostró en el libro?
- ¡Sí, por supuesto que sí! Por increíble que parezca, cada día se presenta un espectáculo distinto. Las preguntas nada tienen que ver con las que se han formulado en días anteriores. Cada vez es más alto el nivel intelectual al que llega. Desde luego, este es el espectáculo más cotizado en Esmeraldas y todos pagan con gusto por entrar y mirar con sus propios ojos este prodigio. Sin embargo, le advierto que el costo de la entrada es bastante elevado. Imagínese que hay quienes han llegado a vender hasta sus electrodomésticos para conseguir el dinero...

« Ese monstruo deforme, viejo y desgarbado no puede ser mi Martín. Por otro lado, ¿quién que no fuera él puede hablar, quién que no fuera él puede calcular y reflexionar? »

Roberto hace un gesto con la mirada, que Gloria no capta ni entiende. Él tiene que levantarle de la silla a la fuerza y decirle al oído que desea ver el espectáculo. Por lo tanto, pagan la cuenta, cruzan rápidamente la calle y se paran en la fila de espera.

Se confunden con los cargadores, que portan gruesas sogas de cabuya; con los lustrabotas que han ido con sus banquillos de madera y miran desconfiados la sucia cortina que oculta el interior de la tienda; con las muchachas del Colegio Margarita Cortez, que no pueden disimular su nerviosismo y buscan inútilmente ocultar sus faldas de cuadritos celestes y blancos, para no ser reconocidas; con las chicas del María

Goretty y los jóvenes del 5 de Agosto, que permanecen como lagartos al sol en sus uniformes de colores verde y blanco. Se entremezclan, en fin, con la más abigarrada de las muchedumbres.

A decir verdad, es insoportable el hedor nauseabundo que emana de los cuerpos sudorosos, apretujados, inquietos...

Al entrar, se sientan en una de las elementales bancas de madera dispuestas para el público, lo más cerca del círculo que seguramente ocuparían el cuadrúmano y su dueño.

Algunos muchachos aprovechan la ocasión para tratar de vender a los asistentes caramelos, chicles, tajadas de coco o refrescos. Los jóvenes los miran con una mezcla de asco y de pena.

Un reflector proyecta su luz densa, sucia, pesada, semisólida: una especie de red nerviosa que se arrastra por el piso y se queda como temblando en el centro de la rústica pista.

Dos de los asistentes inician un monótono redoble de tambores. Sus trajes amarillos les otorgan la apariencia de astronautas. El ambiente se ha vuelto tenso. Gloria busca nerviosamente las manos de su compañero y susurra a su oído:

— No tengo miedo. No, no lo tengo...

Traen la jaula. Está cubierta con la vieja colcha de terciopelo: los pájaros revolotean alrededor de las flores, en busca del néctar. Tan pronto como la depositan en el suelo aparece el director → animador → productor → dueño de este insólito espectáculo.

Su cara, extremadamente negra, brilla como un espejo en la semi oscuridad. Se ha vestido con un frac verde y luce impecable, aunque un tanto cómico. Se diría que está disfrazado de rana o de sapo: ajustada pechera, amplios faldones, vientre abultado. Enciende el megáfono y formula en un visaje teatral y repulsivo el siguiente discurso:

— Dama' y cabayero'. Todo' u'tede' e'tán a punto de presencia uno de lo' fenómeno' ma' importante' del presente siglo. En poco' minuto' ma', podrán amirá una criatura que confirma ciento por ciento la teoría evolucionista de Charle' Atla' Darwin. La entelequia que u'tede' conocerán, verán y e'cucharán, mitá be'tia, mitá humano, constituye en esencia la cadena perdida entre el hombre y el mono. Ruego al culto público mantené e'tricto silencio y sobre to orden y calma. Cualquier ruido excesivo, la ma' mínima imprudencia, alguna manife'tación que denote temó o falta de control en lo' graderío' pudieran provoca conducta' no desuada' en mi Maltín.

El hombre-rana hace una señal con su vara y la orquesta, conformada por dos tambores, una vieja corneta y una flauta, lanza al aire espantosos y estridentes sonidos, que se supone están destinados a crear un ambiente de peligro y misterio. Dos de los astronautas, así parecen los obreros de trajes amarillos, tiran de las cuerdas y se rasga la mugrienta cortina de terciopelo. Cesan al instante los ruidos inarmónicos de la orquesta y aparece el pobre animal de pie, fuertemente agarrado de los barrotes. Su rostro es inexpresivo y triste; sus movimientos lentos y

torpes, como el de alguien que ha dejado de luchar, ha perdido las esperanzas de recuperar su libertad y se ha resignado al irremediable y denigrante cautiverio.

— ¡Dama' y cabayero'! Con u'tede'... ¡Maltín, el grande!

El mono sigue con taimado temor y atención los movimientos de su dueño. Mira a su alrededor con indiferencia y, por un instante, como en un destello, le asalta a Roberto la convicción de que oculta algo. Que solamente finge sumisión, que en realidad busca la ocasión propicia para liberarse del poderoso y cruel influjo que ejerce sobre él su amo implacable.

El amo, ha captado también ese brillo especial en los ojos del prisionero. Roberto mira en su rostro cómo crece un vago asombro, una especie de duda...

Las amenazas del hombre-rana ya no surten efecto sobre Martín. El amo se esfuerza por reconquistar todo su poder, por doblegar a la bestia a la antigua sumisión. Golpea con el látigo la jaula, como si dentro de ella se encontrara un tigre de Bengala.

El mono, baja entonces la cabeza, sumiso y obediente. El amo abre la puerta de la jaula e ingresa. El animal retrocede aterrorizado. El hombre castiga cruelmente al simio, con su látigo centelleante. Le arranca trocitos de piel y a ratos brota la sangre roja, igual que los geranios lo hacen, de manera espontánea en todos los jardines. Roberto no puede soportar más, tanta injusticia. Se levanta y avanza resueltamente hasta la jaula. Ingresa en ella y trata

de arrebatarse el látigo que sostiene con brazo fuerte el negro. Roberto cae y el hombre lo golpea con su látigo. Un gusano violeta atraviesa de lado a lado el rostro del muchacho. Éste, ciego de ira, saca su revólver y dispara. Gritan los hombres, las mujeres y los niños. La gente se abalanza hacia la estrecha puerta de salida. Reina la confusión. Hay niños tirados en el suelo y la gente los pisa, en su loco desenfreno por abandonar la carpa. Martín escapa y los obreros de amarillo lo persiguen de cerca.

Nadie ha salido herido. El tiro solamente ha perforado la lona de la carpa. El hombre-rana-negro abandona la jaula. Pide, a gritos, que le pasen su machete, pero no le obedecen.

Roberto y Gloria salen de la carpa y miran, a lo lejos, a Martín, que huye veloz y salta, ágil y esbelto, por encima de los vehículos y los carretones de frutas. Mientras avanza, se despoja de las ridículas vestiduras y las va lanzando al viento. Va directo hacia la selva, hacia los árboles que tanto extraña, donde jamás podrán capturarlo nuevamente...

Finalmente se zambulle entre los árboles de mango, de embriagador perfume y mira absorto a los pájaros de largos picos que revolotean alrededor de las flores.

Y allá, en el parque central de Esmeraldas, la negra, permanece aún sentada sobre la vereda, con la mirada perdida en el vacío. Su hijo, a su lado, llora sin consuelo.

El juicio

Incoaron los monos un proceso en contra de Martín. Esto se hizo por disposición directa del Consejo. Casi de todas las regiones llegaron por cientos los simios de diferentes razas y especies a testificar o a enterarse de cerca sobre el juicio. Fue en realidad una verdadera fiesta que se prolongó durante semanas, plena de algarabía, chillidos y correteo. Ocasionalmente, y esto era inevitable, se armaban peleas sangrientas y pleitos que llegaron a generalizarse y causaron gran mortandad.

Por primera vez en la historia, se juzgaría a un mono, de conformidad con los códigos antiguos.

— Ya esstá conndennnado de annntemmano, ¡hic! —Decía uno de los entendidos en el asunto—. Lo del juiiiciio esss solamrnmentte una mera forrrmaaaliidadd.

La mayoría de los que llegaban de lejanas y exóticas selvas juraba haberlo visto, haber escuchado sus hazañas y sus dichos. Los jueces sabían que se trataba de embustes y mentiras, pero lo anotaban todo y mostraban satisfechos sus agudos dientes.

Al pie de unos guayabos instalaron una tarima y algunos troncos de árbol. Allí se sentaban los jueces y los escribanos. El libro era grueso, sucio, arrugado, manchado con el jugo de los mangos, las guayabas y la pulpa de los plátanos que engullían las autoridades judiciales.

La escritura era menuda, apretada, plagada de raros dibujos indescifrables, donde destacaban las estrellas y las cruces entre otros símbolos geométricos. Utilizaban canutos de fino carrizo para hacer los dibujos y trabajaban con paciencia, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para hacerlo. No sé de dónde sacaban la tinta, de un color sepia oscuro, que reposaba casi coagulada en cuencos de cocos maduros, similares a cráneos descarnados. De tanto en tanto, una mona encargada de la tinta, escupía en los cuencos y removía la mezcla con un palo. El infolio tenía ya quinientas páginas cuando dispusieron su captura.

Los esbirros salieron en su búsqueda y lo hallaron sentado, sobre la más alta rama de una corpulenta ceiba. Martín permanecía sereno, con la mirada perdida en lontananza, con el espíritu distante, sumergido en el enorme océano, que se extendía pacífico, detrás de los cocoteros. *«Enn reaalidaad... Haay razón enn todaa poesía: el maar ess una graan mardree gríss».*

No opuso resistencia cuando lo arrestaron. Quizá lo presentía, quizá hasta deseaba en el fondo de su corazón, que le llevaran finalmente prisionero, que se mofaran de él, que le aniquilaran de una vez, rápidamente. Había visto él mismo, cómo descuartizaron a dos monos y esparcieron sus miembros por la playa. *«Lo missmos pueedenn haaceer connmigoo».* Prefería la certeza del sacrificio a la perfidia rastrera e insegura o al odio contenido e hipócrita que adivinaba en los rostros de quienes se cruzaban con él y fingían no verlo.

Él mismo descendió del árbol, majestuosamente, y se entregó en silencio. Aún los tigrillos de monte detuvieron su paso y miraron su grácil figura, deslizarse por el tronco, casi sin rozarlo.

A pesar de esta voluntaria sumisión, los alguaciles descargaron, al punto, sobre él una lluvia de garrotazos infames. ¿Por qué lo humillaban de esta manera? ¿Por qué razón tanta saña y crueldad? Pero la muchedumbre de simios que miraba el infame espectáculo chillaba de insana alegría. La sangre brotó a borbotones por su nariz y boca, pero él no maldijo ni se quejó, ni siquiera miró con desdén a los que así lo maltrataban.

A rastras lo condujeron por entre las lianas, las enredaderas y las flores silvestres de colores vivos, que brotaban con fuerza inaudita a lo largo del húmedo sendero.

En un claro de la montaña se hallaba reunido el tribunal. Trajeron una piedra y lo forzaron a sentarse.

Una vez que lo vieron solo, con la cabeza gacha, vejado y vencido, indefenso y abatido, un tropel de monjas jóvenes se acercó y burlándose de él, le mostraban sus sexos y le hacían gestos indecentes.

- ¿Esss cierrrto que aún errresss virrrgen? ¡Hicc, hicc! —le decía una de ellas.
- ¿Nunnnca hasss conocido hemmmbra? ¡Mííí-raaameee! ¿No tte prrovoooocaaa? —le decía otra.
- ¿Parrra quiénnn te conssservas tan cassto? ¡Alzzza tus ooojo' ! ¿Toooddo e'tooóo pué se

tuyyyo, ammmorcittto? —comentaba con sorna una tercera.

Uno de los jueces ordenó silencio y dio lectura al auto cabeza de proceso. Tres horas duró la exposición del documento. Tres largas y cansadas horas, bajo el sol calcinante. La sed le arañaba la garganta y el reverberar del sol, como finos puñales buscaba partir en mil pedazos sus pupilas. « *¿Cuáándoo terrminaráá toodaa esstaa faarzaa. ¡Haay, mi caabeezaa! ¡Va a revvenntaar mi caabeezaa! Laa toortuugaa... ¡Haay que saalvaar a la toortuugaa! ¡Ess preeciisso devvolvveerla al maar...».*

¿De qué se le acusaba? ¿De haber hecho amistad con los hombres? ¿De haber aprendido su lengua? ¿De haber recibido su alimento?

Una vez que concluyó la lectura del auto cabeza de proceso, se dio paso a la declaración de los testigos. Éstos se agolpaban y brincaban alrededor de los jueces, para que los vean y los llamen a declarar. Cuando les llegaba el turno saltaban en medio de esa inusual algarabía y gritaban a voz en cuello su testimonio, gesticulaban e imprimían énfasis a sus palabras, con la esperanza de ser escuchados y aplaudidos por la muchedumbre.

- Yo sééé, de fuennntte connnfiaaableee, que el accussaddo aceppptó, ¡hic!, sinnn oppponner resssisstennncia, los alimmenttoss preeppparaadooos con sannngree.
- Me haaann diiichoo que coommióó la carrnee de avesss ¡hicc!, sssacrifficaa-

daaas poor loss hummmanooos, sin obbberrrrvarrr los ritttos. Naaada se dejjjó paraaa la mmmaddre tieerra.

- Cuennttaan que deeevvvoróó las cossttiii-llaaas y los mussslooosss de inooocennntesss y gorrdoos cerddosss. Hasstaaa laa gra-ssaaa, heerennciaaaa de la tieerraaa, fue enngulliida por su innnsaciaaablee y voraz apppeetiiitooo.
- Noo ressspppetóó ovveeejaaas, vaacaas saaagraadaaas, peeceeeesss de graacioosooo moooviiiiiienttto en laasss laaguuaas y otttroosss ttannnttos annnimmalesss.
- Esss reooo de sanngrre
- Diiiceennn que tommabaaa ceerveeezaaa.
- ¡OOOhhh!
- Diiiceennn que haaablaaa commmo loss misssmooosss deeeemmonnioosss, sii, commmo los huumannosss.
- ¡OOOhhh!
- Diiiceennn que haaace cááalcuuuloosss.
- ¡OOOhhh! ¡OOOhhh! ¿Quééé sonnn cááalcuuuloosss?
- ¿YYY ppporr quiieennn fuééé ammmammann-tttaddo? PPPoor, PPPoor unna hu hu hummanna...
- ¡OOOhhh! ¡OOOhhh! ¡OOOhhh!

Dos días con sus noches duró la declaración de los testigos. Durante la noche, los jueces fornicaron y durmieron a pierna suelta, pero no por esto se suspendió la audiencia.

En la mitad de la noche apareció el fiscal. Sus anchos hombros estaban cubiertos por una capa de terciopelo rojo. A la usanza de los ingleses cubría su cabeza con una peluca blanca, empolvada con harina de trigo.

- ¿Creenn usstedess, honnnoables magisttraddos, que este monno, hermanno nuesstro, naccido de las entraññas de una de nuesstrass hermannas, entiennde una palabbra, una sola palabbra de lo que aqqquí esstamos dicciendo? ¡NNNo! ¡NNNo entttien-de! ÉÉÉl sssolammmente esscucha chilliddos. Ha olvviddado nuesstra lenngua. Esse esss su mayyor crimmen. A él qué le habblen solammmente los hummmanos. Essa esss su lenngua...
- ¡OOOhhh!
- ¡RRReeeooo eeesss dddeee mmmuuerrrte!

En medio del desorden y la chacota los testimonios se multiplicaban, se tornaban repetitivos, se contradecían y anulaban, se reforzaban y ratificaban.

Al tercer día, desfallecido por el hambre, Martín se desmayó y cayó de bruces sobre la yerba.

- ¡OOOhhh!

— Dennle aguua y unnoss cuannnttoss pláááttannoss! —Masculló casi en un susurro el juez, que releía en ese momento los cargos.

De pronto empezó a agitarse la muchedumbre y se escuchó un solo grito:

- ¡Sennntééenciennnlo! ¡Sí, sí! ¡Que lo sennnteen-cien!
- ¡RRReeeooo eeesss dddeee mmmuuuerrrte!
- ¡Sennntééenciennnlo! ¡Sí, sí! ¡Que lo sennnteen-cien!
- ¡RRReeeooo eeesss dddeee mmmuuuerrrte!

Presionaron de tal modo a los jueces, que éstos no tuvieron otra alternativa que acceder y dictar sentencia condenatoria. Los monos querían la muerte de Martín. Querían desgarrar sus carnes con sus dientes y uñas y esparcir por la playa sus miembros ensangrentados. Era tan fácil destruirlo, ahora que se hallaba inconsciente, tendido sobre la yerba fresca.

- ¿Y quééé diiremmos al Connsejjjo?
- ¡Que seee suuublevóóol! ¡Que nooo acaaatóóo las óóórdennness!
- ¡Que no noss connviennne paaara naaadaaa la tan disscuttidaaa y temmmiddaaa evvvoooluución! ¡Que esstaaammos conntentoss y feeeliicees conn lo queee soomoss! ¡Que nooo queereemmoss cammbiarr!

— ¡Sennntééenciennnlo! ¡Sí, sí! ¡Que lo sennnteen-cien rááápiido, annntess deee queee dessspierrrte!

— ¡Esstááá biennn! ¡Esstááá biennn! —Dijo el juez principal. Reinó entonces un silencio profundo. Todos querían escuchar la sentencia.— Nooo-ssotross, los jueeeceess, lueeego de essscuuuchaaarr los teeesstimmonioss y de haaabeeer vissstooo con nuessstross prooo-pioooss ojjooss la connductta del reoo Marrtínn, lo conddenammoss a moriir dessspeddazzaddo, linnchado porrr loss queee aaquíí ssee haaallenn presssenttess, commmo essscarrmientto y ejempplo paraa toodoss loss monnos de la acttuaal y de lass fuuutturas gennneraa-cionnes. ¡Que sse ejeecutte de inmeddiato la sssenttencia!

Un sordo grito de júbilo brotó de las gargantas de los monos. Desde los árboles se vio descender una mancha ocre y negra, que saltaba y mostraba sus afilados dientes.

Prestos estaban a hundir sus garras y dientes en el cuerpo indefenso de Martín, cuando saltaron veloces como un rayo tres tigrillos y se llevaron el inerte cuerpo.

El retorno

Al terminar la novela entregué una copia a mis padres, a mi esposa y a mis hijos, para que me cuenten sus impresiones.

A Fernando le envié la obra por correo electrónico, para que la lea con Paola, su mujer.

Paola me escribe:

- ¡Veo que al fin usted ha dejado de meter la política en las cosas que escribe! ¡Esto me complace! A propósito, le envié copia de un artículo que encontré en el *internet*, relacionado con "la literatura y los procesos de aprendizaje". Creo que a usted le interesará el tema.

Fernando, por su parte, se ha preocupado de verificar todas las consistencias e inconsistencias de la obra. Él me envía, desde Corvallis, el siguiente mensaje:

- Papito, el Martín está muy interesante, aunque a veces confundes al lector. Todos los eventos están concatenados, pero separados en capítulos no necesariamente secuenciales. Entonces uno debe estar muy atento, porque si no, todo se vuelve un relajo.

Otra cosa, no pude entender cuál es el mensaje del libro. ¿Adónde quieres llegar? Debe ser que éste no está debidamente estructurado o que yo no lo entendí, porque leí la obra durante exámenes de final de trimestre y mi cerebro, ocupado en esos asuntos, pasó por alto algunos detalles.

Le contesté, de inmediato:

- Recibí la carta en la que me remites tus comentarios con respecto a Martín. Si a ti te parece que la novela está desorganizada y que el lector se puede perder, es probable que también otras personas compartan tu opinión.

¿Podrías tú, sugerir, una ordenación diferente para que la lectura resulte más fácil y fluida?

Creo que allí radica el problema.

En cuanto al mensaje. Debo confesarte que el tema es difícil.

Lo que quiero decir, pero no lo logro, es que la raza humana avanza, en un proceso de evolución continua.

Se trata de una evolución integral: física, intelectual y moral. Sin embargo, no estamos conduciendo nosotros mismos esta gigantesca y fascinante empresa, sino que fuerzas extrañas nos llevan de la mano.

Por otro lado, creo que la evolución es un «fenómeno global». De nada sirve que solo unos cuantos privilegiados hayan avanzado, mientras otros permanecen aún muy cerca de la edad de piedra.

Puesto que el mensaje debe ser sutil, busco transmitirlo a través de símbolos, no directamente, como si adoctrinara.

Pienso que debo trabajar un poco más en esto, con paciencia.

EXTRAÑO 1 — *Bueno, ya conocemos lo que ha dicho Fernando sobre esta novelita...*

EXTRAÑO 2 — *Veo que Paola se ha mostrado diplomática en sus comentarios.*

Susy, la compañera fiel y abnegada, tiene sueño. Cada vez que quiero leerle un libro se queda dormida prácticamente en mis brazos. Yo no sé cómo hizo ella para leer la obra. Quizá le picaba un poco la curiosidad. «*Qué estará escribiendo este hombre a estas alturas de la vida*», habría dicho... »

— Me gustó —me dijo, al terminar de leer.

Mónica, mi tercera y última hija, mi mimada ¿Pero acaso no son todos mis hijos mis mimados? ¿Ha heredado ella la pasión por la poesía, que a mí me arrebató? Lee, con Pablo su enamorado, en voz alta. Era de verles el uno al lado del otro, haciendo esfuerzos por pronunciar nítidamente cada palabra, como si ensayaran para locutores de radio. Los contemplé: gozaban y reían en este ejercicio; saboreaban las palabras; consultaban en el diccionario los términos arcaicos o nuevos... Más tarde hicieron algunas sugerencias y yo me puse feliz, porque para ellos escribo. Leían sin apuro, sin la curiosidad de saber cuál era el final de todo esto.

— ¿Por qué razón cuentas al inicio de la novela todo el argumento? —Pregunta María, mi segunda hija—. La gente pudiera perder el interés.

— Quiero matar, de un solo tajo, la malsana curiosidad: sí, la curiosidad que la gran mayoría de escritores experimentados utilizan como cebo para mantener la atención de sus reacios lectores.

Una semana más tarde, luego de haber leído detenidamente la novela, mi padre sube a verme.

— Mira, hijo —me dice—. Hay algunas cosas que han quedado sueltas. Es más: hasta encuentro una gran contradicción. Fíjate: al comienzo de la obra, tú señalas claramente que ese tal Martín se niega a retornar a la selva. Basta mirar el texto. —Abre el libro y lee—. "*En efecto, lo libera y le expone su plan, pero el mono ya no quiere regresar con los de su especie, le gusta lo que hace y vuelve sumiso a su jaula*".

— Padre mío —le respondo—. Debo haber cambiado como siete veces ese capítulo. Seguro que usted tiene alguna de las versiones anteriores. Bueno, esto no es lo más importante. Quizá lo de fondo es "el regreso de Martín" a una "civilización" de la que ya no forma parte. Según he oído, muchos son los que han visto, en Esmeraldas, a cierto mono sucio y sarnoso, que vagabundea por el mercado y se alimenta de los desperdicios que arrojan los comerciantes. ¿No es Martín ese pobre animal? Quizá sí, quizá no. Uno podría pensar que es él, dispuesto por su propia voluntad a vivir como un mendicante. A lo mejor, dirán algunos, que él ha regresado con los hombres, porque ha fracasado: no es acep-

tado por los de su especie y ha perdido la facultad para buscar por sí mismo el alimento.

- Si es así, como tú dices, es digno de lástima... o de desprecio.
- Padre mío. Mire este recorte. Se publicó en una revista científica internacional, como un caso insólito, hace como quince días. Un mono robó una valiosa tortuga, de las instalaciones de la NASA. Los técnicos no comprenden cómo pudo el animal burlar los estrictos sistemas de seguridad de este recinto y salirse con la suya. Esto no es todo. Lo interesante del caso es que la tortuga tenía un dispositivo electrónico que permite su rastreo y localización satelital. Esa tortuga está ahora en el Océano Pacífico. Libre, totalmente libre. ¿No fue Martín quien la liberó? Yo me inclino a pensar que sí. Si acaso fue Martín. Es que...

EXTRAÑO 1 — *Me parece una buena salida al asunto.*

EXTRANO 2 — *¿Tú lo crees? Zamacuco convierte en héroe al macaco. Trata de redimirlo ante nuestros ojos.*

EXTRAÑO 3 — *Pero ante los ojos de su propia especie lo deja como un traidor. ¿No recuerdan lo que dice el resto de monos? ¡Reo es de muerte!*

Mi madre, que ha permanecido callada, escuchando la conversación, me interrumpe:

- ¿No habrás perdido infamemente tu tiempo, hijo? —Me pregunta, con una mirada austera, que busca provocarme, al tiempo que me devuelve el texto.
- Madre —le respondo—. Yo también me he formulado esa pregunta. ¿Por qué escribir historias en el mundo contemporáneo? ¿No es ésta una sofisticada y hasta costosa manera de perder el tiempo? La gente prefiere la televisión, el cine o los deportes de masas. Son tan pocos los que aún se afanan en escribir o leer obras literarias... Quizá es para esos necios, nostálgicos del pasado, que he escrito esta obra, al puro estilo «zamacuqueano»: simple, poco complicado, directo, a veces hasta irreverente.

EXTRAÑO 1 — *Buena nota.*

- Dime, hijo —pregunta mi madre—. ¿Qué pasó con los pergaminos? ¿Todavía los conservas? ¿Has logrado desentrañar algo de su misterio?
- Hemos trabajado en esto, con un grupo de aficionados... Logramos traducir una parte de los papiros... Los que los escribieron, monos o humanos, no lo sabríamos decir, insisten de manera reiterativa que allí se relata «la verdadera historia de Martín». Sin embargo, de lo que hemos leído, podemos concluir que no se aportan elementos importantes, aparte de los que constan en la novela que papá y tú ya conocen. Por otro lado, se trata de una serie de historias sueltas, de episodios sin conexión, sobre unos

monos que se reúnen en el corazón de África y discuten acremente si les conviene o no evolucionar hasta convertirse en hombres. Allí se sostiene, por ejemplo, que Martín es enviado por una especie de Consejo Supremo Simiesco, para evaluar su proceso de aprendizaje, su adaptación y especialmente su conducta para con los de su misma especie. Otro asunto que decepciona es el del «árbol de la ciencia del bien y del mal». Según los autores, aún existiría este bíblico árbol. Es más: un privilegiado, aunque reducido grupo de monos sabría dónde está plantado y estaría alimentándose de sus amargos frutos, pero guarda celosamente este secreto hasta que el Consejo lo autorice.

- Me parece interesante... me gustaría leer esos documentos... Ahora, dime hijo, ¿has logrado descifrar el enigma que te propuse?
- Me parece que sí.
- ¡Te escucho!
- La interrogante ¿qué es el mono para el hombre? se debe cambiar a: ¿qué es el hombre para Dios?. El dibujo de mi abuelo explica que el ser Supremo abre para la humanidad, tomada en su conjunto, el camino de la perfección integral, a través del proceso vida → muerte → vida. El clavel destrozado por un arma de fuego, significa, que el hombre puede destruir irresponsablemente todo este plan.

- Has hablado sabiamente, hijo —dijo mi madre, luego me abrazó como cuando era un niño y me besó en la frente.

EXTRAÑO 1 — Aunque no comparto con el trasfondo religioso y místico de Zamacuco, pienso que él tiene razón. Él nos dice, a través de todas estas metáforas, que el proceso evolutivo de la humanidad no debe dejarse, como hasta ahora, al azar. Que es nuestra responsabilidad el imprimir una dirección correcta y dinámica a esta fascinante aventura, a través del tiempo.

EXTRAÑO 2 — Para mí no está tan claro el asunto. Si Zamacuco considera importante el camino de la perfección, ¿por qué razón condena al ingeniero Pinto a vivir el resto de sus días con la tal Viviana Espinazo Chala, una putita de mala muerte...?

EXTRAÑO 3 — Porque para él no es importante la evolución de una sola persona, sino la de toda la humanidad.

Los extraños

Los extraños han decidido reunirse, por última vez, en un bar, localizado en el centro de Esmeraldas. El solícito camarero trae tres botellas de cerveza bien helada, tres vasos de vidrio y tres portavasos. Deja las bebidas sobre la mesa y retorna con unas bandejas pequeñas de fino cristal repletas de maní, aceitunas y anchoas. Luego de esto se retira. Nada dice este hombre, ni al entrar ni al salir. Hay, sin embargo, en el rostro de este extraño camarero una expresión curiosa, enigmática, que a todas luces le delata...

EXTRAÑO 3 — ¡Salud! Disfrutemos de estas cervezas antes de que el maldito clima las estropee.

EXTRAÑO 2 — ¡Salud!

Los extraños beben la cerveza y disfrutan del maní, de las aceitunas y las anchoas.

EXTRAÑO 1 — Me gustó, pero me quedé picado, luego de leer esta novela.

EXTRAÑO 2 — ¿Por la forma... o por el fondo?

EXTRAÑO 1 — Por la estructura. Me parece que los primeros capítulos se arman con paciencia, como quien construye un castillo de naipes. Los hechos se explican detenidamente, como debe ser. Sin embargo, al final, se trabaja con prisa. En

lugar de las finas pinceladas, se observan gruesos brochazos. Hay un cambio de estilo. Se dejan algunas cosas sin explicar. ¿Se ha hecho esto de manera consciente? Por ejemplo, jamás se informa al lector cuáles fueron las razones por las que Alexandra abandona a su marido. Tampoco se dice por qué Roberto busca a su padre, en lugar de buscar a su madre.

EXTRAÑO 2 — Yo, por el contrario, creo que la historia está completa. Todo el mundo sabe por qué razón abandona una mujer a su marido. ¿Lo dejó de amar? Esta sería una explicación bastante Romántica, quizá hasta simple. Nada de esto. Ella solamente quiere ser libre. El cambio de situación económica del marido le dio un pretexto. Ahora las mujeres son bastante independientes...

EXTRAÑO 3 — En lugar de tratar de encontrar las causas por las cuales Alexandra abandona a su marido, ¿no debería chocarnos que él la deje ir sin decir esta boca es mía?

EXTRAÑO 1 — ¿Y los dos tiros de John Wayne?

EXTRAÑO 2 — Me gustó ese recurso. Es simbólico ciento por ciento pero la gente entiende lo que el autor quiere decir en el fondo. Por otro lado, la forma en que resuelve John Wayne su "problema" es consistente con sus arrestos de pistolero.

EXTRAÑO 3 — ¿Qué les parece si ordenamos otras cervecitas?

EXTRAÑO 1 — Me parece bien. Esta cerveza está deliciosa...

Los extraños piden más cerveza y el camarero sonríe, pero nada dice. Solamente trae las botellas, el maní, las aceitunas y las anchoas.

EXTRAÑO 3 — ¡Salud!

EXTRAÑO 2 — ¡Salud!

EXTRAÑO 1 — ¡Salud!

EXTRAÑO 3 — ¿Habría actuado el ingeniero Pinto de la misma forma que John Wayne? No. Sus protestas son débiles y resignadas. Si él no arma el escándalo del siglo, es porque también se siente culpable. Por otro lado, una cosa es "sentir" y otra muy diferente "ser". El adora a su Alexandra, pero sabe que tiene razón al irse con otro, o al menos, eso es lo que él "cree". Ahora bien: ¿ama esa mujer a Carlos Aníbal Pin-

to? Quizá lo amó alguna vez, pero se cansó de él. La rutina es la asesina del amor.

EXTRAÑO 1 — ¿Y lo del hijo? Esto sí que es incomprendible. ¿Qué tipo de persona es él? ¡A diferencia de "Superman", jamás utiliza sus supuestos poderes! Por el contrario, le pesan, le atormentan. Se supone que ha evolucionado espiritualmente hasta un grado superior, pero ve al padre echado en una hamaca, degradado, sin oficio ni beneficio y nada le dice. Ni siquiera se le acerca para pedirle que recapacite, que vuelva a ser él mismo. Por el contrario, continúa su paseo por la playa y él también se levanta una negra...

EXTRAÑO 2 — Eso, para mí no es explícito. Es posible que Roberto haya levantado a Gloria algunos días antes, quizá mientras trataba de averiguar el paradero de su padre.

EXTRAÑO 3 — ¿Qué es lo que más les preocupa? ¿Qué al padre y al hijo les guste las "negras" o las implicaciones morales de sus respectivas "relaciones" extra maritales?

EXTRAÑO 2 — Usted ha topado otro asunto ambiguo: la posición del autor, frente al problema racial. En esta obra, los negros son los malos, los necios, los supersticiosos... ¿Por qué razón Zamacuco no nos presenta, al

menos un "negro inteligente", que bien pudo ser el Alcalde de Esmeraldas?

EXTRAÑO 3 — *No estoy de acuerdo. Entre Aníbal Pinto y Romualdo, yo no podría decidir, con argumentos contundentes, quién es el malo. Por otro lado, estos hombres, ¿son esencialmente malos o solo actúan de acuerdo con las circunstancias, con el medio en el que viven?*

EXTRAÑO 1 — *Bueno. Creo que han quedado no uno, sino muchos cabos sueltos. ¿Fue esa la intención del autor?*

EXTRAÑO 2 — *Empiezo a pensar que todo lo que decimos aquí, es pura elucubración.*

EXTRAÑO 3 — *¡Sí! ¡Estamos formando nuestra propia historia! Solamente se han colocado las fichas y con esto se nos ha tentado. No hemos podido resistir el deseo de jugar.*

EXTRAÑO 1 — *¿Entonces, todo ha sido solamente un pretexto? ¿Se nos invita a participar en el juego de la creación literaria? Yo no soy tan bueno para eso. Me gusta leer placidamente, sin esfuerzo. Creo que la literatura, como todo arte, está destinada a satisfacernos, a recrearnos, no a torturarnos mentalmente ni a ponernos hacertijos o trampas. ¿No están para eso otras disciplinas, como la lógica o la filosofía? A mí me place que me expliquen todo, que*

los autores no dejen cabos sueltos. Me habría gustado, por ejemplo, que Zamacuco relate el suicidio de Candelaria.

EXTRAÑO 2 — *¡Salud!*

EXTRAÑO 1 — *¡Salud! (Al EXTRAÑO 3) ¿Qué es lo que tú estabas yendo a decirnos con respecto a la literatura?*

EXTRAÑO 3 — *Que la onda de la literatura contemporánea anda precisamente por los senderos que a usted le desagradan. Está de moda dejar las cosas a oscuras, en el misterio, en una especie de zona gris, para que sea el lector el que decida qué ha ocurrido en realidad. ¿Han leído a Antonio Tabucchi? Lean ustedes sus cuentos y discutan luego qué mismo fue lo que ocurrió. Jamás llegarán a consenso alguno. Esto les fascina a los europeos.*

EXTRAÑO 2 — *Interesante. Hagamos la prueba. ¿Cómo me imagino yo la fatal desaparición de la madre de Blanquita? Yo me estremezco. Estoy frente a la pobre vieja. Miro sus ojos como permanecen fijos en la brasa. A través de la ropa, se percibe el corazón que late, que se le sale por la boca. La mano, como una garra, aferrada a la botella de gasolina. (El Extraño 2 aferra fuertemente la botella de cerveza). Allí, sola, en medio de la noche. Triste, más que triste, descon-*

solada al contemplar, con su poder nigromante, el futuro miserable que le espera. Me es concedido participar de sus visiones. De pronto, se ve joven y vigorosa. Danza en medio del fuego, que no le quema. Se ve desnuda, deseada por todos los negros de la sabana y sonrío orgullosa de sus turgentes senos y sus caderas flexibles. Empapa en gasolina sus vestidos. Se frota los brazos y las piernas con el combustible y siente en sus ternillas el olor que embriaga y embrutece. En el momento menos pensado, un fogonazo. Un calor absurdo. La desesperación de apagar el fuego que le quema. Su propio grito asustado. Las palabras que se niegan a brotar y las piernas que bailotean en círculos. El rodar por la hierba, como una antorcha en la noche de San Pedro y San Pablo. El aire maldito que le quema los pulmones...

EXTRAÑO 1 — *¿Usted sabe el grado de evolución y concentración espiritual que se requiere para hacer, de manera voluntaria y consciente, lo que usted relata? Yo, por el contrario, me inclino a pensar que fue un accidente. En la costa pasan esas cosas, especialmente entre la gente po-*

bre. La vieja, con mano temblorosa, al encender el fósforo pudo voltear inadvertidamente la botella de gasolina y ¡boom!

EXTRAÑO 3 — *Se olvidan de una cosa, amigos. ¿Quién relata la muerte de la madre de Blanquita? ¿La propia "Candela"? ¡El negro Tobías! Otro asunto no menos importante: ¿Cuál es la intención que tiene el negro Tobías al contarle a Roberto la cosas que le contó? Demostrarle al muchacho, y por supuesto al desprevenido lector, que el ingeniero Pinto es un mal tipo, que es el causante de ésta y de todas las desgracias que han ocurrido. Por lo tanto, poco importa cuál haya sido la forma en que ocurrió la muerte de Candela o la muerte de Lorenzo. ¿Qué quiero decir con esto? Que deberíamos discutir si realmente el Pinto es culpable o no de lo que se le imputa.*

EXTRAÑO 1 — *Pero... un momento. ¿Hay culpables? ¿Quiénes son los culpables? Yo no me atrevería a juzgar a persona alguna.*

EXTRAÑO 2 — ¿En este punto, no creen ustedes que deberíamos pedir otra cervecita? ¡Camarero! ¡Tres más, por favor!

El camarero trae seis botellas de cerveza, maní salado, anchoas y aceitunas. Al retirarse este hombre, que no ha despegado sus labios para decir palabra alguna, se escucha en el salón una especie de gruñido, o quizá una velada protesta...

— ¡Ya... nooo jodannn! ¡Hicc, hicc!

Otras obras de Zamacuco:

- "Ahora le toca al pueblo", novela editada por La Oveja Negra,
- "Aqualongo, utopía y realidad", novela editada por Abya Yala
- "El sobretodo de los pájaros", cuentos editados por el Municipio de Quito
- "Las pantuflas del obispo", teatro y cuentos editados por el Municipio de Quito